



Literatura fantástica latinoamericana

Daniel Croci

Índice

<u>LITERATURA FANTÁSTICALATINOAMERICANADE FIN DE SIGLO</u>	1
<u>PRÓLOGO</u>	3
<u>Bibliografía</u>	16
<u>VUELTA ATRÁS</u>	23
<u>EL CUERPO</u>	58
<u>LA ISLA DE LOS MACACOS</u>	94
<u>LA MISIÓN</u>	115
<u>LOS POBLADORES</u>	148
<u>Sobre los autores</u>	197

LITERATURA FANTÁSTICA LATINOAMERICANA DE FIN DE SIGLO



Selección, notas y prólogo de
DANIEL CROCI

Literatura fantástica latinoamericana



Una publicación de
Ediciones Turas Mór

PRÓLOGO

La corriente de narrativa que llamamos “nueva literatura fantástica latinoamericana” se origina en la síntesis entre la clásica literatura fantástica de nuestra América y lo que suele denominarse con el barbarismo “ciencia ficción”, la “Science Fiction and Fantasy” o sea la nueva fantasía de origen anglosajón. Más exactamente hablamos de “ficción hipotética” o “conjetural”, que abreviamos “FH” (a fin de evitar la anfibología, en castellano, de la abreviatura “FC”). No, desde luego, porque sea una hipótesis o una conjetura el que exista tal tipo de ficción sino porque se construye sobre el desarrollo narrativo de una premisa hipotética, premisa que puede ser de naturaleza científica, filosófica o absolutamente imaginaria, fantástica¹.

Literatura fantástica latinoamericana

Como es sabido, toda ficción surge de una premisa tácita, que establece un pacto de complicidad entre el narrador y el receptor (lector o espectador), un “supongamos que...” o “hagamos de cuenta que había una vez...”. Pero en la ficción que nos ocupa, esa premisa contiene una *hipótesis*: “Supongamos qué pasaría o hubiera pasado *si...*”. Las únicas hipótesis excluidas en los puntos suspensivos de este juego constructivo son las que desarrollan un continuo narrativo que trata de representar imaginativamente la realidad vivida por el autor o sus informantes. De hecho, siguiendo el enfoque construccionista, la ficción realista sería un caso particular y muy delimitado de *ucronía*², ya que desarrolla un continuo narrativo posible sin dejar de ser ficticio bajo pena —en caso de realismo absoluto— de ser *crónica* (crónica histórica, relato periodístico, informe, etc.). Una narración o es crónica o es ucrónica (“eucrónica” o “discrónica”); o se narra algo acontecido o es ficción.

La historia de la ficción hipotética latinoamericana ha merecido varios estudios³, aunque ninguno exhaustivo. En grandes rasgos, siguiendo a Bernard Goorden, podemos distinguir las siguientes etapas: I) Precursora; II) Heroica; III) Clásica o sincrética y IV) Nueva o sintética. Esta división es sólo didáctica: los límites son imprecisos y cada etapa anticipa o se superpone con las otras ya que toda obra creativa suma o sintetiza múltiples lecturas e influencias.

La etapa precursora es concomitante con el desarrollo de la ficción hipotética europea de la época victoriana, la que a su vez tuvo antecedentes en obras de Edgard Allan Poe y Mary Shelley. Esta etapa en Latinoamérica se extendió hasta los años cuarenta del siglo 20. En la Argentina existió

Literatura fantástica latinoamericana

una extensa ficción hipotética victoriana⁴, que se expresaba a través de las revistas y periódicos de interés general y libros o folletos; su autor más representativo fue Eduardo Ladislao Holmberg y el más popular el uruguayo–argentino Horacio Quiroga (quien también publicó bajo el seudónimo de *Fragoso Lima*). Pero la FH argentina sólo alcanzó brillo y prestigio con las narraciones de Jorge Luis Borges (*Ficciones*) y Adolfo Bioy Casares (*La invención de Morel*), a partir de 1940. Trabajos de precursores se han hallado en Brasil⁵, Chile⁶ y Uruguay⁷. La característica distintiva de esta etapa es que los autores no integran una corriente o escuela común; trabajan individualmente y sólo pretenden hacer literatura, sin relación con el paralelo movimiento estadounidense de la “Science Fiction” (término difundido a partir de 1926), aunque sí reconocen relación con la ficción fantástica, filosófica o aventurera de Europa (Wells, Verne, L. Bloy, los utopistas, el ucronista Blanqui, etcétera).

Durante los años cincuenta tiene su auge la etapa heroica, que llamamos así por el predominio de narraciones sobre héroes aventureros. Se expresa mediante las revistas o libros baratos (“pulp”) ya sean de literatura o de narrativa dibujada (historieta)⁸. Los autores trabajan con los esquemas de las “ciencia ficción” anglosajona, estimando sus obras como de género menor, una variante de la épica vulgar; cuando intentan narraciones de más jerarquía recurren a la parodia humorística o lúdica de los modelos anglosajones⁹. Sin embargo, encuadrado en esta etapa épica —considerada en su momento como de escaso valor artístico—, aparece el narrador más señero de la FH latinoamericana propiamente dicha: Héctor Germán Oesterheld¹⁰, un narrador de aventuras (comparable con Jack London), quien luego de múltiples trabajos previos publica en 1956/7 su obra

Literatura fantástica latinoamericana

cumbre: la versión original de la historieta *El Eternauta*. El problema para los académicos era (y en parte sigue siendo) que se trataba de eso, de una narración dibujada, una “historieta”. El autor nunca consiguió publicarla como novela ni tampoco completar el ambicioso plan de la narración dibujada¹¹. Pero la insólita calidad de sus textos, inventiva, enfoque, personajes, trama, argumento y demás elementos narrativos —calidad reiterada en otras obras del autor, incluso literarias— generó una escuela de guionistas argentinos de fama mundial¹²; luego fue valorizado por los estudiosos (como Juan Sasturain, Carlos Trillo o el suscrito, quienes leímos a Oesterheld siendo niños o jóvenes) y sus planteos sirvieron de base para la etapa de la narrativa literaria de FH que culmina esta breve reseña¹³.

Pero durante los años sesenta, en el ámbito específicamente literario, se desarrolla la etapa que denominamos “clásica o sincrética” y que Goorden llama “edad de oro” (por el florecimiento de obras); esta fase se extiende hasta comienzos de los ochenta. Es una época de asimilación del impacto de la vasta producción de SF anglosajona y de búsqueda de una adaptación. Los autores receptan dicha literatura, a veces la toman como modelo, pero en general buscan un lenguaje propio, adaptado al contexto latinoamericano, y tratan de confluir con la literatura fantástica vernácula o el realismo mágico. Entre sus autores más representativos podemos citar, entre otros, a: Hugo Correa (Chile), André Carneiro (Brasil), Alejandro Jodorowski (México), René Rebetez (Colombia), Carlos M. Federici (Uruguay), Ángel Arango (Cuba), José Adolph (Perú), Angélica Gorodischer y Emilio Rodríguez (Argentina). Se expresaron a través de libros individuales o bien mediante la revista española **Nueva Dimensión** (1968/1983), la serie argentina de **Minotauro** y

Literatura fantástica latinoamericana

unas veinte antologías que fueron apareciendo a partir de 1961; muchos de ellos siguen publicando y han generado discípulos o imitadores. Dado que esta etapa es —por sincretismo cultural— de búsqueda y tanteo, a la par de obras de ficción hipotética creativa y original hallamos imitaciones de autores anglosajones (en la Argentina, el preferido fue el inglés Ballard) y trabajos de prosa poética de neto corte surrealista o absurdo.

Finalmente llegamos a la etapa de culminación o “nueva”, que comenzó con el nucleamiento de los argentinos interesados en la SF (a partir de 1981), logrado gracias al correo de lectores de la revista **El Péndulo** y la ulterior proliferación de revistas de entusiastas (“fanzines”) de escasa tirada. Este agrupamiento pronto tuvo su paralelo en Brasil y, luego, su réplica en Chile, Uruguay, México, Venezuela y otros países¹⁴. La confluencia de narradores, críticos, artistas plásticos e investigadores en clubes o sociedades de entusiastas permitió el amplio y necesario debate que la ficción hipotética latinoamericana necesitaba para consolidarse estéticamente y definir su propia identidad, para consolidarse en sí y para sí. Paradójica y lamentablemente eso ocurrió cuando el contexto económico–social ya no admitía la subsistencia de ediciones comerciales continuadas que canalizaran y estimularan la nueva producción. Cuando la FH latinoamericana dejó de ser imagen de la SF anglosajona, no halló un buen medio donde reflejarse. Quedó confinada en libros aislados, “fanzines” o separatas de escasa tirada, la copia electrónica y la aparición esporádica en algún medio de comunicación masiva. No obstante, junto con estudiosos de otros países¹⁵, hemos contabilizado alrededor de diez mil narraciones publicadas o copiadas por estos medios precarios o aislados. Éste es el principal motivo que nos obliga a encarar el esfuerzo que insume esta

Literatura fantástica latinoamericana

antología.

En principio, este trabajo de compilación es apenas un muestrario. Para recopilar todas las narraciones destacadas o destacables que tenemos disponibles, es necesaria una serie de libros más extensos. Y más si abrimos —como es nuestro deseo— la recepción de cuentos a todos los escritores meritorios. Lo intentaremos, pero para concretarlo necesitamos y pedimos francamente el subsidio o la ayuda de los destinatarios de este libro: los estudiosos del tema y especialmente las universidades extranjeras que cuentan con un departamento de Español y Portugués.

Intentamos reunir narraciones de autores ya clásicos y de otros menos conocidos, pero todos los cuentos han sido escritos o también publicados durante la última etapa de la ficción hipotética latinoamericana. Hemos dispuesto los cuentos por país de origen en orden alfabético inverso, en tanto que las notas sobre los autores están ubicadas por el apellido. El método de selección fue relevar las publicaciones accesibles (excepto las contenidas en soportes magnéticos) y pedir a los autores objetivamente más destacados la autorización para incluir sus cuentos publicados o los inéditos que quisieran remitirnos. Inevitablemente, toda inclusión o exclusión en una antología deriva de una apreciación subjetiva, pero tratamos de aplicar en cada caso todos los criterios de valoración que proporcionan las teorías estéticas más difundidas en vez de priorizar el “gusto” del seleccionador. La idea rectora es *mostrar* la madurez, identidad y calidad literaria lograda por la nueva literatura fantástica latinoamericana a partir de los años ochenta de este siglo que termina.

Literatura fantástica latinoamericana

El cuento argentino fue escrito en colaboración entre dos autores estimados por algunos críticos como los mejores surgidos en esta etapa¹⁶. Barbieri escribió el borrador original; Oviedo lo reformuló y entre ambos lo corrigieron para esta edición. Originalmente fue publicado por el “fanzine” **Vórtice** (nro. 10, 1988) en versión incompleta. Así fue: la falta de dos líneas cruciales impidió a los lectores entender cabalmente el argumento. Pese a ello, esos mismos lectores votaron el cuento entre lo mejor publicado a lo largo del 1988 y no obtuvo el primer puesto por dos votos.

La narración brasileña demuestra que el clásico maestro André Carneiro sigue vigente y superándose. Fue escrito en 1990, transcurre varias décadas después y anticipa lo que hoy ya ocurrió y parece que va a ocurrir. La anticipación no es el valor en sí mismo para el juego constructivo de la ficción hipotética, pero es difícil hallar una síntesis más apropiada de *neohippismo* y cibernética de avanzada, o una vuelta de tuerca tan original sobre el tópico de las paradojas temporales. No es un cuento “fácil”; es una muestra de fuerza.

El representante de Chile también aborda el problema del Tiempo, pero el tema no es el viaje ni sus paradojas sino el conflicto del hirsuto protagonista entre dos épocas y el original mensaje del final. La hipótesis de Sepúlveda es que las paradojas provocadas por los viajes temporales no pueden producirse ya que el caudal del Tiempo siempre termina recuperando su cauce, aunque se produzcan algunos anacronismos menores. Originalmente fue publicado en el “fanzine” chileno **Nadir** número 9 (1988).

Literatura fantástica latinoamericana

Desde México llega un cuento que revive el humorismo juguetón de la época heroica sobre un tema tan actual y tan latinoamericano como el machismo. Chavarría pretende divertirnos, “ridendo mores”, y lo logra (¿quién dijo que eso es sencillo?). La última producción mexicana de FH es muy abundante y del mejor nivel. Queremos publicar otras narraciones que nos han remitido (y que nos remitan) autores como Shaffler, Schwarz y la gente del Círculo Puebla. Depende de que este volumen sea seguido de otro (y otro, y...). El cuento de Chavarría lo recibimos inédito y data del año 1987.

El uruguayo Federici —que para ser un maestro de la FH latinoamericana sólo necesita que le publiquen más narraciones de este tipo (que las tiene o las hace excelentes)— abre esta antología con una obra de orfebrería. El tema del amo y el esclavo, del ser y la alteridad, proyectado a un lejano futuro, no es nuevo. Lo “nuevomundista” es el enfoque, la resolución y el aparentemente impenetrable protagonista, digno héroe de una saga. Este cuento fue publicado originalmente en una revista montevideana en 1991.

Nuestro propósito —si lo podemos concretar tal como ya dijimos— es editar al menos un volumen de esta antología cada año. Deseamos que participen todos los escritores latinoamericanos, cualquiera sea su país —incluso francoparlantes o francoamericanos—, que se hayan destacado escribiendo FH, cualquiera sea la causa de su distinción (premios obtenidos, críticas favorables, popularidad, etc.). Tal vez la difusión académica de este libro permita que los siguientes volúmenes sean más representativos, merced a la recepción de más material en calidad y cantidad,

Literatura fantástica latinoamericana

especialmente proveniente de los países que no han sido incluidos en esta primera entrega.

Sólo podemos prometer rigor y esfuerzo.

Hasta la próxima.

Buenos Aires, 1994
Daniel Croci
Uruguay 16, oficina 43
1015 – Bs. As.
Argentina

Literatura fantástica latinoamericana

1. Sobre la cuestión conceptual, además de la Bibliografía General, ver *Mundos sin fin*, nota en revista **Fierro** 96, agosto de 1992, de D. Croci y nota del nro. 69, abril de 1990, en colaboración con H. Moreno.
2. “Ucronía” = “En ningún tiempo”, o sea: en un tiempo ficticio. Cfr. el agudo e irónico ensayo de Pablo Capanna en revista **El Péndulo** 12, Ed. de la Urraca, Bs. As. 1986, y la nota de D. Croci *Crónicas ucrónicas* en revista **Fierro**.
3. Cfr. los estudios de Capanna, Carneiro, Goorden y Hassón citados en la Bibliografía General. También el prólogo de Elvio Gandolfo a la antología *Los universos vislumbrados* y la *Cronología* contenida en la misma realizada por Héctor Pessina y el compilador, luego actualizada en los números 3 y 11/12 del “fanzine” **Nuevomundo**, con correcciones e incorporación de nuevos datos (varios autores, bajo dirección de D. Croci).
4. Cfr. el bibliógrafo y discípulo de Holmberg, Antonio Pagés Larraya. Ver, por ejemplo, sus estudios en la recopilación *Cuentos fantásticos*, Ed. Hachette, Bs. As. 1957, y reedición de *Las fuerzas extrañas* de L. Lugones. También: Félix Weinberg, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Ed Hyspamérica, Bs. As. 1986.
5. Carneiro, *op. cit.*

Literatura fantástica latinoamericana

6. Hassón, *op. cit.*

7. Gandolfo, *op. cit.* en nota 3. También nota de Marcelo Sarlingo y otros, *Fantasía y ciencia ficción en nuestro continente*, rev. **Nuevomundo** 3, Bs. As. 1984.

8. Cfr. el ensayo de M. Hassón, *La CF y las publicaciones pulp en castellano*, en el libro de la SOCHIF cit. en Bibl. Gral. (“Varios”). Respecto de las revistas de historietas, ver la historia de Trillo y Saccomano publicada por Ed. Record, Bs. As. 1980. Un caso especial fue el último “pulp” dirigido por H. G. Oesterheld, revista **El Eternauta** (1961–1963), que incluía tanto narraciones escritas como dibujadas. V. también *Aventuras en la jungla de pulpa*, nota de Sam Lundwal traducida en revista **El Péndulo** (Ed. cit.) 13, Bs. As. 1986. Algunos autores no consideran pulp las revistas con formato de libro, aunque baratas, como **Más Allá** o **Géminis** (H. G. O., 1965). Se considera el primer “pulp”, o revista barata de papel de pulpa, a **Argosy** (EE.UU. 1896), pero antes y luego hubo revistas similares en papel de diario, tanto en América Latina como en la América Anglosajona. Ver la historia general escrita por Michael Ashley (hay traducción castellana en Martínez Roca, col. SF, como *Los mejores relatos de CF*).

9. Cfr. los cuentos de autores argentinos publicados en la revista **Más Allá** (Ed. Abril, Bs. As. 1953/1957) como *Inocente Maquiavelo Reforzado* (Oesterheld), *Saturnino Fernández, héroe* (I. Covarruvias) o *Veraneo* (F. Baltzer). Cfr. nota de Norma Dangla, *Los argentinos en Más Allá*, “fanzine” **Cuasar** 9/10, Bs. As. 1986. Algo similar sucedió con los autores latinoamericanos que

Literatura fantástica latinoamericana

publicaron en las “pulps” mexicanas **Los cuentos fantásticos** (1948/1954) y **Enigmas** (1955/1957).

10. Sobre este autor, ver *Oesterheld*, de Germán Cáceres, Ed. del Dock, Bs. As. 1992. También nota de D. Croci, *El Eternauta III*, en “fanzine” **Cuasar** 13, Bs. As. 1987.

11. Cfr. nota *El Eternauta, la novela que no pudo ser*, rev. **Fierro** 10, Bs. As. 1985 (D. Croci).

12. En abril de 1990 se hizo un coloquio en la Feria del Libro de Bs. As., coordinado por G. Cáceres, donde todos los guionistas presentes se declararon discípulos o deudores de Oesterheld. Los más difundidos internacionalmente son R. Barreiro, C. Trillo y J. Sasturain.

13. La promovida por el “fanzine” (y grupo) **Nuevomundo** a partir de agosto de 1983, que consolidó su línea de trabajo con el nro. 4 —un año después— con la publicación de las *Tesis para una nueva literatura fantástica nacional* (luego reproducidas en la antología de A. Uribe). V. también *Coloquio sobre la CF latinoamericana*, coordinado por M. J. Schwarz, revista **Plural**, nro. 163, México (D.F.), 1985, número especial que incluye otras notas y cuentos.

14. Las comunicaciones entre los clubes latinoamericanos eran difíciles, ya fuera por fallas del correo o aislamiento (o ensimismamiento). Rogamos a todos los que reciban esta antología que nos remitan información sobre antecedentes e historia de los agrupamientos que integran o

Literatura fantástica latinoamericana

conozcan.

15. Los citados en la Bibliografía General. Conste nuestro agradecimiento.

16. Cfr. Claudio Barbeito, “fanzine” **Cuasar** 18 (1989); Germán Cáceres, nota *Acerca de Daniel Barbieri*, en *Un paseo con Gerónimo*, Ed. Milenio, Bs. As. 1993.

Bibliografía

A) Bibliografía general

Axxón. Revista electrónica distribuida en disquetes, asequible sólo por copia para usuarios de PC. Incluía numerosos ensayos, informes y noticias además de cuentos (Dir.: Eduardo Carletti).

Capanna, Pablo. *El sentido de la ciencia ficción* (Ed. Columba, Bs. As. 1966) y *El mundo de la ciencia ficción* (Ed. Letra Buena, Bs. As. 1992).

Carneiro, André. *Introdução ao estudo da SF*, Ed. Consejo Estadual de Cultura, San Pablo, Brasil 1965 y 1968.

Cascioli, Andrés (Dir.). Revista **Fierro**, 100 números, Ed. de la Urraca, Bs. As. Argentina, 1984/1992 (más álbumes suplementarios). Revista **El Péndulo**, cuatro épocas (1979–1991), ídem.

Conte, Francesco Paolo (Rec.). *Fantaciencia. Enciclopedia de la Fantasía, Ciencia y Futuro* (edición en español, traducida del italiano), Ed. EGC, Barcelona, 1982.

Literatura fantástica latinoamericana

Croci, Daniel. Ensayos y artículos en revista **Fierro** desde el número 10 y en álbum de 1986 (Cfr. Cascioli, Andrés).

Goligorsky, Eduardo y Langer, Marie. *Ciencia ficción, realidad y psicoanálisis*, Ed. Paidós, Bs. As. 1969.

Goorden, Bernard. *Ides... et autres*, colección de más de 45 libros y separatas que incluyen narraciones, ensayos e investigaciones. Ed. Recto-Verso, Bruselas, Bélgica, 1974/1986. En especial hemos utilizado *Nouveau Monde, Mondes Nouveaux du SF* (hay versión castellana, Ed. Martínez Roca, Barcelona 1982, "SF" # 76, reducida y mal traducida) y *La SF espagnole et hispanoamericaine / quelques thèmes originaux*, 1984.

Hassón, Moisés. Revista **Nadir** (Recopilaciones bibliográficas, ensayos, investigaciones y cuentos), nros. 1 al 10, Santiago, Chile, 1986/1989.

Kagarlitski, Yuli. *¿Qué es la ciencia ficción?* (versión española traducida del ruso), Ed. Guadarrama, Barcelona 1977.

Kason, Nancy. *Argentine SF* (tesis inédita, Georgia Univ., USA).

Literatura fantástica latinoamericana

Kretsch, Ingrid. *Diccionario de la CF latinoamericana* (trabajo académico para la Univ. Simón Bolívar, Venezuela, inédito a la fecha).

Nicholls, Peter. *SF Encyclopaedia* (hay dos versiones en inglés, sin traducción), Ed. Doubleday, NY, Estados Unidos, 1979 y 1992.

Oviedo, Santiago. Artículos y ensayos en revista **Fierro** (V. también Cascioli, Andrés).

Santos, Domingo (Dir.). Revista **Nueva Dimensión**, nros. 1 a 148, Barcelona, España, 1968/1983.

Scholes, Robert y Rabkin, Eric. *La ciencia ficción. Historia, ciencia y perspectiva* (ed. española del original inglés), Taurus, Madrid 1982.

Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*, Ed. Tiempo Contemporáneo, Bs. As. 1974.

Uribe, Augusto. *Uribe 2000, catálogo de una biblioteca* (Inédito).

Varios (Compilación anónima). *Ciencia ficción, la otra respuesta al destino del hombre*, Timerman Editores, Bs. As. 1976.

Literatura fantástica latinoamericana

—*Fantasía y Ciencia Ficción*, Ed. Sociedad Chilena de Fantasía y Ciencia Ficción, Santiago, Chile, 1989.

Vinelli, Aníbal. *Guía para el lector de ciencia ficción*, Ed. Convergencia, Bs. As. 1977.

B) Bibliografía específica: Se señala en las notas al prólogo. Omitimos la reseña de los libros, revistas y “fanzines” consultados y leídos para seleccionar los cuentos incluidos en esta antología, pues su mera reseña excedería el espacio de este libro. Nos limitamos a enumerar las antologías precedentes que hemos podido relevar. No incluimos las contenidas en disquetes ni los trabajos fotocopiados, ya que no son accesibles al público en general.

1961: *Antología brasileira de FC* (compilador anónimo), Ed. GRD, Río de Janeiro, Brasil.

1961: *Historias do acontecerá I* (A. Carneiro), Ed. GRD, Río de Janeiro.

1965: *Além do tempo e do espaço* (A. Carneiro), Ed. Edart, San Pablo, Brasil.

1966: *Ecuación fantástica* (E. Rodríguez), Ed. Hormé, Bs. As.

1967: *Cuentos argentino de CF* (J. J. Bajarlía), Ed. Merlín, Bs. As.

Literatura fantástica latinoamericana

1968: *Los argentinos en la Luna* (E. Goligorsky), Ed. de la Flor, Bs. As. Pese al título, los cuentos son de variada temática y es la más prestigiada antología de la época.

1968: *CF: nuevos cuentos argentinos* (A. Grassi y A. Vignati), Ed. Calatayud, Bs. As.

1968: *Cuentos cubanos de lo fantástico y lo extraño* (O. Hurtado), Ed. Revolución, La Habana, Cuba.

1969: *Nuestra ciencia ficción* (D. Santos), revista **Nueva Dimensión** 8, Ed. Dronte, Barcelona. Incluye cuentos españoles y hispanoamericanos.

1970: *Primera antología de la CF Latinoamericana* (R. Alonso), Ed. Rodolfo Alonso, Bs. As.

1978: *Los universos vislumbrados* (J. A. Sánchez), Ed. Andrómeda, Bs. As. Luego de un hiato aparece esta antología, que es la más documentada de la época, aunque ni el compilador ni sus colaboradores distinguen la literatura fantástica clásica de la ficción hipotética.

1979: *Especial Sudamérica* (F. Fuenteamor), número especial del “fanzine” **Zikkurath** (promotor de la corriente “novaexpresionista” española), ed. del autor, Madrid.

Literatura fantástica latinoamericana

1981: *Cuentos fantásticos y de ciencia ficción en América Latina* (E. E. Gandolfo), Ed. CEAL, Bs. As. El compilador había prologado la antología de 1978.

1982: *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana* (B. Goorden), Ed. Martínez Roca, col. SF # 76, Barcelona.

1985: *La CF en la Argentina* (M. Souto), Ed. EUDEBA, Bs. As. Abarca sólo la etapa que denominamos “sincrética”.

1985: *Latinoamérica fantástica* (A. Uribe), Ed. Ultramar, Barcelona. La más difundida y amplia, pues incluye los primeros escauceos de la etapa que llamamos “nueva o sintética” y reproduce su manifiesto, las *Tesis para una nueva literatura fantástica nacional*.

1985: *Minotauro 10* (M. Souto), Buenos Aires. Número de la revista y editora del mismo nombre dedicado a los autores argentinos, aunque la base de selección incluyó sólo a los colaboradores habituales del compilador.

1985: *Ciencia ficción latinoamericana*, revista **Plural** 163, México (D.F.). Incluye cuentos, ensayos, notas y poemas.

Literatura fantástica latinoamericana

1986: *Parsec XXI* (D. Mourelle), Ed. Filofalsía, Bs. As. Compilación limitada a los colaboradores de la revista **Clepsidra**, aunque con absoluta libertad creativa.

1987: *Fase Uno* (S. Gaut vel Hartman), ed. del compilador, Bs. As. Antología de relatos inéditos, que incluye por igual narraciones sincréticas como de ficción hipotética “nueva”.

1988: *Especial Latinoamérica* (M. Hassón), nro. 9 del “fanzine” **Nadir**, ed. del compilador, Santiago, Chile. Incluye documentación y notas.

1992: *Más Allá. Ciencia ficción argentina* (H. Moreno), Ed. Desde la Gente, Bs. As. La primera antología dedicada casi exclusivamente a la fase “nueva o sintética”. No incluye referencias ni notas. El prólogo y el criterio de selección —si bien no aparece mencionado— derivan de la colaboración con D. Croci (cfr. el ensayo *La imaginación al poder*, revista **Fierro** 69, abril de 1990; v. también colección de la revista **Nuevomundo**).

VUELTA ATRÁS

Carlos M. Federici (Uruguay)

*... y aunque pongas de por medio
nebulosas, golfos negros
o galaxias,
no eludirás el Momento del Retorno.
Vuelta atrás..., a lo de antes.*

—De los poemas inéditos de Sven Svenson

Kowle era un hombre oscuro.

Literatura fantástica latinoamericana

Esto lo advirtió Svenson casi de inmediato; y supo también que los orígenes de tal oscuridad arraigaban en niveles harto más soterrados de lo que la pupila podía alcanzar en sus casuales giros.

El agua jabonosa rebosó a raudales el borde del latón en cuyo centro se irguió Kowle. La greda azulada del suelo bebió ávidamente las diminutas cascadas y Svenson, en su confusión, habría jurado oír un quedo gorgoteo mezclado con el chapalear de los enormes pies.

Retrocedió instintivamente, odiando el rubor que lo invadía.

—Puedo esperar hasta que termine —farfulló.

Kowle soltó una exclamación despectiva. Sus dos metros diez de estatura, aunándose a la sólida complexión de torso y miembros, anonadaban todo lo demás. Poseía una casi bestial belleza, debió reconocer Svenson (él mismo menudo y endeble hasta lo vergonzante); por lo demás, aquella retadora desnudez era ni más ni menos que un puñetazo asestado a su sentido del decoro... Si bien provenía de un pueblo notorio a causa de la liberalidad de sus costumbres, el propio Svenson era poco menos que un mojigato en lo personal a los treinta años de una existencia poderosamente condicionada por traumas infantiles.

—En serio —reiteró, en tono forzado—; no hay apuro, podemos hablar cuando acabe su baño.

Literatura fantástica latinoamericana

El rudo ademán de Kowle proyectó salpicaduras blanquecinas hacia los cuatro costados de la rústica habitación. Svenson notó que una de las hembras pelti se estremecía ligeramente al ser alcanzada por el agua turbia; pero, desde luego, la sumisa alienígena no se quejó.

Desde el exterior llegaba, apagado y tenue, el quejumbroso “canto” de los trabajadores... El recuerdo del aberrante cuadro sorprendido poco antes, fresco todavía, volvió a azotar con fuerza la sensibilidad de Svenson.

—¡Vamos! —rió Kowle—. ¡No ande con tanto cumplido! Al fin y al cabo, ¿no somos dos paisanos terrícolas en tierra extraña?

Las tres hembras pelti, sin moverse de su sitio junto a la improvisada tina de baño, aguardaban nuevas órdenes con pasividad más que perruna. Svenson comenzaba a sentirse asqueado.

Una seña de Kowle bastó para que se le aplicara un diligente secado mediante una toalla tejida con cierto material que Svenson no reconoció. Sin molestarse en mirar a las pelti, Kowle se envolvió en la toalla como César en su toga y abandonó la tina para reunirse con su visitante. Con sólo tender la mano obtuvo un cigarro, humeante ya.

—¿Fuma? —invitó; pero no se le escapó a Svenson que su negativa había sido descontada de antemano. Sin duda Kowle estaría abriendo juicio por su cuenta acerca de la personalidad del

Literatura fantástica latinoamericana

intruso, decidió Svenson. Era probable que comenzara a despreciarlo desde ya.

Tomaron asiento —a indicación del anfitrión— en un trozo de red rectangular suspendido a manera de coy mediante fibras vegetales sujetas a los muros. Esto obligó a Svenson a una incómoda proximidad con el otro; lo cual no contribuía, por cierto, a proporcionarle ninguna ventaja en la inminente discusión.

—Usted dirá. —Pero Kowle no le dio oportunidad para comenzar, pues continuó—: ¿Cómo era su nombre? Saldaña me lo dijo... ¿Samson?

—Svenson. Sven Svenson.

—¡Eso no es americano! ¿Cómo es que la Compañía lo...?

Svenson experimentó un creciente malestar. ¿De manera que ahora él tenía que contestar preguntas? ¡Sólo eso faltaba!

—Soy de la filial de Norpenínsula —aclaró, sin embargo, porque pensó que era demasiado pronto para abrir hostilidades—. Me designaron supervisor de ultradistritos, en base a mis calificaciones a lo largo de...

Literatura fantástica latinoamericana

—¡Está bien, está bien! Basta con su palabra. ¡Pero no crea que me hace gracia esta... inquisición de la Compañía!

—Bueno —observó Svenson—; la regla es general, no sólo para Gurla. En realidad, forma parte del Proyecto combinado con la Carta de Derechos Inter...

—¡No me venga con ésas! ¡Lo que pasa es que quieren controlarme!

Svenson enrojeció. Evitó mirar al otro directamente, aparentando afanarse en el contenido del pequeño maletín que llevaba. Desde luego que lo indicado habría sido erigirse en defensor de la Compañía, cuyos móviles estaban más allá de toda crítica dado que procedían de un concepto elemental de humanidad... Pero se sintió bloqueado: ya percibía la onda de aversión hacia él que emanaba del otro; aversión centrada directamente en su persona, en Sven Svenson, flacucho de cara pálida y pelo color paja... Igual que todos los demás, se dijo interiormente; hiciera lo que hiciese, según parecía, el mundo estaría siempre en contra de él.

—Es un control de rutina —manifestó, respirando con fuerza—. Una formalidad de carácter *general*. Haga el bien de no considerarlo como un asunto personal, porque no hay nada de eso.

Kowle sacudió el cigarro casi consumido a fuerza de vigorosas chupadas. Parte de la ceniza cayó sobre el pantalón de Svenson, quien —por añadidura— estaba a punto de sofocarse a causa del

Literatura fantástica latinoamericana

humo; pero aparentemente esas nimiedades no apenaban a Kowle.

—Mi producción del semestre rebasó todos los toques —protestó éste—. ¡Más bien merezco una gratificación en lugar de este... espionaje! ¡Mire, de buena gana les...!

Svenson se levantó, con el portafolios bien apretado entre un brazo y las costillas. Tenía ácida la boca. La cosa iba siendo peor de cuanto anticipara... De pronto se acordó de las alienígenas, cuya presencia se había borrado de su pensamiento. Las buscó con la vista y le soliviantó comprobar que continuaban en sus puestos, igual que mascotas bien adiestradas.

El estar con la cabeza en un nivel más elevado que la de Kowle, quien seguía sentado, le infundió cierta inestable sensación de seguridad. Supuso que hablaba en tono más entero cuando dijo:

—Lamento mucho que lo tome de ese modo. Pero mi cometido es absolutamente claro, al igual que su obligación, de manera que no hay alternativa, según veo.

El otro se puso de pie a su vez, reduciendo a Svenson a su dimensión real. Tiró la gruesa colilla negra y la estrujó bajo la ancha planta desnuda.

—Vamos a suponer que tengo objeciones. ¿Entonces...?

Literatura fantástica latinoamericana

El supervisor registró el portafolios con nerviosos y pálidos dedos. Manoteó entre el contenido en tanto murmuraba, bajos los ojos y encendida la cara:

—Tengo una copia de su contrato, por otra parte estándar en la Compañía. Hay una cláusula específica que determina sin lugar a dudas que...

Kowle hizo un movimiento brutal, que provocó la inconveniente apertura de su toalla-toga, para humillación de Svenson.

—¡Burocracia! —escupió—. ¡Ah, sí! Mantienen a quinientos monigotes calientasillas para llenar la fórmula... ¿Pero quién les consigue el producto? ¿De dónde sale la materia prima que produce los sueldos de todos los parásitos de la Administración? ¡Vamos, dígamelo, si puede..., supervisor!

La prominente nuez de Svenson bailoteó en su cuello de gallina. Sin saliva en la lengua, no le resultaba nada sencillo articular las frases.

—Bueno, no hay por qué exaltarse, señor Kowle —barbotó—. Estoy aquí en cumplimiento de una misión..., órdenes expresas de la Mesa Directiva; además, por supuesto, del apercibimiento del Consejo Mundial, así que...

—¡Furaa! —gritó Kowle, con la boca torcida hacia la derecha—. ¡Mi ropa!

Literatura fantástica latinoamericana

En silencio, una de las pelti se aproximó trayendo un traje blanco, de una sola pieza, que ayudó a colocarse a su patrón. Svenson pudo examinarla de cerca, al tiempo que celebraba íntimamente aquella especie de tregua en la tensión.

Nunca había tenido oportunidad de ver bien a un ser alienígena, fuera de las imágenes en solivideo o las ilustraciones de los periódicos de actualidad. Desde que, al codo del siglo, la astronavegación sideral a gran escala se hiciera realidad —tras imponerse la famosa Pila Torr-33—, la vieja ilusión de hallar vida inteligente en el cosmos había resultado una fuente de amargo desencanto para los entusiastas. Se había descontado que el *Homo Sapiens* era un náufrago en el desierto inhóspito del sistema solar. Pero, las estrellas próximas..., ahora que la Torr-33 (como, más adelante, la Torr-45 y la Torr-57) las hacía accesibles... No obstante, aparte de ciertas manifestaciones inferiores de la vida —emparentadas lejanamente con líquenes o bacterias—, la sensación de irredimible soledad en un universo desolado y hostil fue afirmándose tras cada nueva frustración. Hasta que —quince años después de la Primera Expedición Interestelar— la humanidad exultante recibió una noticia algo más que alentadora.

En Gurla —un pequeño planeta del Centauro con atmósfera de oxígeno— pudo comprobarse la existencia de una raza de bípedos humanoides, en apariencia aptos para algún tipo de racionalidad. Gurla, incidentalmente, era noticia en esos días por haberse comenzado la explotación intensiva en sus plantíos de boli, un arbusto de cuyas hojas se extraía la enzima básica del *man-a*, el Alimento Total, telón final para el eterno problema de la nutrición mundial

Literatura fantástica latinoamericana

(teóricamente, al menos). En Gurla, pues, por algún tiempo, proliferaron las expediciones científicas y las comerciales.

...Svenson observó a la pelti, procurando que su curiosidad no resultara demasiado obvia. Era de contornos aproximadamente humanos (un par de brazos y otro de piernas, simetría bilateral, manos y pies, cabeza de forma ovoide); pero ahí finalizaba la semejanza. La materia constitutiva de su cuerpo era peculiar, de un color blancuzco como vientre de sapo, y el patrón dominante en el diseño anatómico era la curva suave. Los huesos no evidenciaban sus prominencias como en los humanos. No había trazas de vello ni pilosidad visible alguna; las diferencias entre los sexos eran mínimas, pero Svenson había aprendido ya a reconocer los abultados glúteos y el busto más saliente de las hembras. Los ojos (cuya mirada Svenson se decidió por fin a escudriñar) afectaban forma elíptica y sus anchas pupilas semejaban cristales empañados. Ante las apariencias, el supervisor creyó poder compartir, en principio, la nueva decepción que sacudiera al ámbito científico cuando estudios más profundos y minuciosos revelaron el nivel mental de aquella forma de vida. Las pruebas situaban el cociente de inteligencia de los pelti (denominación convencional, acrónimo, formada por las iniciales de la frase Prueba de Evaluación Liminal por Test de Inteligencia), transfiriéndola a términos terrestres, por debajo de la de un bebé mongoloide. Resultaban casi ofensivamente *pasivos*, advirtió Svenson frente a aquella hembra.

La cólera lo invadió, sorda y persistente. ¿Siempre sería lo mismo? ¿La bota de los prepotentes aplastándole las cabezas a los mansos? Se volvió hacia Kowle, desafiante.

Literatura fantástica latinoamericana

El hecho de que éste se hubiera cubierto con el fino mameluco blanco, su vigor animal confinado en la tensión de la tela plastificada, causaba en Svenson un paroxismo de medrosa rebeldía.

—Lo que está pasando afuera es incalificable —murmuró entre dientes forzados a apretarse para evitar que se entrechocaran.

El otro le volvió la espalda. Hubo un movimiento de los amplios hombros que estremeció de rabia a Svenson.

—Lo que pase ahí afuera, Svenson —y el nombre fue deliberadamente mal pronunciado—, es asunto mío. Nadie tiene por qué entrometerse. ¿Está claro?

Los dedos del supervisor de ultradistritos aferraron convulsivamente el maletín.

—Eso habrá que verlo —opuso.

El gigante giró con brusquedad, enfrentándolo.

—¿Qué..., usted discrepa? —se burló.

—No son animales —dijo Svenson, pálido.

Literatura fantástica latinoamericana

Caía la tarde.

Cerca del horizonte, la luna más grande ofrecía su faz purpurina. Las dos menores no tardarían en aparecer también, supuso Svenson, de acuerdo con los datos que figuraban en su Manual. Sin duda el clima era pesado y húmedo y no había esperanza de que variase, por lo menos antes de los próximos siete meses. Las estaciones de Gurla eran dos: húmeda y mojada. La húmeda, que soportaban actualmente, ya resultaba bastante poco comfortable; pero durante la mojada diluviaba veintitrés de las treinta horas del día. No obstante, según se enteró el supervisor, esa circunstancia no alteraba en lo más mínimo la jornada de labor forzada que Kowle le imponía a los nativos.

...La escena había resultado borrascosa. Kowle dejó a su interlocutor con la palabra en la boca y se marchó a embriagarse en cierto lugar privado. Svenson debió tragarse la rabia que acumulara desde entonces; la contemplación de la cuadrilla de pelti —machos y hembras indistintamente— consagrada a la recolección de hojas de boli no hizo sino excitar su encono.

Cual un melancólico y desgarrado ballet, los movimientos de los alienígenas se sucedían blandamente..., con resignación excluyente de cualquier atisbo de esperanza redentora. Cinco capataces, provistos de largos y gruesos látigos, vigilaban la faena.

Literatura fantástica latinoamericana

Svenson resopló. ¡Que atrocidades así ocurrieran en sus días!... No lo iba a aceptar. Kowle podía carecer de entrañas, conforme; pero, de ser preciso, se le obligaría a conducirse como un ser humano.

—Difícil, ¿eh?

Se volvió, no sin un sobresalto. Junto a él se hallaba el hombre de confianza de Kowle, un tal Saldaña. En forma automática, una frase retadora saltó al borde de la lengua de Svenson; pero algo especial contenido en la mirada del latinoamericano detuvo el exabrupto.

—¿Cómo dice? —se limitó a preguntar a su vez el supervisor.

El latinoamericano sonrió cordialmente. Bastante joven el mozo; sin duda tendría varios años menos que él, observó Svenson, aunque parecía mayor... Alardeaba de la condescendencia propia del veterano capaz de bastarse a sí mismo y de sobrevivir incluso en el más inhóspito de los ambientes.¹

—Kowle es un poco peculiar —se explicó Saldaña—. ¡Me imagino que no resultará muy grato discutir con él!

Literatura fantástica latinoamericana

—No le voy a decir que me guste —repuso Svenson. La actitud del otro se le antojaba equívoca. ¿Intentaba sonsacarlo? —Pero tengo un deber que cumplir —añadió.

Cerca de allí, en la plantación, los pelti —formas blanquecinas recortadas contra el cielo en proceso de oscurecimiento— emitían su extraño “canto”: una melopea sin silabeo propio, preñada (sin embargo) de tristeza y desamparo... O, al menos, así sonaba a los oídos de Svenson.

Saldaña se sentó junto al supervisor. Ocupaban una especie de banco rústico, hecho con un tronco de boli cortado longitudinalmente por la mitad. Rebuscó en un bolsillo del pantalón —única prenda que lo cubría, aparte de las gruesas botas— y extrajo cigarros.

—¿Gusta?

Ante la negativa, quitó la cubierta de celofán de uno —que se encendió con un diminuto estampido— y lo sujetó entre los labios al tiempo que volvía a guardarse el paquete.

—Son hojas de boli —explicó, echando el humo—. Pasables... De cualquier modo, es lo único que hay por acá.

—¿Hace mucho que está con Kowle? —inquirió Svenson.

Literatura fantástica latinoamericana

—¿Pregunta oficial? —sonrió el otro.

—Únicamente curiosidad... Nada para el registro, quédese tranquilo.

—Hará un par de terraciclos..., dos años —declaró Saldaña—. ¡Y maldita la gracia que me hace!

Svenson lo observó con atención. Aquella faz curtida, los ojos oscuros —aun-que brillantes—, le causaron buena impresión... Un ave o algo similar lanzó una serie de graznidos, hacia el sur. Ahora el firmamento, profundamente violeta, se cuajaba de estrellas.

—Es sudamericano, ¿verdad?

—Ajá. De Maraguay. —Torció la boca.— ¡Mucho nombre para un país pigmeo!

—No tan pigmeo —apuntó Svenson—. ¡Bien que se hicieron notar cuando el presidente Carlevaro rehusó unirse a la Surfederación! Parece que les gusta la independencia a ustedes...

—Y, muy independientemente, nos morimos todos de hambre... ¡Por eso me largué Afuera!

—Ya veo —dijo Svenson—. No hay muchos latinoamericanos en el espacio exterior... Pero no dejaría de ser una salida para la crisis, en mi opinión.

Literatura fantástica latinoamericana

Saldaña alzó un hombro. Con el dedo cordial impulsó la colilla del cigarro, que voló igual que un cohete en miniatura.

—¡No duran nada...! —comentó—. ¿Crisis? —le dijo a Svenson—. Yo no entiendo de crisis. Lo único que me preocupa es mandar algo al buche por lo menos dos veces al día... Ése es mi distrito; de lo demás, que se ocupen los políticos.

—¿Está a gusto aquí? —aventuró Svenson, alentado por el tono amistoso del maraguyo.

Saldaña le lanzó una mirada irónica; luego escupió hacia un costado.

—Para decírselo con la mayor delicadeza —repuso—: esto me revuelve las tripas.

—¡Entonces por qué no...? —se le escapó a Svenson.

—Lo dicho: ¡El buche gruñe fuerte cuando no se lo atiende...! Me quedé sin el trabajo que tenía en Rueda-2 y...

Svenson parpadeó. ¡Rueda-2! El mayor satélite artificial de la Tierra... ¡Muchos años luz había entre eso y Gurla Centauri! Saldaña tenía todas las trazas del aventurero, se dijo Svenson envidiándolo “constructivamente”.

Literatura fantástica latinoamericana

—Estaba más pelado que un hueso cuando me contrató Kowle —continuó el maraguayo—. Un tipo desesperado agarra lo que venga...; pero es nada más que hasta que pase la tormenta. Estoy pensando en irme a las minas del Cinturón...

Se pusieron a caminar. El terreno arcilloso de Gurla se deslizaba sin mayor esfuerzo bajo sus suelas. En torno, una vegetación compuesta por multitud de arbustos de anchas hojas, más un gran número de especies arbóreas, confería un especial matiz al ambiente, sumamente húmedo aunque sin llegar a resultar sofocante. Sin embargo, pensó Svenson, ellos se limitaban a andar por ahí, sin prisas y con total parsimonia... La cosa no sería tan suave para los alienígenas, encorvados hora tras hora sobre los sembradíos bajo la constante amenaza —muchas veces dolorosamente materializada— de los látigos esgrimidos por forzudos capataces.

—¿La Empresa piensa intervenir en esto?... —indagó Saldaña, con una mirada de soslayo a Svenson.

—Coopere o no coopere Kowle, me propongo enviar un informe completo. ¡Esto que está haciendo es inconcebible! Los peltis...

—Pelti —corrigió Saldaña—. No llevan “s” final.

Literatura fantástica latinoamericana

—Como sea —continuó Svenson—; no son bestias de carga... ¡Se están violando sus derechos más elementales y...!

La mano de Saldaña se posó pesadamente sobre el frágil antebrazo del supervisor.

—¿*Derechos?* ¿Los reconoció el Consejo Mundial?

Svenson se detuvo. Saldaña aprovechó la pausa para encender otro cigarro, cuyo humo penetrante cosquilleó la nariz del otro.

—Bueno —admitió el supervisor—, según parece, los estudios más recientes demostrarían que los pelti no llenan los requisitos mínimos para calificar como “racionales” de acuerdo a los estándares de la Tierra... Pero éste es un tema siempre debatible. ¡Ninguna prueba puede considerarse definitivamente concluyente! Ellos *no son* animales...

El maraguayo interrumpió la succión de su cigarro para dirigirle al otro una sonrisa intencionada.

—¿Está seguro? De cualquier modo, lo grave no sería eso.

—¿Por qué lo dice? —Las ambigüedades del latinoamericano desconcertaban a Svenson. ¿Acaso se burlaba de él?

Literatura fantástica latinoamericana

—Hay una ley protectora de animales —repuso Saldaña—. ¡Hasta tenemos un Día del Animal!... Pero, ¿en qué categoría encajan estos pelti? ¡Acuérdese de los indios y de los africanos!

Svenson respingó. Con un brusco movimiento se echó para atrás, para diversión de su acompañante. Había estado a punto de pisar a una criatura menuda de aspecto impresionante, que huyó arrastrándose hacia el pantano vecino.

—No se asuste —lo tranquilizó el maruguayo—. ¡Los bichos de Gurla no muerden ni pican!

Svenson, a su vez, se permitió un sarcasmo: —¡Pobres de ellos, entonces, con terrícolas cerca!

Hubo un matiz muy particular en la voz de Saldaña cuando preguntó:

—¿Qué hace un tipo como usted Afuera?

Svenson bajó la vista, repentinamente confuso. Alzó un hombro.

—Supuse que aquí estaba mi “Oportunidad” —murmuró—. Otros horizontes y eso... ¿Me explico?

En ese instante, un ulular monstruoso hendió la noche. Svenson se volvió hacia Saldaña, interrogándolo con los ojos, y el maruguayo meneó la cabeza con un bufido.

Literatura fantástica latinoamericana

—Otra fuga —comentó—. No son frecuentes, pero...

—¿Un pelti?

—Ajá. De cada cincuenta, uno desarrolla cierto instinto rebelde e intenta huir... ¡Pobre diablo! Mejor sería que se tirase al pantano directamente.

Svenson aferró el nervudo brazo del otro.

—¿Quiere decir...?

—Ajá. Con todas las reglas: con bregos a manera de mastines, tipos armados hasta los dientes, pitidos y todo lo demás. ¡Kowle es cazador por naturaleza!

—¿Cazador? Pero... ¡Eso es... criminal! ¡Infame!

—Le falta aprender mucho, viejo... —Saldaña le palmeó el hombro.— Ahora tengo que unirme al grupo. ¡Me multan si llego atrasado!

Y partió ágilmente. Tras una ligera vacilación, el supervisor lo siguió procurando emparejar el diestro trote del maraguayo, perito en sortear obstáculos y en evitar traidoras depresiones.

Literatura fantástica latinoamericana

Lo que siguió fue pesadillesco. La sensibilidad de Svenson fue metódicamente sacudida, estrujada, reducida a despojos; él vomitó en espíritu.

No se le ahorró el Gran Final... El pelti jadeante, acosado, cedió al fin y se entregó patéticamente a la discreción de sus perseguidores. Improvisadas antorchas prestaban un clima dramático a la escena. Por un instante, el mismo Svenson llegó a pensar que los pseudomastines iban a despedazar al pelti, incapaz de presentar resistencia; luego comprendió que los planes de Kowle eran otros.

—¡Voy a escarmentarlos! —tronó su bronco vozarrón—. ¡Cuando vean lo que hago con éste se acabarán de una vez por todas los intentos de fuga!

Svenson advirtió de repente que los pelti, desde donde fuera que se hallasen, volvían sus aovadas cabezas hacia el lugar del hecho. Tras extinguirse los ecos de la voz de Kowle, se produjo un silencio ominoso.

Entonces —en imperceptible gradación de matices— un sonido inarticulado, aunque extrañamente musical, fue llenando la atmósfera... Era el coro de los esclavos; el lamento sin palabras que surgía como el vapor del agua, como el humo del papel encendido. ¿Lloraban sus almas? Svenson, incómodo dentro de sus ropas empapadas en sudor, carraspeó. ¿Almas? ¿En los pelti? ¿Quién de los que presenciaban aquello aceptaría una noción como ésa?

Literatura fantástica latinoamericana

—Llévenlo a la explanada —ordenó Kowle.

Dos de los esbirros se apoderaron del aterrado pelti. El rudo apretón de aquellos puños magullaba visiblemente la suave constitución del alienígena. Todo formaba sin duda parte del castigo, se dijo Svenson con repugnancia. Notó que Saldaña no participaba en forma activa de aquello, si bien permanecía al flanco de Kowle, como debía ser su obligación. A Svenson se le antojó verlo un poco molesto; pero no lograba perdonarle su falta de oposición concreta hacia la atrocidad que estaba llevándose a cabo.

La “explanada” era la denominación hiperbólica que se le había otorgado a una amplia extensión de terreno, limpia de vegetación, lindera con el alojamiento de Kowle. Svenson la conocía; una especie de cruz de madera que allí se erguía —provista de ganchos de hierro en su viga horizontal— le había intrigado, si bien no tuvo ocasión de indagar su finalidad.

Ahora tendría la respuesta. Palideció cuando no le quedaron dudas en cuanto a los designios de Kowle. Algo vibró en él, como una cuerda de reloj repentinamente rota; pero la agitación interior no alcanzó a comunicarse a los músculos, anulada por la potente onda de energía primitiva que emanaba de Kowle y de sus secuaces. No tenía esperanzas de imponérseles; no en una situación como la que vivían.

Literatura fantástica latinoamericana

Sus mandíbulas se apretaron con tal fuerza que pensó que se le iban a soldar. Los primeros trallazos le dolieron como si se los aplicaran en su propia carne... Rato después, se sentía entumecido; ríos salobres le surcaban la cara, resbalando por la barbilla y cuello abajo, filtrados de algún modo por entre los párpados fruncidos. Y el chasquido brutal y reiterado, una, y otra, y otra vez, sobre el fondo del lloro melódico de las voces alienígenas, que gemían por el ajusticiado...

—¡Dios... mío! —barbotó.

De las palmas le brotaba sangre ardiente, ahí donde las uñas se clavaran más profundo. Tarde o temprano tendría que soltar el aullido, pensó; no lograría contener el burbujeo de aquella angustia airada...

—*¡Bestia criminal! ¡Animal sanguinario!*

...Pero fue tan sólo un murmullo; un alarido interior que rebotó mil veces en las circunvoluciones de su torturado espíritu, sin romper la costra para echarse afuera.

Aflojó las mandíbulas. Los músculos de la cara le dolían; pero las lágrimas se habían secado ya. Tenía rota la camisa, que en algún momento aferraran sus dedos engarfiados, y toda su pálida carne estaba encrespada en minúsculas cordilleras de emoción. El “canto” de los pelti había cambiado. Se hacía más monótono..., y tan desamparado como el quejido de un lobezno

Literatura fantástica latinoamericana

abandonado entre las nieves del Silencio Blanco... Svenson se mordió un labio: las aguas se aquietaban.

Se había consumado la infamia. Kowle y su séquito penetraron en el alojamiento y los pelti —convenientemente aleccionados— retornaron a sus faenas. El lugar se vació. Uno tras otro, los pies de Svenson se movieron en sucesión de pasos infinitamente pesados. Cuando estuvo junto al pelti martirizado, sintió que se le contraía el corazón.

Pendía aún el alienígena de los ganchos a los que le sujetaran. La amarra le hendía los brazos en crueles cingulos de sufrimiento. Era igual que liar con un cojín, una bolsa llena de trapos: no existían durezas interiores que resistieran el estrujón.

Sin duda había perdido el sentido. Todo él colgaba —desmadejado y lacio— y los miembros inferiores se doblaban en grotesco remedo de genuflexión. El aspecto de la espalda hizo palidecer a Svenson. No había sangre; tan sólo hondas depresiones y amplias estrías abiertas a una sustancia más densa que la “piel” exterior. Pequeñas ramificaciones blancas como hueso reticulaban el espesor de la amarillenta materia interna: posiblemente los torturados nervios del pelti, descubiertos, palpitanes...

—¡Desgraciado! ¡Hijo de...!

Literatura fantástica latinoamericana

Era inútil pretender hacer algo por aquella criatura. Svenson no sabía nada de su constitución biológica ni de sus necesidades básicas... Permaneció inmóvil largo rato.

Del vecino alojamiento llegó una risotada alcohólica. Svenson enrojeció. ¡Los miserables lo *celebraban!* Aquello rebasó los diques de su innata cortedad.

Veía rojo cuando caminó hacia la rústica choza. Dejaba profundas huellas en la greda y el húmedo aire de Gurla circulaba aceleradamente a través de sus fosas nasales.

Apartó de un golpe las cortinas de plástico que cerraban el alojamiento y penetró sin ceremonias.

Kowle, tumbado en la hamaca que ambos ocuparan horas antes, volvió los ojos hacia el intruso. Empinaba una botella, ya en las postrimerías de su contenido; con un ademán casual, la arrojó hacia un costado.

—¿Qué hace por acá? —masculló—. ¿Se une a la fiesta?

Svenson no contestó. Recorrió con la mirada el escenario de la orgía. Había botellas arrojadas por doquier, viejos periódicos de la Tierra diseminados por el piso, manchas de alcohol derramado y brillosos escupitajos. Los capataces se habían ido, al parecer.

Literatura fantástica latinoamericana

Con alguna dificultad, Kowle abandonó la hamaca. Fue hacia un reducido gabinete —junto a la puerta— y exploró su interior.

—Estos flojos no saben tomar —comentó roncamente, luego de hallar lo que buscaba—. ¡Prefieren divertirse con las peliti!... ¿Me acompaña usted? —Y, acercándose Svenson, le tendió la nueva botella.

Sorprendido por su propio ademán de violencia, Svenson vio cómo el envase recién abierto salía volando por los aires y se estrellaba contra el muro en una explosión líquida y cintilante. Kowle lanzó una exclamación gutural.

—¡Maldito imbécil! ¿Está loco, o qué? ¡Le voy a...!

—¿Cómo se atreve a emborracharse? —Las sienas de Svenson latían.— ¿Está orgulloso de sus crímenes?... ¡Esto no va a quedar así, Kowle! ¡No le permitiré que siga cometiendo barbaridades!

Kowle parpadeó. Tenía ambos ojos semicerrados y las inflamadas venillas dibujaban una red carmesí en las córneas amarillentas. La enormidad de aquello lo paralizó momentáneamente.

—¡Va a responder ante la Empresa! —siguió Sven, desatado—. ¡Y no sólo eso! ¡No voy a parar hasta verlo encarcelado, miserable canalla!

Literatura fantástica latinoamericana

Durante unos segundos pareció que el gigante iba a lanzarse sobre el otro. Pero la tensión se licuó súbitamente. Kowle retrocedió algunos pasos. La manaza derecha oprimía con fuerza el puño izquierdo y cataratas de fuego oscuro saltaban hacia Svenson a través de las dos ranuras de los ojos.

—Desde que lo vi me cayó mal, Suenson.

—¡El sentimiento es mutuo! —Svenson temblaba como una brizna al viento.

—Su cara de caballo me repugna —continuó Kowle—. En la penumbra se parece a *ellos*. ¡Parece un pelti, por lo paliducho!

—Dentro de cincuenta terrahoras llega a buscarme el trasbordador. —Svenson ignoró las palabras del otro.— ¡Mi informe estará listo para entonces!

—¿Me quiere amenazar, estúpido?

—Simplemente lo entero de mis intenciones..., que son irrevocables.

—¡Ja! —Kowle lanzó un ademán obsceno.

Literatura fantástica latinoamericana

—¡Volverá conmigo para responder de sus delitos, Kowle!

—¡Ja!

Svenson sentía que todo giraba a su alrededor. El retumbar de su pulso le ensordecía; le quemaba el rostro y ya no percibía el convulso apretón de sus puños. ¡El malnacido tenía que *pagar!*...

De pronto hubo un revoloteo blanco frente a sus ojos. Con sobresalto, se echó hacia atrás, trastabillando. La grosera risa de Kowle, envuelta en efluvios rancios, lo sacudió.

—¡Terminaron sus idioteces! —El corpulento individuo le restregaba un papel ante las narices.—
¡No puede hacer nada! ¿Entiende? ¡Nada!

—¡Espere y verá cómo...!

—¡*Nada*, maldito infeliz! ¡Gaste saliva, si quiere! ¡Pero legalmente estoy a salvo! ¡Éstos son documentos oficiales! ¿Oyó bien?

Svenson se puso rígido. Empequeñecido junto a la mole del otro, sintió que iba a perder.

Literatura fantástica latinoamericana

—Esas cosas que están ahí afuera ni siquiera son *racionales*. —El poderoso índice de Kowle azotaba el papel pegado a la cara de Svenson.— ¡Es oficial! ¡Tengo absoluta libertad para manejarlos como se me dé la gana! —Lanzó una breve carcajada aguardentosa.— ¿Qué dice ahora, monstruófilo? ¡Sellado y firmado por la autoridad suprema! ¡Avalado por el Secretariado General! ¿Qué opina ahora, eh?

Rugía un tornado en los ocultos túneles y pasadizos del Espacio Interior de Sven Svenson... La retorcida espiral de frustraciones que albergaba en la médula espinal se desenvolvió de golpe en incontrollable impulso destructor. Las frágiles manos —de pronto convertidas en garfios inexorables— saltaron hacia la garganta de Kowle, donde hicieron presa... Miríadas de silenciosas explosiones de luz se sucedían en la oscura convexidad interior de los párpados de Svenson y un frío progresivo reemplazaba el ardor que antes lo invadiera.

Sorprendido al principio, Kowle reaccionó de inmediato. Sus potentes músculos se hincharon, actuaron los tendones y el menudo cuerpo de Svenson salió despedido.

No hubo grito alguno. La nuca del supervisor dio contra uno de los postes del muro y el manajo de anhelos insatisfechos, inhibiciones, sordos resentimientos y cólera impotente, sus insondables motivos personales (¿Némesis individual o colectiva?), se fundieron con la Nada... Kowle quedó solo, mirando un puñado de células inertes.

Literatura fantástica latinoamericana

—¿Qué diablos pasa?

Saldaña —quien había hecho irrupción con un arma empuñada— se detuvo ante el cuerpo de Svenson, que le cortaba el paso. No demoró en captar la situación.

—Me atacó —masculló Kowle, frotándose el robusto cuello, donde aparecían marcas lívidas—. ¡Quiso matarme!

—¿Él... lo atacó a usted?

—¡Debió enloquecer! ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Y lo tendió de un golpe, ¿eh?

—¡Me lo saqué de encima! ¿O lo iba a dejar que me estrangulara, al loco ese?

Saldaña, tras fugaz examen, comprobó lo irreversible del hecho. Se volvió hacia Kowle.

—Están por venir a buscarlo. ¿Qué piensa decirles?

Literatura fantástica latinoamericana

—Escuche —Kowle respiraba reciamente. Colocó una mano sudorosa en el hombro de Saldaña y habló en tono persuasivo—: Va a ser mejor arreglarlo entre nosotros, ¿no cree?

—¿Arreglar... esto?

—Podemos decir que se cayó... O que un pelti fugitivo le...

—¿Un pelti matando gente?

—Sí, sí; ya sé que suena un poco forzado. ¡Pero siempre hay formas de arreglar las cosas!... ¡Oiga! Tengo ahorros, ¿sabe? Posiblemente pueda...

Saldaña enfundó el arma.

—En eso no entro —dijo.

—¡Vamos! —Kowle lo sacudió.— ¡No me va a venir con escrúpulos ahora! ¿A quién perjudicamos?... Mire, le juro que fue en defensa propia y, además, un accidente... ¡Un accidente, sí! ¿Cómo iba a adivinar que...?

Saldaña sacudió la cabeza.

Literatura fantástica latinoamericana

—No cuente conmigo.

—¡Pero vamos, hombre!... ¿O es que le importa algo de ese tipo? ¡Creo que me debe un poco más a mí que a él! ¿O no lo salvé de morirse de hambre? ¿No le di trabajo cuando usted...?

—No me importa ninguno de los dos. ¡Pero no quiero líos con la Justicia! Hoy en día no se les engaña fácil... A mí no me gusta la cárcel; no sé a usted.

Kowle echó fuera el aire que mantuviera en los pulmones. Se relajó y los poderosos músculos se distendieron.

—¿Entonces lo tengo en contra?...

—Ni en contra ni a favor —repuso Saldaña—. Ya le dije: me cuido yo.

—Supongamos que lo obligo...

—Me lleva cincuenta kilos de ventaja —admitió el otro sin perder la calma—, pero yo tengo el arma.

—¿Se animaría a balearme? —La voz de Kowle adquirió un tono helado.

Literatura fantástica latinoamericana

—En último caso. Pero aun a mano limpia, no se confíe. Si la cosa va en serio, uso lo que venga: desde los pies hasta piedras o palos. No me paro en chiquitas..., sobre todo cuando el otro es un grandullón como usted.

El alcohol, impregnando profundamente las venas y el sistema nervioso de Kowle, hacía efecto. Además, el metal sin inflexiones de las palabras de Saldaña lo intimidó. El inerte cadáver seguía allí, laxo... Vacilante, el coloso se cubrió la cara con las manos y no habló más.

—Mejor así —manifestó Saldaña—. No me gusta la violencia inútil.

Hacía frío en el cosmódromo de Ednacap, ex Washington, D. C.

Kowle se estremeció, enfundado en su abrigo de fibra sintética. La mole del trasbordador que lo trajera vibraba aún tras el aterrizaje, un detonante amarillo sobre el cielo preñado de nubes tormentosas.

¡Qué bienvenida! Volvía a su planeta, a la Madre, en la estación que más aborrecía. La carne se rebelaba contra la dentellada del viento; una llovizna fría y persistente no hacía más que empeorar las cosas.

Literatura fantástica latinoamericana

Le habían puesto cuatro guardias, aunque todavía no era un prisionero en el cabal sentido del término... Se sintió desamparado. Ya sabía cómo iba a ser la cosa.

Enfrentar un jurado: aquellas doce caras blancas, ojiazules con toda probabilidad, decididas de antemano a condenarlo. No tendría ninguna oportunidad de escapar a su odio. Bien lo sabía.

—¿Éste es el investigado?

La pregunta provino de un oficial del cosmódromo que se había acercado a recibirlos. Era delgado y rubio, con nórdica barba de tonalidad bronceína. Sobre el azul del uniforme centelleaba una chapa de plata.

—077984/A —dijo uno de los guardianes al tiempo que tendía un documento—. Lugar del hecho: masa continental de Gurla Centauri.

El oficial consultó el expediente.

—¿Nombre?

—Kowle, Haley.

Literatura fantástica latinoamericana

—¿Coal, dijo?

—Kansas–Oregon–Wyoming–Louisiana–Ednacap... Kowle.

—Correcto. En nombre de la Suprema Corte de los Estado Democráticos Norteamericanos (EDNA), sección Xenoscontactos, me hago cargo de este hombre. Será llevado a juicio en su ciudad natal, Montgomery, Alabama, en fecha y hora a determinarse por audiencia preliminar.

—Su prisionero.

Kowle era como un pelele. Vuelta atrás, pensó. De nuevo en la Madre, donde las cosas no podían hacerse cambiar jamás... Aquí mandaban ellos, como siempre, se dijo; igual que en el tiempo de sus abuelos, cuando un grupo de ensabanados alzaba una cruz de madera y la encendía, levantaba un patíbulo y colgaba a alguien, y todo en la mayor impunidad, porque el mundo era de ellos, y obraban a su gusto.

Conducido por el rubio oficial, seguía sus pasos dócilmente; los ojos bajos, clavados en el oscuro reflejo de su cara sobre la pista mojada. Vuelta atrás..., sin escapatoria.

De haber resultado étnicamente posible, una mortal palidez hubiera invadido su semblante.

Literatura fantástica latinoamericana

1Liber Saldaña cumple un rol protagónico en “El nexa de Maeterlinck”, novela corta del autor en la que se inicia el ciclo de la pila “Torr-33”.

EL CUERPO

Héctor Chavarría (México)

Sabía que se estaba muriendo.

También sabía —con horrible certeza— que no podía hacer cosa alguna para evitarlo. Su cerebro estaba dolorosamente vivo; el resto de su cuerpo no valía para nada, era inútil como puede serlo el de un hombre más allá de los 96 años. Precisamente la edad que tenía.

Su vida había sido intensa. Mientras le funcionó el cuerpo había sido un hombre en toda la extensión de la palabra; una conjunción de mente y materia dedicada a la hombría, al deporte rudo y a la creación. Pero ahora aquel cuerpo ya no servía y él lo sabía.

Literatura fantástica latinoamericana

En ese sentido el declinar era doloroso pues su mente —cosa que siempre le intrigó— seguía fuerte, sana y, sobre todo, joven. Por su cerebro no parecían pasar los estragos de la edad. Antes del colapso, cuando tenía 90 años, había contraído matrimonio perdidamente enamorado de una joven que podría ser su tataranieta. Aquel había sido un matrimonio para el escándalo del cual sólo lo había salvado su enorme fama como escritor y científico.

Le gustaba llamarse a sí mismo “un hombre del Renacimiento” por su ambición de conocer todo lo posible sobre cualquier disciplina humana. Pero ya no había tiempo.

Sabía que se estaba muriendo, sin poder moverse, hablar o dar a entender lo que pensaba. Una de las mentes más brillantes se apagaba porque el cuerpo que la sostenía era incapaz de sostenerla.

Deseaba vivir; lo deseaba con toda la fuerza de su mente poderosa, joven y pujante. Lo deseó con tanta fuerza que las gráficas del electroencefalograma saltaron desatadas. La enfermera se alarmó y llamó al médico de guardia.

Cuando el interno llegó, la actividad cerebral había alcanzado tal intensidad que los trazos se salían del papel. Los ojos del paciente —cerrados durante meses— se abrieron súbitamente y un ronquido surgió de lo más profundo de su garganta sin llegar a ser palabras.

El interno comenzó a dar instrucciones a la enfermera.

Literatura fantástica latinoamericana

Entonces los trazos del electroencefalograma se convirtieron en una línea continua y los demás aparatos mostraron idénticos signos.

El médico —mientras otros entraban al pabellón de Terapia Intensiva— comenzó a aplicar masaje cardíaco. Las agujas punzaron y el contenido de las jeringas desapareció en las venas. Por unos instantes hubo una respuesta y los trazos de actividad cerebral mostraron un rumbo errático. Después cayeron.

Antonio Villarreal había muerto. Una de las glorias del país se había extinguido. Triste pero esperado.

Abrió los ojos.

Después de todo, quizá tenía esperanzas. Y gozó al pensarlo, anticipando el regreso a casa y al cariño de Carolina, su “tataranieta”.

La habitación era limpia y pequeña, pintada con colores suaves y con una ventana que daba a un pequeño jardín. ¿En qué clínica estaba? Ignoraba a dónde lo habían llevado cuando sobrevino el colapso. Tampoco sabía cuánto tiempo llevaba en el hospital, pero el hecho de que pudiera ver

Literatura fantástica latinoamericana

indicaba que su recuperación era evidente; de otra manera estaría en terapia intensiva. ¿O no?

Sentía el cuerpo y veía; ya no estaba en la cárcel opresiva del silencio total anterior. Su mente funcionaba como siempre y sus ojos registraban detalles. Se sorprendió de tener tan buena vista —de hecho, excelente— cuando antes necesitaba gruesos lentes especiales. Ni siquiera con ellos tenía tan aguda visión.

Trató de moverse y notó con fastidio que no podía. Sin embargo, sus músculos parecían funcionar. Se relajó. Como médico sabía que la recuperación —especialmente luego de un colapso tan severo— tenía que ser lenta. Cerró los ojos sintiendo un súbito cansancio y se durmió plácidamente, casi sin darse cuenta.

Soñó con verdes prados y altas montañas —las mismas que alguna vez trepó—, con bosques llenos de aromas y playas desiertas.

El sonido de la puerta le despertó.

Abrió los ojos y volteó —¡podía moverse!— para ver a la enfermera que entraba. Ella lo miró con una expresión de sorpresa y cerró rápidamente la puerta. Sus pasos apresurados se alejaban mientras él fijaba la vista en el tubo de venoclisis que bajaba de la botella de suero. ¿Qué estaba pasando?

Literatura fantástica latinoamericana

Lo siguiente fue un torbellino. Dos médicos llegaron a las corridas para tomarle los signos vitales y lo movieron para todos lados. Trató de decirles que tuvieran cuidado con su espalda lastimada por la vieja lesión artrítica, pero no pudo articular palabra. Oía, pero no podía hablar.

Entraron con una camilla y lo transportaron velozmente por pasillos desiertos. Podía mover la cabeza y ver detalles pero sus esfuerzos por hablar eran vanos.

Le conectaron toda la parafernalia de aparatos que tan bien conocía para sacarle gráficas de la actividad cerebral y escuchó las expresiones de asombro de los médicos cuando vieron los resultados.

Aquello comenzaba a ser fastidioso.

Pero lo que siguió fue peor...

Lo regresaron a su habitación y antes de que tuviera tiempo de reponerse de la sorpresa entraron dos personas frenéticas: un hombre de apariencia distinguida que no podía ocultar su emoción y una mujer convertida en un mar de lágrimas que hacían que su semblante agraciado se viera desfigurado. Ignoraba quiénes eran, pero los dos se arrojaron sobre él abrazándolo con desesperación y musitando palabras incoherentes.

Literatura fantástica latinoamericana

—¡Mi bien, mi cielo! ¡Te pondrás bien muy pronto! —sollozó la mujer mientras le humedecía una de las mejillas con las lágrimas.

—Tesoro, tesoro —dijo el hombre—, ¡esto es un milagro! —Y le estampó una serie de besos fuertes y varoniles.

Un par de médicos y otras tantas enfermeras se llevaron a los frenéticos personajes y finalmente lo dejaron solo metido en un mar de dudas.

La despedida de la mujer había sido digna de una pesadilla:

—¡Te queremos! ¡Pronto estarás en casa!

“¿En casa?”, pensó. “¿Qué manicomio es éste?”

A pesar de todo, el cansancio era muy grande y volvió a dormirse.

No tenía manera de medir el tiempo, pero cuando despertó nuevamente era de día —suponía que había transcurrido un día porque el ángulo de la luz del sol era el mismo— y tenía un hambre feroz.

Literatura fantástica latinoamericana

Como respuesta a su deseo de hablar surgió una especie de graznido de su garganta. Un sonido agudo muy diferente a su voz y el intento de moverse fue recompensado por el levantamiento de su espalda y la tensión de los músculos abdominales. ¡Podía moverse! Sentía los músculos anquilosados, pero aquello era natural después de la inmovilidad. Ordenó a sus brazos movimiento y éstos respondieron. Buscó el timbre para llamar a la enfermera y lo encontró. Sentía una vitalidad corporal desusada y poco natural para un anciano tanto tiempo postrado, pero por sobre todo tenía hambre. Tocó el timbre y levantó las manos para mirárselas. Aquéllas eran uno de sus orgullos: capaces de realizar una delicada cirugía o de ensamblar minúsculos componentes electrónicos. También capaces —en sus buenos tiempos— de romper cuatro gruesas tablas de un golpe. Las miró, con esa extraña y aguda vista de la que ahora gozaba.

No eran sus manos.

Sacudió la cabeza y se tocó el pecho. No era el suyo. De hecho palpó rudamente un par de enhiestos senos y sintió que el mundo se ponía del revés. Con un movimiento convulso se llevó las manos a la entrepierna y de su garganta escapó un grito con una voz que no era le era propia.

La enfermera entró y también gritó. Después fue una pesadilla de batas blancas que lograron dominarle. Sintió vagamente la puntada de la inyección y se sumió en las sombras.

Literatura fantástica latinoamericana

Volvió en sí y recordó, aún entre las brumas del sueño narcótico. Una horrible pesadilla... Una broma de mal gusto de su mente.

La enfermera entró con una expresión recelosa en el semblante y un feo moretón en el lado derecho de la cara, apenas disimulado por el maquillaje.

—¿Cómo está hoy mi enfermita? —preguntó con voz jovialmente profesional.

Antonio se dejó caer sobre los almohadones negándose a pensar.

El automóvil se deslizaba entre el tráfico dirigiéndose hacia San Ángel después de salir del Hospital Humana. Antonio había sido dado de alta y ahora iba apretujado entre “papá” y “mamá”, que no cesaban de hablar como pericos locos. Se sentía mal; no físicamente, sino del cerebro. Extrañamente “desprotegido” con aquel alegre vestido de verano. Le había costado mucho trabajo tratar de caminar con los zapatos de tacón y le habían sacado del hospital en una silla de ruedas. Papá y mamá se referían a él como “la Nena” y tenía deseos de vomitar.

“No deben alarmarse —había dicho el médico creyendo que él no escuchaba— por el comportamiento de Patricia. Los traumatismos como el que ella sufrió tienen a veces esas

Literatura fantástica latinoamericana

secuelas. Ella se pondrá bien cuando esté en su propio ambiente; ahora sufre de un choque emocional muy fuerte, pero cuando pase el tiempo irá recobrando la memoria. Lo más importante es que esté en su casa y reciba el cariño de sus padres.”

Antonio sintió lo más cercano a la furia homicida. Deseó que lo dejaran solo con el imbécil del médico aquél un par de minutos para...

Entonces llegaron papi y mami para llevárselo a casa. El maldito chofer tenía lágrimas en los ojos cuando le abrió la portezuela y dijo torpemente que le agradaba mucho ver a “la señorita Patricia otra vez sana y buena”.

Para obviar más broncas, Antonio había decidido guardar un obstinado silencio. Entre otras cosas porque cada vez que abría la boca lo sobresaltaba su espléndida voz de contralto.

Cuando pudo caminar había sufrido toda una serie de chequeos en el hospital así como entrevistas con los médicos. En por lo menos dos de ellas había estado presente “mami”, la cual no podía ocultar su sorpresa y turbación cuando se echaba hacia atrás en el sillón —una postura típica de él— y, después de tocarse las yemas de los dedos formando un rombo, cruzaba las piernas. Mami le había tocado el muslo con premura. Una señorita decente no muestra de esa manera las pantaletas.

Literatura fantástica latinoamericana

Su primera visita al retrete había sido una catástrofe. Había tratado de orinar de pie... Los comentarios huelgan.

La llegada a casa fue otro trauma.

Un jovencito impetuoso lo tomó en brazos y le estampó un apasionado beso. Él respondió con un *jab* al plexo y lo dobló en dos. Al parecer Patricia tenía novio... Antonio no estaba acostumbrado a tenerlo.

Huyó a su habitación. Debía de tener una en aquel caserón, pero no la encontró. Finalmente tuvo que preguntarle a “mami” y ésta, conteniendo a duras penas las lágrimas, lo condujo a una juvenil y femenina habitación con —menos mal— baño propio y todas las comodidades que incluían una terminal de computadora.

Antonio se miró en el espejo cuando “mami” hubo salido. La superficie le mostró una espléndida rubia de unos 19 años, caminó hacia la puerta maldiciendo los tacones y, después de arrojar lejos los zapatos, puso el seguro.

Literatura fantástica latinoamericana

Se desnudó frente al espejo y miró aquel espléndido cuerpo femenino sintiendo en la mente el cosquilleo de la excitación, la sensación íntima de que vendría una inmediata erección. Sólo que Antonio no tenía pene.

Se dejó caer en la cama y sollozó aporreando las almohadas.

Bajó al comedor —no podía evitar tener hambre a pesar de todo— con un arreglo juvenil: pantalones de mezclilla, blusa blanca y zapatos tenis. La familia ya estaba sentada y Antonio ensayó una sonrisa. La fulminante mirada de desaprobación de “papi” fue seguida por una exclamación ahogada de “mami” que se llevó a la “nena” escaleras arriba y le explicó sofocada que las señoritas no se ponen blusas semitransparentes sin sostén. Especialmente si en la mesa se encuentra el novio...

Fue una comida un tanto tensa... “Patricia” no habló a pesar de las veces que Arturo —así se llamaba el tipo— le dirigió la palabra. Antonio estaba pensando frenéticamente. Miró con envidia cómo “papi” encendía un puro de excelente tabaco y luchó contra el deseo de pedirle uno. Se excusó y salió al jardín. “Papi” le hizo una discreta seña a Arturo para que la dejara sola.

Literatura fantástica latinoamericana

Tenía que asumir la situación: no era más Antonio Villarreal; ahora era Patricia, una señorita de más o menos 19 años, rubia, bien formada, llena de salud, de familia rica. Era una muchacha que había sufrido un accidente de carretera que la había dejado descerebrada... con un cuerpo que sanó gracias a su juventud pero con una mente inútil. Una mente que —de alguna manera— había realizado una transferencia con la suya. Era de locos; científicamente imposible. Por lo poco que sabía, no parecía haber razón para que la mente de Patricia quedara inutilizada y los médicos habían diagnosticado utilizando el inmenso golfo inexplorado del “disturbio psíquico”. Él lo sabía muy bien como médico.

Bien: él había ocupado el cuerpo de ella. Por consiguiente, Patricia estaba muerta... Debía estarlo porque no había recuerdos de ella; dominaba la mente de él. Pero si admitía que la transferencia había sido posible —y de hecho lo era— entonces no había manera de saber dónde diablos había quedado la mente de Patricia. ¿Se había trasladado al cuerpo de Antonio Villarreal?

Corrió —por lo menos los tenis le permitían hacerlo— hacia la biblioteca (¿habría una?) de la casa. La había y pidió los periódicos de los días anteriores. “Papi” se los dio con cierta expresión de extrañeza que se acentuó ante la frenética búsqueda que la “nena” realizó en ellos.

Antonio salió de la biblioteca con pasos forzados y se metió en “su” cuarto cerrando con llave. Había leído el conmovedor relato de las exequias de Antonio Villarreal, gloria nacional, después de haber permanecido en coma dos meses en el Hospital Humana... Condolencias, homenajes,

Literatura fantástica latinoamericana

etcéteras.

Patricia caminó por los pasillos de la Facultad de Medicina donde estaba matriculada: una costosa facultad privada donde Antonio Villarreal había sido maestro alguna vez... Era una coincidencia feliz, casi demasiado, que por lo menos le permitía no perderse. Había encontrado a sus amigas —bueno, a las amigas de Patricia—, que la habían recibido con lágrimas, abrazos y besos, obligando al pobre Antonio a realizar tremendos esfuerzos para no agarrar a la más apetitosa de ellas y llevarla a algún sitio discreto del campus... Ahora era mujer.

Las amigas —obviamente advertidas por los padres de Patricia— no hicieron comentarios respecto de lo ocurrido en los dos meses anteriores. Sabía quiénes eran por haber visto fotografías, pero era una desgracia que Patricia, la verdadera Patricia, no llevara —como otras tantas chicas— un diario íntimo. Eso le habría facilitado el camino.

De cualquier manera fue con sus compañeras a la cafetería y recibió saludos de muchachas y de muchachos que no conocía pero que obviamente sabían quién era Patricia. La plática insulsa sobre modas y cantantes le aburría y hacía esfuerzos para no lanzar miradas ardientes a la pelirroja que tenía enfrente.

Literatura fantástica latinoamericana

Por otra parte deseaba correr, salir al campo, usar plenamente las posibilidades de aquel cuerpo joven y sano. ¡Maldición!

Se excusó para ir al baño y estuvo a punto de meterse en el de hombres. Sentarse en el retrete era un fastidio pero no podía hacer otra cosa pues las puertas permitían ver parte de las piernas y había ahí otras mujeres. Maldijo con vehemencia encontrarse en los primeros días de la menstruación de Patricia, haciéndose un lío con el Kotex.

La clase de deportes una semana después fue una delicia, salvo por algunos inconvenientes obvios ya que él había sido un hombre fanático de la fuerza física y Patricia al parecer había sido sólo una aficionada. Él nunca había tenido que tomar en cuenta a la hora de las rutinas nalgas voluminosas y caderas anchas; ahora le era imposible moverse con libertad pues trataba de hacerlo como un hombre. El siguiente lío fue en las duchas... Un tormento para un “viejito rabo verde” el verse rodeado por algo más de cuarenta jovencitas desnudas que hacían toda clase de comentarios sobre cuestiones sexuales. No podía evitar mirarlas con deseo...

Los problemas siguieron con el asno que estaba a cargo de la clase de anatomía y que al parecer no conocía la diferencia entre apéndice y clítoris.

No resistió la tentación de ponerlo en su lugar con una serie de comentarios mordaces de cirujano que la verdadera Patricia jamás habría hecho.

Literatura fantástica latinoamericana

Aquellas actitudes produjeron comentarios. Pero no fueron los únicos casos.

Como mujer detestaba los comentarios de los muchachos de la escuela. Le enfurecían las miradas lúbricas sobre su cuerpo y en general las actitudes machistas. En la calle era peor.

Aquello tenía que estallar y estalló...

Iba con Norma y Alejandra al estacionamiento donde la esperaba siempre el carro con chofer —no le soltaban un auto por temor a que se accidentara— y se cruzaron con cuatro muchachos de un grupo diferente al suyo. Uno de ellos le dijo “mamacita”, acompañando aquello con el comentario sobre el gusto que le daría llevarla a la cama y el apretón en una nalga.

Sus amigas trataron de llevársela de ahí después de decirles varias frescas femeninas a los muchachos, pero “Patricia” no estaba para que se la llevaran. En dos meses como mujer su mente era un caos en el que se mezclaban la indignación, la furia, la vergüenza y el deseo... Ahora funcionó una mezcla de indignación y furia.

Se fue hacia ellos soltando una sarta de palabrotas que no iban de acuerdo con la dulce Patricia mientras ellos hacían ademanes exagerados de miedo y de burla.

Literatura fantástica latinoamericana

Aquello se transformó en un campo de batalla cuando Patricia le colocó una *mae gueri* relampagueante al más cercano. Le atinó en los testículos y el muchacho hizo lo único que podía hacer: caerse al suelo. Los otros trataron de someter a “aquella bruja agresiva” y ella se les enfrentó con una mueca de gustosa rabia. No era Patricia sino el antiguo cinta negra sexto *dan* Antonio Villarreal... un viejo luchador veterano de dos guerras. No tenía la fuerza ni la rapidez de antes pero sí un cuerpo joven y vigoroso, aunque fuera de mujer.

El asunto no llegó a masacre por la intervención de los vigilantes del plantel, pero hubo torceduras, ojos amoratados y ropa rota. También algunos golpes —para ellos— que venían de algunas de las más retorcidas escuelas de *Tae Kwon Do*.

Desde entonces las amigas de Patricia comenzaron a verla con otros ojos. Aquélla era Patricia y no lo era. Sus actitudes y conocimientos no iban con ella. Despreciaba a los muchachos y miraba ardientemente a sus compañeras. Siempre tenía flor de lengua todo tipo de comentarios mordaces. Era brillante; en un mes se había colocado a la cabeza de la clase aparentando que podría haberlo hecho desde el primer día. Se sabía que había mandado al diablo a su novio y que éste había comentado que ella parecía sentir verdadero asco al contacto físico. Era también el terror de los profesores y parecía saber más que ellos en muchas cosas. Aparentaba alegría, pero había en ella un constante resabio de amargura.

Comenzó a quedarse aislada.

Literatura fantástica latinoamericana

“Ella” no estaba consciente de lo que ocurría... Trataba desesperadamente de portarse como mujer. Trataba de encontrar alguna relación entre la existencia de Patricia anterior y la actual y sentía —a veces— que acudían recuerdos, sensaciones que no eran las suyas.

¿Renacía Patricia?, se preguntaba Antonio. ¿Quién era él? ¿Una muchacha? ¿Una mente de hombre en un cuerpo de mujer? En todo caso, lo último parecía más acertado. Conocía más o menos el funcionamiento de su nuevo cuerpo. Gozaba con su juventud, pero no podía aprovechar la mayor parte de sus ventajas.

Era claro que si quería sobrevivir sin ir a parar al manicomio tendría que volverse mujer. Sin embargo, siendo un hombre furiosamente libre no podía adaptarse al restringido mundo que la sociedad tenía deparado para una muchacha.

Eso le enfurecía y no podía dejar de comentarlo. Como hombre, antiguo dominador, sentía especial vergüenza por las restricciones que él —no precisamente él, pero sí su sexo— le había impuesto a las mujeres. La furia cuando le trataban como objeto era ilimitada, especialmente cuando insultaban su intelecto con aquello de que “una mujer no puede entender eso” o “éstas son cosas de hombres”. Patricia–Antonio deseaba y pensaba entonces “patearles los huevos” sabiendo lo que aquello dolía.

¿Sentirían así las feministas? ¿Se convertiría él–ella en un caso perdido de lesbianismo?

Literatura fantástica latinoamericana

Quizá hubiera sido mejor terminar como Antonio, con sus recuerdos y vida propios, que llegar a esa tortura. Sabía que podía matarse fácilmente, pero —biofílico feroz— se negaba a ello. Además, eso sería cancelar definitivamente a Patricia y las posibilidades que ella tenía con su mente. Porque también estaba aquello: ¿había muerto realmente Patricia? Era un lío.

Estaba en la biblioteca con “mami” y la señora trataba —con el preámbulo de trivialidades— de decirle algo. Patricia estaba sentada en uno de los sillones manteniendo las piernas juntas con la falda cubriéndole recatadamente las rodillas —rodillas con hoyuelos, pensaba Antonio— mientras reprimía el deseo de colocar una pierna sobre el brazo del mueble. “Mami” encendió nerviosamente un cigarrillo y habló rápidamente, antes de arrepentirse.

—Nena, ¿te gustan las mujeres?

Patricia estuvo a punto de soltar una carcajada y de responder afirmativamente. Se contuvo.

—¿Por qué dices eso, mami?

—Tu actitud, cariño, no es la de una muchacha normal... Ni papi ni yo queríamos tocar el tema pues... tu accidente, la amnesia, el choque nuestro al darnos cuenta de que estabas viva... Mi

Literatura fantástica latinoamericana

amor, ahora podemos hablar. Hay comentarios muy desagradables...

Antonio estuvo a punto de confesar lo que había ocurrido, pero no lo hizo. Él mismo no podía creerlo y cualquier otra persona creería que Patricia simplemente se había vuelto loca. Sin demostración científica, él mismo habría mandado al manicomio a quien le llegara con tal historia... aun sometiéndolo a pruebas de detector de mentiras. Y no quería terminar en un manicomio, aun que fuera uno privado. Decidió hilar fino.

Respondió modosamente que se sentía perturbada, que a veces creía que no estaba del todo repuesta del accidente. “Mami” se mostró comprensiva, le dio un beso y un abrazo y le recomendó cariñosamente que rompiera esas “falsas impresiones” portándose como una muchacha normal... que fuera a fiestas, saliera con muchachos, en fin.

Más tranquila, “mami” dejó a Patricia en la biblioteca y se fue a sus quehaceres. “Paty” se disculpó de no acompañarla a la cocina —la verdadera Patricia amaba el arte culinario, Antonio lo detestaba— pretextando una jaqueca y la necesidad de pensar. Aprovechó la ausencia de “mami” para saquear la cantina y robarse varios puros de “papi”.

En su cuarto, con el habano encendido y un vaso de coñac en la mano, pudo reflexionar. “Paty, te estás volviendo una delincuente juvenil.” No pudo evitar reír con el pensamiento.

Literatura fantástica latinoamericana

Pero una cosa era cierta, le gustara o no: tendría que ser mujer.

Alivió la angustia tomándose la botella completa de coñac.

Patricia estaba dispuesta a ser una buena muchacha y una buena hija, para felicidad de su madre. Ya no les hacía “feos” a los muchachos, se portaba —con ciertos tropiezos— como una chica normal y ya mostraba más práctica en los menesteres femeninos.

El pobre Antonio no lo pensaba así.

Su primer baile había sido un desastre. Había sido llevado con vestido largo a una fiesta formal con sus padres y un joven elegido por ellos.

Antonio nunca había sido un gran bailarín y ahora el hecho de tener que dejar que el joven aquel —que tampoco era muy hábil— le “llevara” resultó una tortura. Salió del paso como pudo. Los demás se portaron con indulgencia.

Lo siguiente fue ir a un disco. Ahí por lo menos podía bailar sin que le “llevaran”, pero le costó trabajo adaptarse —pese a que le gustaba— a la música moderna.

Literatura fantástica latinoamericana

“Es una cuestión de roles”, pensaba, “tienes que adoptar el que te toca jugar.”

“Pero no soy una mujer”, protestaba su mente masculina.

“Sí lo eres; tu cuerpo es de mujer, tienes necesidades físicas de mujer, metabolismo de mujer. Eres mujer”, gritaba una voz apenas audible, como un resto de la mente de Patricia.

Antonio comenzó a notar —con alarma— que, ahora que manejaba mejor aquel cuerpo, éste comenzaba a imponerle cosas a su mente. Ya no tenía que pensar tanto en cómo actuar físicamente; el cuerpo lo hacía. Eso ocurría por lo menos en actitudes simples. Era como si una parte de la memoria de Patricia, la puramente física, se estuviera manifestando. Pero la mente —la que seguía rigiendo, la volitiva— era de Antonio. Era la misma mente poderosa, lúcida y masculina que se había destacado como una de las más brillantes de su tiempo.

“El cuerpo también tiene sus imperativos”, pensaba él.

Lo que más temía ocurrió cuando el joven que le acompañó a la disco estuvo afuera de su casa. Era tarde —no tanto como para que los padres de Patricia se inquietaran— y ya era hora de despedirse, pero él (el acompañante), que desde los descansos en el baile se había mostrado entusiasmado con “Paty”, ahora estaba pensando en otras cosas.

Literatura fantástica latinoamericana

Primero le tomó la mano y luego puso el brazo sobre sus hombros y le atrajo hacia él, mientras le susurraba al oído lo mucho que le gustaba. Deseó salir corriendo pero no supo qué hacer en ese instante y él tomó su indecisión como condescendencia. Antes de que se le ocurriera cualquier acción le estaba besando, insinuando su lengua entre los labios. “Paty” sintió los pelos incipientes de la barba de él y trató de zafarse. Él insistió y una de sus manos se introdujo en su blusa y acarició sus pechos. “Paty” trató de zafarse otra vez pero el muchacho era fuerte y Antonio reconoció que aquél —su nuevo cuerpo— no tenía las fuerzas a las que su mente estaba acostumbrada.

Forcejeó dentro del carro y logró librar una de sus manos... Fue Antonio quien presionó con el índice y el pulgar una de las carótidas del joven que instantáneamente se olvidó del romance.

El viejo truco de la escuela de rasgamiento funcionó, por lo menos lo suficiente para que “Paty” saliera del carro y huyera a su casa encerrándose en su cuarto.

Lo siguiente fue peor.

El deseo sexual de Antonio no estaba presente; pero ni recurriendo a todo su control podía evitar que el cuerpo respondiera —una de esas respuestas que poco tenían que ver con su control— a lo que parecía ser un imperativo. El problema era que él no se sentía excitado por los hombres sino por las mujeres. Sin embargo, el incidente le recordó que él también tenía deseos sexuales y que

Literatura fantástica latinoamericana

en su actual forma no podía satisfacerlos.

Se masturbó torpemente, fantaseando con sus compañeras. Se lastimó la vulva por su poca habilidad y ni de lejos se aproximó al orgasmo. Al día siguiente se sentía infame. Necesitaba una mujer.

De alguna manera la consiguió.

Era una muchacha “rara” que obviamente se había fijado en aquella Patricia “extraña”. Pertenecían a grupos diferentes y Antonio se las ingenió para verla fuera del ambiente de la escuela.

Tomaron varios cafés y de manera sutil se insinuaron el mutuo deseo. Así que aquella tarde Patricia acompañó a Laura al pequeño departamento que ésta compartía con una amiga que, afortunadamente, estaba de viaje.

Laura se abalanzó sobre Patricia tan pronto como cerró la puerta y comenzó a acariciar su cuerpo con frenesí. Antonio a su vez respondió a la pasión con los deseos largamente contenidos y comenzó a desnudar a Laura. Ambas cayeron enredadas en la cama mientras Laura lamía los senos de “Paty”. Desgraciadamente, Laura no era una lesbiana que deseara adoptar el papel de mujer que “Paty” anhelaba sino todo lo contrario. Era una conquistadora, una lesbiana activa. De cualquier manera, los preliminares fueron excitantes para “Paty” y el *cunnilingus* delicioso, pero la

Literatura fantástica latinoamericana

imposibilidad de penetrar a su compañera convirtió todo el asunto en un fracaso. Laura tuvo orgasmo tras orgasmo pero "Paty" tuvo que conformarse con una excitación creciente sin satisfacción.

Aquella tarde decidió que no volvería a ver a Laura o a otras parecidas a ella. Comenzaba a sospechar que el cuerpo de Patricia deseaba otra cosa. ¿Podría aceptarlo su mente?

De vuelta a casa, lloró. Fue el llanto de una muchacha aunque los sentimientos desahogados fueran de hombre.

Cuando logró calmarse, se tendió en la cama y se realizó una exploración vaginal. Patricia no era virgen... Por lo menos no existían trazas de himen. Claro que podía haber nacido sin él; pero eso nunca lo sabría...

Maldijo toda la situación mientras pensaba que quizá el cuerpo también tuviera imperativos desligados de la mente. Aquello que era una blasfemia científica ya no le parecía tan raro. ¿No era él mismo una blasfemia científica?

Literatura fantástica latinoamericana

Laura —como era de esperarse— insistió varias veces en volver a ver a Patricia, sin resultados, pues “Paty” se negó a toda insinuación imponiendo el férreo control de su mente. Finalmente Laura desistió quizá pensando que Patricia había ido con ella por un impulso repentino y nada más.

Patricia, entre tanto, logró arrancar a “papi” y “mami” un gemido de desesperación al anunciar que deseaba dejar la carrera de medicina —no veía caso a volver a pasar por todo lo que ya conocía— para matricularse en la más vaga licenciatura de arte.

Los padres de Patricia hicieron muecas al principio. “Papi” se molestó bastante, pero finalmente cedió. Lo que quisiera su hijita era bueno para él. Al fin y al cabo, sus hijos varones estaban lejos, en Europa, y Patricia era ahí la hija única.

Así pues, ingresó a la escuela de arte, algo que Antonio siempre deseó y que no hizo por falta de tiempo. Después de todo, aquélla era una de las ventajas de “volver a nacer” y —si tenía que vivir el resto de su nueva vida como mujer— aquel ambiente quizá fuera más favorable para él.

Sus nuevos compañeros y compañeras resultaron ser más interesantes que los anteriores. Además, eran lo bastante excéntricos para que la mayor parte de las torpezas de “Paty” pasaran inadvertidas.

Pasó un año y Patricia cumplió veinte.

Literatura fantástica latinoamericana

Al paso del tiempo, Antonio se convencía más y más de que parte de la mente de Patricia seguía viva. Ignoraba qué tanto, pero algo pervivía. La sentía “siendo ella” sin necesidad de fingir y ya no trataba de contenerla como antes.

Ideas que él reconocía como ajenas —¿quién era el ajeno?— intervenían de cuando en cuando y alguna vez se encontró ensimismado mirando a alguno de sus compañeros y calibrando cuán guapo era. Súbitamente sorprendía a Patricia soñando con sexo. El cuerpo entonces respondía como lo que era: femenino. Antonio experimentaba la sensación de relajación en la vagina, la humedad producida por las glándulas de Bartolhin. Entonces era mujer. Quizá fuera resignación, pero ya no se oponía con tanta fuerza a tales deseos.

Volvió a tener su carro y fue un placer poder moverse libremente.

Sus compañeros eran menos “conscientes” de normas sociales y Patricia pudo realizar actividades que fueron una delicia para Antonio. Practicó montañismo y sorprendió a sus instructores por la facilidad que demostraba. Era una novata pero su sentido de la montaña era profundo y maduro.

Se metió a practicar gimnasia —Antonio pensaba que si no tenía fuerzas de hombre, por lo menos podía entrenar el cuerpo— y volvió a practicar karate siendo una nueva sorpresa para sus

Literatura fantástica latinoamericana

instructores por la facilidad con la que asimilaba las enseñanzas. Antonio reía al pensar que él podría ser el maestro de aquellos jovencitos. Sin embargo, Patricia era una alumna. Esquivó proposiciones para acostarse con montañistas y karatecas y prosiguió su vida, con el cuerpo cada vez más adaptado y experimentando nuevas sensaciones a la vez que recordaba algunas viejas.

A medida que transcurría el tiempo, se convencía más de que lo verdaderamente importante era vivir. No importaba cómo: vivir. El sexo era lo de menos; lo importante era la inteligencia. No podía cambiar el accidente portentoso que lo hizo nueva-nuevo, pero debía aceptarlo. ¿Había sido accidente? ¿Cuántas mentes poderosas se habían encontrado en circunstancias similares? Claro que era necesario que en las proximidades se encontrara una mente más débil y que ciertos factores —ignoraba cuáles, pero debían de existir— estuvieran presentes.

A lo largo de la historia, hombres hasta cierto punto anónimos habían demostrado súbitamente rasgos que antes no les pertenecían, destacando en diversas actividades. Lo mismo podía decirse de incontables mujeres. ¿Y los niños prodigio? Infantes que mostraban habilidades que no eran propias de su edad. Claro que, en este último caso, al llegar a la edad adulta el genio se había esfumado. ¿Regla inflexible o simple accidente al llegar a una edad en la que eran menos notorios? No lo sabía.

Sin embargo, salvo una que otra inclinación del cuerpo, la mente de Antonio seguía siendo la misma.

Literatura fantástica latinoamericana

Lo que sí estaba cambiando era su actitud frente a la vida... Era cada vez más Patricia que Antonio. Con la claridad de ideas de aquella mente vieja–joven, pero con nuevas opciones a la sensibilidad.

Eso —estaba seguro— era un aporte de Patricia y no de él.

Suponiendo que aquello llegara a traducirse en una confrontación, sería interesante saber quién de los dos terminaría ganando la batalla.

Pero quizá no fuera necesario que todo desembocara en batalla. Con tal de que Antonio diera ciertos gustos al cuerpo. Quizá en el fondo no fuera tan terrible.

Patricia al fin y al cabo debía vivir y al fin y al cabo era una muchacha encantadora que merecía mejor suerte que vivir al lado de un viejo amargado como él.

Los padres de la muchacha estaban felices. Su hija era otra vez la que conocieran antes del accidente. Todo parecía ser normal nuevamente salvo por el hecho de que Patricia seguía mostrando cierta tendencia a evitar a los jóvenes del sexo opuesto.

Pero —con el tiempo— las cosas volverían a su debida normalidad.

Literatura fantástica latinoamericana

Por lo menos, eso esperaban.

“¿Qué es a fin de cuentas el sexo?”, se preguntaba Antonio. Era imposible que siguiera negando al cuerpo las sensaciones que requería. Patricia era buscada por muchos jóvenes de su edad y lo único que le impedía ir a la cama con ellos era el control de Antonio. Porque —ahora estaba seguro— la muchacha vivía junto con él. Su mente —anulada por la mayor fuerza de él— había permanecido quieta y aún parcialmente sumergida en la conmoción del accidente. Pero ahora estaba despertando cada día más. Antonio tenía curiosidad y miedo a la vez.

Sin advertencia previa, Patricia se manifestó.

Fue un pensamiento tímido, como la voz de una niña que se dirige a su abuelo.

“Soy Patricia.”

“Lo sé”, pensó Antonio, “yo no quería meterme aquí; sólo deseaba vivir. Espero no hacerte daño.”

“Es” —respondió ella— “una sensación muy peculiar tener un hombre adentro.” (Hubo algo así como una risita.) “Pero posiblemente esto sea algo parecido a ser madre.”

Literatura fantástica latinoamericana

“No conocerías los pensamientos de tu hijo; los míos sí. Podemos intercambiar recuerdos, experiencias...”

“Pero me da miedo.”

“A mí también, pero creo que no hay remedio. Con el tiempo tú y yo seremos prácticamente una sola mente.”

“Perderíamos individualidad.”

“Es posible, aunque no probable; por lo menos seguiremos siendo nosotros mismos en la medida que deseemos serlo.”

“Ahora siento otra vez mi cuerpo.”

“Y yo siento a través de él, como si fuera mío.”

“Valdría más entonces que tratáramos de establecer las cosas de tal manera que no nos enredemos”, continuó Antonio. “El hecho de ser de diferentes sexos puede ser una complicación... aunque tenemos que remediarlo.”

Literatura fantástica latinoamericana

“¡Quiero ir con los muchachos!”

“Entiende que para mí es difícil...”

“De cualquier manera, tendrás que intentarlo.”

Con el tiempo —no mucho— lograron una forma de comunicación más rápida. Patricia quedaba sola en algunas circunstancias y Antonio manejaba el cuerpo en otras. De esa manera lograron solucionar la cuestión sexual.

Claro que Antonio tenía más nervios que una virgen ignorante en el momento de la penetración —ahora sabía que Patricia había dejado de ser virgen desde los 17 años— pero aquella “primera vez” para Antonio fue para la muchacha como una nueva iniciación.

Patricia se entregó alegremente al juego sexual mientras Antonio maldecía tratando de no entrometerse pero sin poder evitar que llegaran hasta él las sensaciones placenteras que transmitía el cuerpo. Finalmente se abandonó pensando que —a fin de cuentas— no había ahí nada anormal. Simplemente una jovencita fogosa que se entregaba sexualmente mientras su compañero “de mente” experimentaba de aquella manera sensaciones nunca conocidas.

Literatura fantástica latinoamericana

Cuando finalmente Antonio aprendió a relajarse y a gozar del sexo con el cuerpo de Patricia, ambos salieron ganando pues su clímax era una perfecta mezcla de orgasmo con eyaculación o —por lo menos— el clímax combinado de un hombre y una mujer. Por supuesto, los compañeros de Patricia tuvieron que reconocer que la chica no sólo era apasionada, experimentada y dispuesta, sino que —además— parecía insaciable.

Ellos no sabían que —en realidad— estaban proporcionando relajamiento sexual a dos mentes y que una de ellas tenía casi cien años de experiencia y conocía cuanto podía desear en materia sexual un hombre o una mujer.

“Te estás volviendo una degenerada, chica”, pensaba Antonio mientras llevaba al cuerpo por caminos sexuales que ella hubiera tardado años en imaginar.

“¡No, viejo! Nos vas a hacer daño y...”

“¿Ves que no era tan terrible?”

Claro que —para entonces— el amante de turno de Patricia pensaba que ésta era la más licenciosa y divertida compañera de cama de aquella parte del planeta.

Literatura fantástica latinoamericana

En el intercambio que se realizaba en el cerebro común, las cosas funcionaban más o menos así:

“A mí no me gusta tanto el arte; quería ser médico.” “Pero ya lo eres por mí; además de físico nuclear, astrónomo e ingeniero.” “Del arte me gusta más la escultura.” “A mí, la pintura.” “Hagamos las dos cosas; a ver quién gana.”

A veces —claro— ocurrían accidentes y entonces el cuerpo se hacía un lío. Él quería ir hacia la izquierda y ella a la derecha y se quedaban sin ir a ningún lado.

Pasaron los años.

Patricia encontró un compañero fijo —en la elección tuvo bastante que ver la experiencia de Antonio—; se fue a vivir con él y, claro, un día burló la vigilancia de Antonio.

—Amor —dijo Patricia—, estoy embarazada.

“¿Qué?”, gritó Antonio.

—¡Mi vida! —dijo el marido.

Literatura fantástica latinoamericana

El embarazo fue normal; el parto tranquilo, salvo porque hubiera sido difícil averiguar cuál de las dos mentes primerizas estaba más nerviosa. Por lo menos el marido tuvo una ventaja sobre cualquier otro: un experimentado padre que ahora iba a ser madre y que comprendía perfectamente las angustias masculinas.

Como médico, Antonio había atendido miles de partos y se sabía de memoria el rollo aquel de “tranquilícese, señora”. Fue una pésima primeriza... En realidad, Patricia estaba mucho más tranquila que él. Pasado el trance, Antonio descansó con un suspiro mientras Patricia se sumergía en el mundo femenino de ensoñaciones de toda madre joven.

Fue un varón vigoroso. Después —a su debido tiempo— vino la pareja: una niña. Luego —por común acuerdo de las dos mentes— la “fábrica” del cuerpo fue cerrada.

Como madre, Patricia fue excelente. El hecho de atender a sus hijos la llevó a alejarse un tanto de sus actividades profesionales pero —al crecer éstos— regresó a ella con renovado ímpetu.

Fueron años veloces y llenos de experiencias. El cuerpo alcanzó la felicidad con el equilibrio de sus dos mentes.

“El sexo es sólo una cuestión corporal; la diferencia anatómica, por la necesidad de perpetuar la especie, marca las diferencias. La mente carece de lo que podríamos llamar sexo... Aquél es sólo

Literatura fantástica latinoamericana

un condicionamiento.”

“Tienes razón. Somos prácticamente uno solo, aunque yo sea Patricia y tú Antonio.”

“Ha sido una experiencia maravillosa.”

“Lástima que alguna vez tenga que terminar...”

“¿Te das cuenta de que cada día que pasa nuestras mentes son más fuertes?”

“¿Estás insinuando lo que yo creo?”

“Sé que tú también lo has pensado... Sabes que no puedes mentir a tu propia mente.”

“Sin embargo, se requerirían una serie de factores.”

“Y tiempo. De momento no hay prisa.”

“Sin embargo...”

Literatura fantástica latinoamericana

“Esta mañana, a la edad de 75 años y después de una breve dolencia, falleció la señora Patricia O'Hara de Febres, famosa pintora y escultora que se hiciera célebre —entre otras cosas— por sus batallas feministas. El sepelio tendrá lugar...”

La nota —por supuesto— no hablaba del par de aparatos para medir actividad cerebral que habían resultado fundidos como si una enorme sobrecarga los hubiera atacado. Tampoco hablaba de otras cosas como fallas eléctricas y otros fenómenos extraños.

Abrieron los ojos...

LA ISLA DE LOS MACACOS

Carlos Raúl Sepúlveda (Chile)

Antes de que se dominase la práctica de los viajes en el tiempo, antes de que la física tomase las riendas, existía un antiguo temor. Filósofos y escritores especulaban que el presente y el futuro se volverían inestables, no sólo en lo relativo a ecosistemas sino incluso a estructuras sociales superiores, en cuanto el ser humano interviniese en el pasado.

No es así.

El tiempo fluye como un río que corriera sobre un cauce profundo. Si se tira un pedrusco, la masa de las aguas lo absorbe y continúa su marcha sin variaciones.

Cuando los hombres lo supieron todo, cuando rescataron del pasado todo lo que deseaban recuperar, volvieron sus ojos hacia otras metas. Parecía que los viajes en el tiempo habían terminado...

De **Los viajes en el tiempo**

Literatura fantástica latinoamericana

Soy dueño de una aralia.

Alguna gente tiene vehículos, libros, porcelanas, objetos. Antes también poseían personas y animales.

Yo tengo una aralia.

Suelo, por razones de trabajo, ausentarme algunos meses e —ignoro por qué— me cuesta encontrar quien cuide de mi habitación y de mi planta.

Og 2315, el cibercerebro doméstico, se preocupa por mí.

La verdad es que no puede hacer algunas cosas como remover la tierra o retirar las hojas que se secan y agostan según la planta crece, pero sí puede proporcionar la cantidad de luz necesaria para la fotosíntesis, dosificar el agua, medir el pH, aspirar el polvo que se deposita en las estomas y regular la fauna microbiana.

También hace otras cosas para mí. Recibe las cuentas de servicios generales y energía, transfiere los pagos y —el día correspondiente— cobra mi salario.

Literatura fantástica latinoamericana

Antes yo no estaba casi nunca. Soy un Viajero.

Tal vez sea el último que exista: un empleo raro, puesto que cada vez hay menos interés en el pasado y la gente que trabajaba desplazándose a través de la historia ha aceptado ocupaciones más normales. Mi antecesor —un especialista en el siglo 20— murió tratando de recuperar un tren que transportaba el producto del saqueo nazi a los museos de Europa ocupada. No sé si valió la pena.

En cambio, la quemadura de mi rostro durante el incendio de la Biblioteca de Alejandría fue un precio que no me molestó pagar.

Sí. Soy un hombre algo anticuado y amo el conocimiento.

Yo fui quien trajo la última versión de *Pinakes*, el catálogo que iniciara Zenódoto de Éfeso y concluyera Aristarco, con la biografía de los autores y la reseña del total de los libros de la Biblioteca. Yo rescaté las siete obras perdidas de Platón, mucho más profundas y deslumbrantes que los *Diálogos*, escritos más tarde para poner su pensamiento al alcance de la plebe. Yo traje asimismo las *Actas* de la Escuela de Pitágoras, que otorgaron un nuevo sentido a la música y a las matemáticas. El que rescató los libros que ordenara quemar Diocleciano en el 290 y el que trajo el “Coloso”, la estatua de Sforza que Da Vinci no logró fundir.

Literatura fantástica latinoamericana

Yo era quien oía a Rafael Oxford, mi jefe, anunciar el cierre de nuestras operaciones. Parecía nervioso. Yo callaba.

—Mire, Hernández —dijo—. Debe entender que no es una decisión mía. Simplemente ya no hay fondos para nosotros. El Cronoprojector no justifica su costo de funcionamiento y la planta de investigadores ha sido reducida en dos tercios. En cuanto a usted, como único operador de campo, será reasignado a la sección administrativa.

Levanté los ojos. Él me miraba con una especie de simpatía que no había notado antes.

—¿Administrativa? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Vamos... Es un trabajo simple: clasificación y archivo.

“Preparando el funeral”, pensé. “Flores y polillas”.

Venían días malos.

Literatura fantástica latinoamericana

Cuatro horas de trabajo liviano. Reordenar fichas más que otra cosa y programarlas en el cibercerebro del Departamento.

Mucho tiempo libre: mi habitación, la aralia, trivideodrama en la pared del cuarto.

No sé por qué a la gente no le gusto.

¿Será la cicatriz?

A veces tengo ganas de embriagarme, pero en este tiempo ya nadie lo hace. Una gran borrachera como la que nos pescamos con Benvenuto antes de que partiera a Francia para servir al rey Francisco.

Miro la cabeza pelada de Benedicto García. Mi cabellera hirsuta junto a su cráneo parece un penacho bantú.

Tiene un par de orejas pequeñas y rosadas, casi transparentes, como un conejo.

Sin saber el motivo, me dan ganas de hundirle hasta el cuello una segur, tal como hice con ese hombre del Kattegat en la expedición de Leif, hijo de Érico el Rojo, hacia Vineland.

Literatura fantástica latinoamericana

García me vigila de reajo, temeroso. He oído que pidió su transferencia. ¡Pobre García!

Quizá se haya dado cuenta de que si continúo aquí, en este condenado lugar, me volveré loco. Loco por este aire racionado, por estas paredes que apenas me dejan lugar para darme vuelta, con toda la gente que a cada instante me pide que baje la voz, como si estuviéramos en un hospital o en una cremación.

Me carga el roce en los elevadores, el perfume con el que untan sus rosados pellejos de cobayos. Y eso que —por la cicatriz— siempre me dejan espacio.

Una mujer con la que suelo acostarme me dijo que tengo un olor extraño, como de león. ¿Será eso?

Ya no puedo continuar aquí.

He empezado a soñar despierto.

Pienso en mi *palazzo* romano. En mi amigo y hombre de confianza, Giuliano de Pésaro. Sé que lo mantiene bello, limpio: esperándome.

Literatura fantástica latinoamericana

Recuerdo los jardines adornados por excelentes muestras de arte greco–romano que yo mismo he desenterrado. Hay un sitio en el que mi aralia crecería como un árbol.

Si pudiese volver... Si las operaciones se reiniciasen...

Imaginemos, me digo, que Da Vinci hubiera estado construyendo un ingenio muy pero muy particular. Poco después del asesinato del joven duque de Milán, Gian Maria Galeazzo; tal vez a causa de éste. Una máquina que fuese tan importante como para que me enviasen a buscarla, aun con la reducción de presupuesto.

Señalo la clave de ingreso en la cibermente. En primer lugar estudiaré las tablas cronológicas. Lentamente voy especificando lo que deseo. Calculo el plan; ajusto los detalles a la realidad.

Debo ser muy cuidadoso. Tan sólo tendré una oportunidad.

Finalmente concluyo mis preparativos. Llamo a Oxford y despliego mi teoría en la pantalla.

—Sí... —concluye mi superior algo dubitativo mientras estudia el gráfico por sobre mi hombro—. Parece que tiene algo. Amplíe.

Pulso las teclas correspondientes.

Literatura fantástica latinoamericana

Ahora tengo que desearlo. Debo desear que las cosas ocurran con toda la fuerza de mi imaginación. Sólo entonces el tiempo será dúctil.

—Precise la fecha... —indica Rafael Oxford acercándose—. Ahí está.

El enano de Su Serenísima Gian Maria Galeazzo había conducido a Messer Leonardo hasta la cama del agonizante. El Duque quería verlo, preguntar. ¿Los melocotones que le enviara su tío venían acaso del árbol que nutría con veneno en su jardín?

—No es posible que Su Serenísima piense eso.

¿Acaso la oscura fascinación de la víctima por el asesino impulsaba al joven Duque a sostener aquel diálogo absurdo?

La reputación oscura del artista crecía.

22 de octubre de 1494. Gian Maria Galeazzo ha fallecido.

Ludovico el Moro, secretamente radiante, preside las exequias de su desdichado sobrino.

Leonardo está como siempre. Alejado. Enigmático.

Literatura fantástica latinoamericana

La gente murmura a su paso.

Tal vez la muerte de Gian Maria, quien siempre le manifestó afecto y respeto, ha hecho funcionar algo en aquella impasible cabeza de mármol.

Por la noche tocan a su puerta los sepultureros. Necesita cadáveres para sus estudios de anatomía.

Cuenta con la autorización del nuevo Duque, pero debe tomar precauciones. Nunca se ha preocupado por su popularidad...

Mis manos tiemblan sobre el teclado. Ya he puesto el cebo y nos acercamos al punto crucial.

Pregunta: ¿Qué relación tienen los estudios de cadáveres y moribundos con la nueva maquinaria que diseña Da Vinci?

Relación positiva no determinada.

Siento crisparse sobre mis hombros las manos de Oxford.

Literatura fantástica latinoamericana

Pregunta: ¿El tránsito de vida a muerte posee relación con la máquina de Leonardo ya individualizada?

Positivo.

—Hay algo. Hay algo.

Es Rafael Oxford.

Tras nosotros, atraídos por la tensión, se arracima el cincuenta por ciento del personal. Cabezas casi calvas, piel desprovista de melanina, orejas sin sangre.

Un sudor frío me corre hasta las cejas. La cicatriz comienza a picar, pero la ignoro.

—¿Pero qué se hizo de la máquina? ¿Qué hacía? ¿Qué fue de ella?

Otra vez Rafael. Callo.

Le han tratado de envenenador. Se le detesta. Tal vez quiera probar su inocencia, justificarse. Llamar al único testigo que no podría ser desmentido: la propia víctima...

Literatura fantástica latinoamericana

La pantalla discurre sobre la pauta que he planteado. A mis espaldas se escuchan las voces de los historiadores.

—No, no. Nunca le ha interesado la opinión de los demás.

—Avance, avance. ¿Y si explorara otro ángulo?

—Tal vez él lo haya asesinado. ¿Por qué no? Nunca fue un humanista. Recuerden sus máquinas de guerra. Trabajó sólo para los tiranos. ¿Qué dice el monitor?

Giovanni Beltraffio, su discípulo, cree que fue Da Vinci el asesino del Duque, por eso ha escapado a Ferrara y regresará con el maestro sólo un año después...

—¿No es ése el que se suicidó? ¡Vamos! Su opinión no tiene valor alguno. Es un pobre de espíritu.

—No nos desviemos. ¿Cuál es el propósito de la máquina? ¿Funciona? Pida más datos.

Manejo los controles en silencio. Que comenten los demás. Yo sé adónde voy.

—Miren. Allí hay otro factor —dice Oxford—. Los maestros espejeros alemanes. Contratados por el Duque, se les ordenó construir un espejo cóncavo. Un espejo indispensable para la máquina de

Literatura fantástica latinoamericana

Messer Leonardo.

Los artesanos pidieron al maestro los planos de la máquina completa y el detalle de su funcionamiento, arguyendo que era indispensable para el desempeño de su labor.

—Je. Ya me imagino la respuesta —comenta un investigador renacentista.

—Ahí está. —Tecleo.

Se les dijo que eran obreros contratados. Que para hacer un espejo no necesitaban más planos que las especificaciones entregadas por el maestro en su orden. Resentidos, van por las tabernas de Pavía levantando a la chusma en contra del nigromante, del envenenador del Duque Gian Maria.

—Avance.

—¡Ah! El ataque a la casa de Da Vinci. Aquí los sublevados mataron de pedrada al travieso Jacopo; el niño, no obstante, alcanzó a advertir a la guardia.

La casa está cercada, se estremece ante la furia de los golpes. Intentan derribar la puerta.

Literatura fantástica latinoamericana

La vieja criada, Maturina, se oculta en el sótano. Beltraffio está enfermo de dudas. Los borrachos gritan amenazas.

El maestro ha subido a la torre, junto al modelo de la máquina. Está terminada. Se cree que ha conseguido comunicar los planos astrales. ¿Con quién desea tomar contacto en ese instante?

En la sala sube la fiebre. Datos. Datos.

—¡Miren! Una factura por incienso de Oriente.

Incienso, espejos, ilusión. Vida y muerte.

—Investiga, busca...

—Eso es todo. Ya no hay más. Aquí terminan las huellas.

—Alejandro, es preciso recuperar esa máquina. Tiene el interés necesario para nuestro Departamento. Un puente entre la vida y la muerte construido por un genio.

Ya lo sé. Imaginé que sería un llamado irresistible para historiadores hipogonadales. Misticismo; la esperanza de sobrevivir.

Literatura fantástica latinoamericana

Creo que ya no cabe la idea de la extinción. Las escalas axiológicas de la sociedad están distorsionadas por esta pegajosa era de bienestar colectivo.

En eso he confiado. En eso y en las informaciones que borré de las dendritas de la cibermente para acomodar los hechos de acuerdo con mis necesidades.

—Tiene que conseguir ese mecanismo.

—No hay presupuesto —objeto con voz temblorosa de alegría.

—Lo habré.

El último viaje.

Miro desde la ventana la luz sin horizonte de las espirales que interconectan los niveles.

Me despido de Og, quizá mi único amigo.

Llevaré mi aralia.

Todo está dispuesto en la sala del cronoprojector.

Literatura fantástica latinoamericana

Visto el viejo traje de cuero.

Las coordenadas de mi destino están registradas ya en el cerebro artificial.

Desde el inicio de mis viajes por el tiempo he creído que los hechos son la consecuencia de los pensamientos. Si uno es capaz de imaginar una estructura coherente, las posibilidades de modificar la realidad y de adaptarla dan un salto de lo cuantitativo a lo cualitativo.

Establecido un plan posible, en alguna parte los engranajes de la existencia objetiva de los sucesos comenzaron a moverse en el sentido preestablecido.

Al eliminar un único elemento discrepante —un clavo enmohecido de origen dudoso—, todo comenzó a caminar. Como se sabe, la historia posee una determinada inercia, una tendencia que selecciona los hechos convenientes por sobre los posibles.

Entro a la cámara y permito que me fijen como una chinche a la camilla vertical.

Los cronofísicos regulan la operación.

Voy a lograrlo. ¡Voy a escapar!

Literatura fantástica latinoamericana

Me iré de esta época amorfa para siempre. El hombre tiene el derecho a optar en dónde ser y en dónde morir.

Antes de que el casquete me cubra el rostro, veo a Rafael Oxford que se inclina sobre mí enseñando —con una secreta sonrisa—, entre el índice y el pulgar de su mano extendida, un clavo.

¡Lo sabe! Ha penetrado mi plan. Mi secreto.

Murmuro una palabra antes de comenzar el conteo.

—¿Qué dice? —oigo preguntar a un técnico.

—Nada. Algo así como Benvenuto...

Los técnicos habían terminado de dismantelar el cronoprojector. Todo estaba oscuro y silencioso. La construcción sería destinada a otro propósito.

Rafael Oxford se detuvo frente a la consola del cerebro aún activo. Quería comprobar. Allí, en el archivo subliminal, estaba el recuerdo que Hernández había bloqueado.

Literatura fantástica latinoamericana

El operador de campo no podía saber de aquella parte de la memoria del ciber a la cual sólo el Jefe del Departamento tenía acceso. De todos modos había sido un plan brillante y bien ejecutado.

—Bien hecho, Alejandro —aprobó.

Oprimió la tecla.

Ludovico Sforza, el Moro, nuevo Duque de Lombardía, encabezaba las festividades. Sólo habían pasado un par de días desde que estallara el motín contra su sabio predilecto.

En la catedral se celebraba la Fiesta del Sagrado Clavo, la más santa reliquia de Milán.

La máquina construida por Leonardo había trabajado maravillosamente. No se veía en ella ni una sola polea, ni un engranaje ni una cuerda.

La urna de cristal con rayos de oro que guardaba el herrumbroso clavo de la Cruz se había elevado aparentemente por sí sola. Deslumbrante sobre la nube de incienso.

Era el amanecer sobre el altar mayor.

Literatura fantástica latinoamericana

La cápsula había subido hasta detenerse en lo alto. En el centro de la enorme bóveda iluminada por estrellas artificiales.

—Un juguete imbécil —se dijo Oxford—. Un mecanismo banal para asombrar a los patanes. ¡Pobre genio de alquiler!

“¡Aleluya!”, cantaba la multitud.

En la plaza repartían carne y vino entre la chusma. Siete mil libras de tocino y cinco mil medidas de guisantes.

Ya nadie recordaba al duquesito asesinado; tampoco al hombre de quien se susurraba que había dispuesto el veneno...

Hernández no había sido recogido en las coordenadas, tal como Oxford supusiera. No se insistiría en buscarlo. No con el cronoprojector desmantelado, el Departamento cerrado y reducido a un par de terminales de consulta.

“Era preferible”, pensó el historiador. “Nunca se habría ajustado al medio. El operador de campo sabía de crimen. Olía como una bestia peligrosa; hasta sus movimientos eran los de un animal carnívoro”.

Literatura fantástica latinoamericana

¡Y esa cicatriz!

¿Cómo había dicho...?

Benvenuto.

Se trataba de Benvenuto Cellini, por supuesto; el autor del “Perseo”, el famoso bravucón, pendenciero, escultor y asesino. El más hábil artista que sirviera al Papado en el Renacimiento.

Recordó que Hernández era amigo del violento orífice.

El mensaje que le enviara Alejandro Hernández tenía que estar —probablemente— en el catálogo de sus obras.

Los frágiles dedos recorrieron el teclado de la terminal.

La memoria del ciber pasó revista velozmente a las imágenes. Allí estaba.

La copa Rafael.

Sólo podía ser ése. Su nombre era la clave.

Literatura fantástica latinoamericana

Amplió.

El objeto se veía en la pantalla tridimensional con notable claridad, pero —aun así— seleccionó de 15 a 28 puntos.

La copa había sido elaborada en oro fino con la minuciosa pulcritud y el detalle delicado característicos en la obra de Cellini.

El pie lucía adornado con bellas hojas de aralia.

Era la primera pista.

Esa planta en particular procedía de la zona cálida de la América septentrional. Benvenuto no podía conocerla sino por intermedio de Hernández.

Luego observó una figura. Se trataba de uno de aquellos temas mitológicos tan caros a los artistas del Renacimiento. Oxford no era especialista en el período pero creyó que representaba a Ulises.

Era un marino cuya cara familiar ostentaba una cicatriz en el costado derecho.

El rey de Itaca en la isla de Circe.

Literatura fantástica latinoamericana

Recordó la leyenda. La isla en la que los hombres eran transformados en cerdos, en alimañas bestiales; todos, menos Ulises...

Se veía solitario allí, sentado tristemente sobre unas piedras azotadas por el oleaje.

En torno al viajero bullía y saltaba alegremente toda una tribu de macacos.

Rafael —meneando la cabeza con pesar— amplió a 100 puntos.

Aunque desgastada por el tiempo, la leyenda podía descifrarse a la perfección.

Era una plegaria.

Decía: *Por favor, hazme volver.*

LA MISIÓN

André Carneiro (Brasil)

Me baso en literatura, objetivos y efectos; separé 200 vilibros, considerados buenos, acerca del antiguo asunto. No hay, ni en este ni en otros planetas, ideas unánimes al respecto.

En aquellos siglos se adoraban dioses únicos, perfectos y silenciosos. Había hombres y mujeres que dominaban la opinión pública usando primitivos medios de comunicación. La verdad se fijaba por estadística y la duda apaciguaba los dilemas. Hubo escritores que, mediante máquinas accionadas por los dedos, comenzaron a especular sobre el Tiempo. En el siglo XX este género de literatura se llamó “ficción científica”. Estos autores, tímidamente, extrapolaban conocimientos. En aquella época los cargos de gobierno se asumían mediante votos o armas, sin obligación de pasar exámenes. Eludo las eruditas explicaciones de los psiclérigos; los alucinógenos estaban prohibidos, pero el tabaco y el alcohol se integraban en ceremonias religiosas y mataban millones de adictos.

Literatura fantástica latinoamericana

Algunos autores conjeturaban sobre hechos futuros, hacían proyecciones sociológicas. No se los valoraba mucho. Los lectores y espectadores (de películas bidimensionales) preferían las historias sobre el pasado remoto, en las cuales hombres fuertes salvaban a mujeres escuálidas; los negros todavía no dominaban Occidente.

En la biblioteca de Katmandú quedan fragmentos bien conservados de libros impresos en papel; en uno de ellos aparece ideada la “máquina del tiempo”, como impropriamente la llamaban. La primera historia sobre el tema fue escrita por un director de cine, un tal “Orson Verne” o “Julio Wells”; persisten las divergencias entre los investigadores. Empero fue a comienzos del siglo veinte que Einstein elaboró la primera teoría razonable sobre la cuarta dimensión, aunque no se comprobó la posibilidad de alterar el pasado. La misma oscuridad acarrea el supuesto futuro. Las multitudes eran arrastradas, por miedo, a creencias y destinos peligrosos.

*La **suprememoria** cambió todos los parámetros. Perder registros de lo pasado fue como nacer de nuevo. Este sistema prácticamente liquidó las antiguas religiones, que se hicieron insostenibles como animales prehistóricos. También se hizo inútil relatar historias.*

*Comprendo y controlo estas imperfecciones. Ya impregné el relato con mis vibraciones. Confío en esto para que la Comisión me apruebe. Soy capaz de identificarme con mis ancestros, de cumplir la **misión**, de encararla afrontando las peores eventualidades.*

Literatura fantástica latinoamericana

El traslado fue perfecto. Con el dinero inicial y mi pequeño equipaje me instalé en un hotel aceptable para el nivel de la época.

Salgo por la mañana y busco lugares donde pueda oír conversaciones, aprender los términos más usados y los gestos típicos de comunicación.

Joana:

Hoy conocí a alguien muy atrayente y extraño. Carina y yo salimos del *shopping* y nos quedamos esperando el ómnibus. Él estaba cerca; noté que su ropa era nueva y que disimulaba mirando para otro lado, pero que nos estaba escuchando.

Lo miré directamente y le pregunté si quería conversar.

La respuesta fue graciosa. Dijo que sí, se presentó y me dio la mano. Ha de ser extranjero; no tiene acento, aunque de vez en vez confunde las palabras o no las ubica en el lugar preciso. Carina supone que es un poco retardado pero se equivoca; él parece leer mucho y dijo que pretende

Literatura fantástica latinoamericana

seguir “un programa educacional”, aunque no le pregunté ni entendí cuál. Cuando el ómnibus llegó, me dio un papel con el teléfono del hotel. No llego a entender cómo un muchacho así vive en un hotel.

Se llama Percus.

Percus:

He intentado entablar algunas relaciones, con poco éxito. Aparentemente soy igual a todos los de un mismo nivel social, pero hay cosas sutiles que me distinguen. Cuando digo que me albergo en un hotel, me preguntan por qué. Por eso pienso mudarme pronto. Deduje que un hotel es un lugar caro para vivir y también que sólo los llamados “ricos”, según la costumbre, se alojan en hoteles. Me preguntan por mi coche y no lo tengo. Hay una parada de taxis aquí al lado y encuentro más práctico usarlos. Advierto que tener un automóvil aumenta el prestigio de su dueño.

Joana, una joven a la que encontré en una parada de ómnibus, me telefoneó. Su primera pregunta fue por qué vivía en un hotel y mis respuestas no la convencieron. Yo usaba medias de colores diferentes en cada pie, como vi en la foto de una revista. Joana quedó muy sorprendida; debe de haber alguna regla para ese criterio. Me preguntó dos veces si yo era extranjero. Opté por decir

Literatura fantástica latinoamericana

que sí.

—Pero hablas sin acento. ¿Dónde naciste?

Inventé rápidamente un país distante. Descubrí que la mayoría no conoce nada de geografía.

—Madagascar. Mi madre era brasileña y hablaba en brasileño (“portugués”, corrigió ella). Mi padre también lo hablaba. Aprendí bien.

Joana rió; acordó que sí, pero agregó: —Tienes unos gestos extraños.

Insistí para que me dijese cuáles, pero no fue capaz. Volvió a preguntarme sobre el hotel y el tal “programa educacional” que yo pretendía seguir.

Me mudé del hotel a un *appart*, que es la misma cosa con algunas diferencias en los servicios. Noté que la palabra tenía gran prestigio. Yo me hallaba en el centro de la ciudad y nadie me preguntó por qué habitaba en un *appart*.

Comienzo a inventar una historia ficticia de mi vida. Teóricamente es de mala educación hacer preguntas personales, pero pocos dejan de hacer-las. “De dónde viene; dónde trabaja; está casado...” Busqué algunos nombres en una enciclopedia. Frases como “Nací en Mananjary;

Literatura fantástica latinoamericana

después nos mudamos a Toamasina” satisfacen a las personas, que no insisten para no revelar su ignorancia geográfica. “Mis padres murieron. Resolví venir a Brasil”, provoca inevitablemente “¿Cómo murieron?”. Inventé un desastre y aprendí a cambiar de tema describiendo el viaje en barco, alguna tempestad, etcétera.

He salido con Joana. Aun estudiando vídeos, novelas y análisis sociales de esta época referentes al sexo, cometo errores, digo frases o hago gestos inusuales cuyo sentido ignoro. Ya tuve cuatro relaciones sexuales con Joana. Dos en mi apartamento y dos en un motel, local especializado para eso. Las palabras que definen el acto tienen que ser empleadas cuidadosamente. Conozco algunas del lenguaje popular, pero no sé usarlas bien. “Fifar” o “joder” son vulgares y peligrosas. Existe “transar”, que puede ser usada en otros sentidos. “Hacer el amor”, digo cuando temo errar, pero percibo una sonrisa curiosa; no sé si está mal la entonación o no es el momento adecuado. Antes de “hacer el amor”, “fifar” o “transar” con Joana (no sé qué es lo adecuado para asentar en un “diario”), yo sólo me había masturbado, actividad cercada de prejuicios que todavía no logré descifrar. Cuando le pregunté a Joana si ella se masturbaba, recibí un “no” irritado, pero más tarde deduje que sí lo hacía.

Perdí la cuenta de los filmes y vídeos sobre sexo que estudié minuciosamente: los “explícitos”, “realistas”, “románticos”, etcétera. No me sirven de mucho para aprender. Oigo personalmente o grabo conversaciones, pero evito las opiniones sobre el amor que antes habían provocado risas o enojos inexplicables. Cuando Joana se sacó la ropa por primera vez, se puso de espaldas. Como

Literatura fantástica latinoamericana

tiene bellas nalgas, supuse que me las mostraba deliberadamente.

Fallé en algo. Ella se cubrió inmediatamente con una sábana. Necesidades humanas inevitables como hambre, sed, fatiga o sueño pueden ser comentadas; pero menstruación, orina y principalmente todo lo que esté ligado al sistema eliminatorio intestinal es riguroso tabú. Los comentarios siguen reglas sutilísimas que aún no dominé. Siento que Joana me hace falta cuando no la veo. La palabra “celos” —tan primitiva como “horca”, “pecado” o “esclavitud”— se instala en mi vocabulario y en mi vivencia. Cuando Joana un día, emocionada, comenzó a narrar sus primeras experiencias sexuales, cometí una falta. Le pregunté detalles y le dije que eso me excitaba.

Joana comenzó a llorar: “Tú no me amas; sólo quieres eso...” No entendí, entonces, a qué se refería la palabra “eso”, y mis tentativas de consolarla fueron un desastre.

Mario, primo de Joana, de igual edad, ha conversado y paseado conmigo algunas veces. Le hice, con cuidado, algunas preguntas. Soltó una risotada medio burlona.

“Ustedes, madagascarianos, parecen gente de otro mundo. Si no tienes celos del ‘jetón’ que ‘transó’ con Joana y no se lo demuestras a ella, yo tampoco te comprendo.”

Literatura fantástica latinoamericana

Cometí el error de explicarme: Ella “transó” con un “jetón” (repetí exactamente sus giros), que ya no le gusta más; ahora le gusto yo. ¿Por qué tengo que mostrar celos?

Mario balanceó la cabeza e hizo un gesto girando el dedo índice al lado de la oreja.

Yo pensaba anotar aquí lo que me ayudara a comprender los condicionamientos socio–sexuales. He conseguido poco. Soy un cuerpo extraño entre otros, aunque estoy aprendiendo a disimular.

Cuando lleno un talonario de cheques y firmo *Percus Mistrarius Silva*, es inevitable que me pregunten mis números de identidad. Muchas veces los escribo yo mismo y raramente son comprobados. Para seguir mi “programa educacional” —como irónicamente Joana llama al curso de Física en el que me inscribí— tuve que “fabricar” certificados y documentos, lo que no es difícil con el equipo que traje y guardo en una caja de seguridad bancaria. Más dificultoso fue conseguir los modelos.

Joana me habló de su familia e inocentemente pedí conocerla, sin entender su desconfiada renuencia. Ahora sé que ese interés demuestra una intención de compromiso; una “buena intención”, como oí decir a una vieja tía de Joana. No sé qué sería una “mala intención”, pero no fue fácil enfrentar el interrogatorio y el mudo examen de la familia que interpretaba mis gestos y palabras. Cuando me preguntaron sobre Madagascar, cambié de tema; no sabía qué había atrás de preguntas como “¿Allá en su tierra los enamorados salen solitos?”

Literatura fantástica latinoamericana

Las desconocidas costumbres de la isla africana quedaron como disculpa para mi peculiar comportamiento; ya tengo elaborada de memoria una verdadera novela sobre esos hábitos, inventados para justificarme.

Joana:

Carina y yo discutimos sobre Percus. Ella dice que él debe de sufrir alguna especie de enfermedad mental: amnesia o cosa equivalente. A mí me parece que ella está celosa porque él es inteligente, rico y le gusta. No tengo cómo comprobar aquellas historias de Madagascar. Percus no es un retrasado mental como pretende Carina, pero nunca sé cómo y cuándo hará o dirá ciertas extrañas boberías. Ayer, después de que se acostó conmigo, quiso saber por qué nunca fluyo, si no estaba satisfecha. Lo estaba, pero no conseguí explicarle por qué una mujer no puede hacer ciertas cosas. Cuando me preguntó si no existían “escuelas de sexo” en algún lugar, yo le expliqué que eso sólo existía en Madagascar y él me respondió seriamente “¿Cómo sabes eso?”. Imposible saber si se estaba burlando de mí o si realmente existían esas escuelas, pero dudo que existan en Madagascar, en África.

Literatura fantástica latinoamericana

Percus:

La tarea en el pasado, que es este presente, está siendo concretada. No debo explicitar la misión en este diario personal. Incluso si tratasen de descifrarlo en mi ausencia, eso activaría la reacción que lo destruiría. No olvido quién soy; felizmente todos se afirman excesivamente en su propia personalidad, trazan sus caminos seguros de que ninguna influencia será capaz de debilitarlos, lo que es una tontería individualista de esta época.

El lavado cerebral sólo se usa cuando se trata de operaciones de guerra o de dictaduras opresivas. La sociedad es implacable en imponer sutilísimos comportamientos. “¿Quién soy?”, me pregunto a veces, cuando repito lo que los otros quieren oír, aunque esté en desacuerdo. Ayer Joana dijo muy contenta que yo estaba bien (utilizó una expresión que ahora no recuerdo). Por el tono advertí que se refería a mi extrañeza; estoy aprendiendo de esta gente primitiva e ignorante. Es evidente que los estoy juzgando según mis conocimientos. En cuanto más me parezco a ellos, más me aceptan; sin las desconfianzas que podrían dificultar la misión. Me engañé cuando pensé que sería fácil fingir el mismo primitivismo de ellos. Cuando era chico, en la escuela, recuerdo una proyección sobre macacos. Los chicos los imitábamos, pero dudo que un mono verdadero nos tomara por uno de ellos. Sonríe de tan sólo imaginar lo que pensarían Carina y Joana si supiesen que están siendo comparadas con simios. Un día fuimos al zoológico y ellas hallaron “infantil” mi entusiasmo e interés por los animales.

Literatura fantástica latinoamericana

Nunca podrían imaginar que la mitad de esos animales estaban extinguidos para mí desde mucho antes y que yo los veía vivos y activos por primera vez.

Joana:

Carina me sigue molestando con sus comentarios sobre Percus. Ayer lo comparó con Roberto; tan luego con Roberto, el que cambia de coche cada seis meses, exhibe diez tarjetas de crédito y lleva en la billetera papeles de otros países para demostrar que es rico y viajero. Cuando habla de “su” fábrica, no aclara que no es de él sino del padre, que está vivo y fuerte. Carina dice: “Al menos la gente sabe de dónde viene el dinero de Roberto; pero el dinero de Percus... Que yo sepa, no tiene ninguna fábrica, ni aquí ni en Madagascar.” Las veces que Carina dice “Madagascar”, muestra una sonrisa irónica. Ella está muy orgullosa —aunque lo disimule— porque Roberto parece bien interesado en ella. Cuando fueron a ese hotel con piscina, Roberto le dijo —y ella me repitió— que tal vez Percus fuera un traficante internacional de drogas. Es cierto que durante las últimas semanas fue a Nueva York y también a Europa, estuvo allá tres o cuatro días y volvió sin comentarios; aunque es un decir: me contó algunas cosas, me trajo presentes, pero con tanta naturalidad como si hubiese pasado un fin de semana en la playa. Encuentro extraño que un hombre nacido en África se entusiasme tanto con los monos del zoológico y no hable de torre Eiffel, de Broadway, etcétera. En fin, parece que está mejor, pero no deja de ser diferente; tal vez

Literatura fantástica latinoamericana

por eso me gusta. Me estaba olvidando de las drogas. Roberto —que las probó todas— se puso a provocar a Percus, sin que éste lo atendiera, pues decía que no estaba interesado, aunque las conocía (hasta qué punto, no sé), pero que no apreciaba los “estimulantes, depresores y narcóticos”. Roberto, Carina y yo no quisimos preguntar el nombre de esas drogas; al fin de cuentas, Carina piensa que Percus es casi un débil mental, pero él habla de cosas que nosotros nunca estudiamos. Adoraría visitar Madagascar, algún día...

Percus:

Debo tener cuidado con la información. Cuando se trata de problemas técnicos en la clase, con mis profesores, limito mis observaciones a cuando me las piden, pierdo tiempo oyendo cosas que pronto serán superadas. Tengo que pasar inadvertido, integrarme y no parecer excéntrico o demasiado informado. Cometo faltas, utilizo expresiones fuera del uso popular, hago gestos inusitados. Es una sorpresa esta dificultad para fingirme primitivo. Presto atención a Joana y a Carina cuando se ríen de mí, para identificar mis desaciertos. Finjo estar jugando; pregunto con tono inocente en qué me equivoqué, alego (irónicamente) que Madagascar es un lugar más atrasado.

Literatura fantástica latinoamericana

Visité las represas que proveen de agua potable a la población. Relativamente potable, pues todas contienen sustancias químicas para reducir el nivel bacteriano. Es sorprendente que esos enormes depósitos no hayan sido usados por los llamados terroristas o militares, que emplean las metodologías más despiadadas. El LSD, popularizado por un intelectual llamado Leary, no fue utilizado ni siquiera en los tanques de agua de los cuarteles. No puedo hacer preguntas al respecto y, mucho menos, hipótesis. Aunque Madagascar no tenga un servicio secreto, debo mostrarme mediocre e ingenuo para no llamar la atención.

Joana:

Carina y Roberto están ahora de acuerdo en las críticas sobre Percus. La última que inventaron es que debe de ser un “contratado” o un agente de la CIA encargado de construir algún “santuario” o espiar alguna cosa. Roberto suele hablar inglés. Yo no sé nada; sólo estudié el secundario. Ayer un americano nos pidió informaciones en la calle, dirigiéndose a Percus. Éste respondió correctamente, como oigo en el cine. Roberto se calló la boca, porque cree que sabe pero Percus sabe otro tanto más. Advertí que Percus se quedó embarazado cuando Roberto le preguntó si era americano. Él se rió y dijo que, de pequeño, asistió a una escuela americana en Madagascar.

Literatura fantástica latinoamericana

Cómo me gustaría ir a Madagascar; sobre todo ahora que surgió esa epidemia que mencionan los diarios y que nadie sabe qué es.

Percus prefiere llevarme a hoteles antes que a su piso. Siento desconfianza. Tal vez se encuentra con otra mujer.

Percus:

Los científicos están empeñados en decodificar el ADN. La ingeniería genética comienza pero todavía está en la fase de las promesas, tema de futurología. Ya sembré unos focos. Como lo esperaba, no tuve problemas.

Me gusta Joana, con toda su ingenuidad y completa ignorancia. Mario, cuya gruesa ironía no llega a incomodarme, salió de vacaciones no sé a dónde. Fuera de los eventuales compañeros de estudio, Joana y yo no hemos frecuentado más compañía que Roberto y Carina, típicas víctimas de los patrones monetarios que lo regulan todo, comenzando por el valor de las personas.

Los diarios gastan páginas sobre lo que están llamando impropriamente “epidemia”. Los problemas vuelven a preocuparme, aunque no perjudican mi “integración” social. Compré un coche modesto,

Literatura fantástica latinoamericana

inferior al de Roberto. Él no soportaría que yo tuviese algo mejor que lo suyo. Me gusta ese muchacho, tan necesitado de mostrarse fuerte y determinado. Intento hacer o decir cosas erróneas, que él corrige con evidente placer.

Joana:

Participé en la votación contra el presidente. El gobernador pidió la dimisión. Percus lee diarios y revistas todo el día. Tengo que dar un vistazo a las noticias. El otro día le pregunté si me hallaba muy ignorante; él se rió, me consoló y fue muy amable. Sabe todo de manera extraña. Cuando le hablé sobre la catástrofe del ozono, me garantizó que en pocos años todo estaría normal. ¿Cómo lo podía saber? Mencioné a Nostradamus. Percus considera que esas profecías eran meras y libres interpretaciones de símbolos. Me dijo que yo no precisaba emplear métodos anticonceptivos. Quedé alegre y asustada, aunque no lo demostré. Alegre porque tal vez sea que le gusto tanto que quiere tener un hijo conmigo; asustada porque tengo miedo de quedar estéril. Los diarios anuncian que los nacimientos disminuirán a la mitad. Según una teoría, eso es debido a los nuevos preservados de alimentos. Le pregunté a Percus. Él sólo movió la cabeza. Nunca lo oí decir “no sé”. Carina dice que finge ser más de lo que es porque nació en Madagascar, lugar insignificante al que nadie conoce. “Me parece psicoanalíticamente correcto”, le dije a Carina con el mentón levantado.

Literatura fantástica latinoamericana

Percus:

Es duro aislar la memoria para concretar mi acción. Sé que la voy a recuperar pero —en cuanto lo hago— no soy yo; es otro el que piensa, razona y ejecuta, con dudas y sufrimiento. Es inútil quejarme del proceso y jamás podría alterarlo. Ayer renací por tercera vez. Enseguida soñé (¿habrá sido un sueño?) que estaba en mi ciudad pero ignoraba dónde quedaba mi casa. Era angustioso buscarla, aunque —de alguna manera— sabía que acabaría encontrándola. No sé cuántas veces tendré que pasar por lo mismo. Joana me miró de manera curiosa y repitió que yo “parecía de otro mundo”.

La siembra comienza a generalizarse. Como en el tiempo de la Peste Negra, los animales —racionales o no— “saben” cuándo cambian las reglas y que no sirve luchar contra el destino.

(No fue buena la comparación con la Peste Negra...)

Joana:

Literatura fantástica latinoamericana

Cometí la tontería de contarle a Percus que yo escribo, de vez en cuando, estas notas (también iba a decir “bobas”, pero no es tan así). Insistió en que se las mostrase; por supuesto, no lo hice. Supuse que se ofendería con las cosas que escribí sobre él. Sé que él también escribe algún libro o diario. Toma notas en una libreta en los momentos más imprevistos. Cuando fuimos a la playa, no bien fue a cambiarse la ropa y me quedé solita en el bar, abrí su cartera y hojeé su libreta. Había un bosque de picos, puntos y manchas; no parecía un idioma, salvo que fuese chino o árabe. Un instante más tarde, cuando él iba a anotar algo en el cuaderno, tiré de su mano —riendo— y le pregunté qué era. No me miró; impassible, dijo que era un dialecto primitivo de Madagascar, aprendido con los nativos cuando era chico. No sé por qué no le creí. Pregunté qué eran los picos que se repetían; él afirmó, serio, que significaban “yo amo a Joana”. Hay veces que tengo ganas de golpearlo. Ayer, en la biblioteca de la Facultad, pedí un libro sobre Madagascar. La encargada dijo que no había y me preguntó qué era eso (!). Nunca vi tamaña ignorancia.

Mi madre no es muy vieja pero debe de estar esclerosada. Esta mañana me dijo que yo tenía que cambiar de novio; que Feliciano no servía, era jugador, irresponsable... Cuando ella terminó, le dije: “Madre, ¿usted está desvariando? Hace dos meses que no veo a Feliciano; mi novio es Percus, ése de Madagascar...” Mi madre se quedó en silencio; después habló, medio desanimada. “Es que viajo mucho últimamente. El otro día (creo que fue un sueño) fui a tomar un helicóptero, aquí en la terraza; todo tan nítido, no parecía un sueño... ¿Feliciano murió o no murió?” No le presté mucha atención al sueño; pero esa historia de pensar que Feliciano murió, es extraña. Quiero a mi madre, pero no estoy dispuesta a servir de mucama a viajeros de helicópteros en mi casa. Divorciada o no,

Literatura fantástica latinoamericana

le voy a contar todo a mi padre, que pasa meses sin visitarme, el muy egoísta.

Percus:

Alguien me dijo que en las prisiones pocos se consideran culpables. La reflexión autocrítica siempre es parcial;. Si olvidamos o modificamos la memoria de un hecho, deja de existir; por eso, el asesino que olvida un crimen es inocente. Lo contrario también opera así. He soñado con Madagascar: la playa, mi país; también con que los nativos me enseñaron su idioma. Digo “soñé”, porque nunca estuve allá. En tanto, nuestras certezas son meras plaquetas de memoria. Pueden ser alteradas; no es más que la operación de una computadora biológica de última generación. Voluntariamente o no, debemos asumir los riesgos.

Me siento bien en compañía de Joana y de mis condiscípulos; no veo más a los transeúntes como animales primitivos, hormigas alienadas que transportan hojas a su cuevas. Ya no hago ironías sobre Madagascar. Sonríó al suponer que el “localismo” —mal de siglos— me introdujo su virus; sólo me faltaría hacerme patriota y festejar el Día de la Independencia. Conservo mi sentido del humor; estoy a salvo. Puedo imaginar una antigua historia: las aventuras de un espía tan perfecto que —a costa de integrarse en el lado enemigo— ya no sabe cuál es el bando amigo. Sólo faltaría asumir los prejuicios de Roberto, un Viernes que convence a Robinson Crusoe para que vista

Literatura fantástica latinoamericana

taparrabos, baile alrededor de la hoguera, deje los mosquetes y use arco y flechas, abandone la Biblia y crea en los dioses de la selva. La vida es una gran y única aventura.

Joana:

Cuando yo era pequeña mi padre decía que el mundo se estaba poniendo patas para arriba: rusos besando americanos, japoneses que controlaban el cine de los Estados Unidos, el tal Mercado Común invadiendo América Latina... Un día Percus se quedó observando (sin que yo lo percibiera) mi manera de leer el diario. Después de pasar rápidamente las cuatro páginas iniciales de política mundial, examinaba vagamente la de cine y espectáculos; después, seguía hojeando y me detenía para ver la cara del criminal que raptaba mujeres sólo para desvestirlas, devolviéndolas sanas y salvas... Leí también la carta de una lectora candidateándose... Cuando volví la última página, Percus comentó: "Seleccionas cuidadosamente las noticias que *no* te atañen". No entendí bien y él no quería explicarse. Apenas pude sacarle algo. "¿Tú pagas impuesto a las ganancias?", me preguntó. No. "Pues ahora vas a pagar; está en la primera página". Tomé de nuevo el diario, leí la noticia y me puse loca con el gobierno. Él, con una leve sonrisa, me preguntó a qué diputado le había votado y me demostró que era uno de los que habían aprobado la ley. Después de eso, hasta las noticias internacionales me interesaban. Ya casi no hay petróleo. Los coches eléctricos son unas tortugas pero estoy pensando que sería mejor comprar uno...

Literatura fantástica latinoamericana

Mi madre ahora se porta muy gentil con Percus; repite su nombre a cada momento, para probar que ya no lo confunde con Feliciano. El otro día, ella me dio una respuesta sorprendente. Le pregunté por qué el tío Mauro no visitaba más a los parientes. Ella me escuchó sorprendida y dijo: “Mi querida Joana, ahora eres tú la que está desvariando. ¿No recuerdas que el tío Mauro y Ana murieron en aquella catástrofe de aviones que iban a Asia?” Yo me puse una mano sobre la cabeza; disimulé: “Sí, sí, claro; estaba distraída...” y me fui alejando. Mi madre me miraba espantada. Aquello me preocupaba y se lo conté a Percus; todo el mundo olvida alguna cosa, pero un desastre como el del tío Mauro formaría parte del noticiario internacional, en Brasil se hubiese comentado... No recuerdo por qué él estaba en ese avión ni qué iba a hacer en Asia. Tío Mauro era diplomático; no muy importante, pero lo era. Percus se quedó mirándome. “...¿Qué es esto, Percus? ¿Será que me contagié de amnesia?” Él se rió y me besó; me tuvo que explicar —como acostumbraba— que la amnesia no es contagiosa, que no se transmite.

Ayer Roberto hizo un elogio de Percus (que no estaba presente). Carina concordó, agregando algunas cosas. Aunque no lo demostré, me quedé admirada. Percus fue siempre muy gentil con ellos; fingía (o no percibía) que siempre lo fastidiaban con indirectas. ¿Por qué habrán cambiado de opinión?

Todo el mundo discute la resolución internacional de no transportar más petróleo en barcos a causa de la polución que ya invadió los polos. Los países que no lo producen tendrán que usar sólo electricidad. La gente estaba conversando sobre eso en el bar. Casi antes de que saliéramos,

Literatura fantástica latinoamericana

Percus dijo que se ausentaría por unos días, que tenía que ir a Tokio.

Nos quedamos excitados, maravillados. Quiero que me traigas esto, o aquello, pero... “¿Qué vas a hacer a Tokio?”. Percus —muy minuciosamente— contó una larga historia de un japonés que fuera socio de su padre y que después se volvió al Japón; ahora, él iba allá para liquidar la parte que le pertenecía por herencia (“es pequeña; con los gastos del viaje sobraré muy poco...”). Roberto y Carina, por el gesto, se tragaron todo; yo hallé las explicaciones demasiado buenas. Percus no tiene el hábito de dar tantos detalles; cada vez advierto más que los negocios del padre, en Madagascar, lo justifican todo.

Llegué a preguntarle a Roberto, como quien hace un chiste, si ya no pensaba que Percus era algún mafioso internacional. Roberto lo negó rotundamente. No sé si me estoy haciendo adulta y más llena de dudas; las pocas convicciones y certezas que tenía ahora no valen nada de nada. Tiene que haberme influenciado leer las primeras páginas de los diarios...

Percus:

Comencé a escribir en el avión, durante el fatigoso retorno. La pareja de al lado insiste en conversar conmigo. Preguntan mi nacionalidad (en francés) y respondo que soy brasileño. En ese

Literatura fantástica latinoamericana

momento, me olvidé de Madagascar. Hicieron las preguntas típicas y —al tiempo que respondía— pensaba en por qué mi identidad sólo era valorada después de suministrar los marcos requeridos. ¿Expresarían ideologías y principios? Pensé en los animales y en los insectos: transportando hojas al subsuelo, hibernado en el hielo, sobreviviendo en el desierto, a la espera de una evolución durante millones de años, gobernados por un poder cósmico desconocido... Es inútil argumentar conmigo mismo. Tengo que actuar, alimentar el cuerpo, sobrevivir a mi propia tarea. No cuestiono el libre albedrío, expresión cara en esta época. Una gota con microorganismos cae del follaje por sí sola, sigue un trayecto inevitable. ¿Son la gota o el microbio libres para circular por su universo?

Carina, Roberto e incluso Mario me aguardaban en el aeropuerto. Yo traía presentes para todos, con los nombres escritos en los paquetes. Se los di a Joana para que los distribuyese. Pagué exceso de peso, pero fue bueno compartir el entusiasmo que ellos sentían por alguien que venía de tan lejos para interferir en las vidas de todos.

Joana:

Yo no sabía nada sobre los antiguos *hippies*. Y no sé mucho sobre estos *nuevos hippies*, como los están llamando los diarios, ni sobre lo que quieren. Forman bandas que van de ciudad en ciudad; no trabajan, no pelean, no roban y se quedan meditando en las plazas. Alguien los debe de

Literatura fantástica latinoamericana

alimentar; no parece que se estén muriendo de hambre. No predicán ninguna religión. Muchos dicen que tienen su origen en un movimiento surgido en Francia, hace mucho tiempo, que se llamaba “Ciudadanos del Mundo”. Ellos rompían con las identidades de cada país y se transformaban en... internacionales, creo. Fue algo que leí en la segunda página del diario. Ahí decía que ya son millones en todo el mundo y que algunos países están reconociéndoles sus derechos, como si fueran nativos. Sé que si Percus leyese esto se reiría a carcajadas. También advierto que lo estoy imitando con estas historias de derechos ideológicos.

Fui con Percus al Banco Japonés. Él fue entre los escritorios para conversar con alguien; yo me quedé esperando en el salón. Como se demoraba, entré donde él estaba y tuve la impresión (¿o certeza?) de que estaba hablando en japonés. Después lo negó; dijo que sabía algunas frases, enseñadas por aquel socio de su padre. He pensado que soy una boba de clase media, más bien baja que alta; nunca frecuenté lugares de gente rica e instruida. Por eso debe ser que Percus me sorprende. Al fin y al cabo, el mundo debe de estar lleno de personas que saben idiomas, que tienen mucho dinero y viajan a Tokio sólo para comer con palillos, cosa que (aplausos para mí) sé hacer muy bien; hasta en casa comemos así, a veces.

Vi en la televisión escenas de los trenes que llevan las bombas de fisión y otras desmontadas (¿o desactivadas?) rumbo al desierto, creo que se llama “de Mojave”. Son millares de vagones; después aparecen los tractores, inmensos, abriendo zanjas de kilómetros de largo y veo los restos de las bombas al ser enterrados. Leí que el dinero desperdiciado en ellas alcanzaría para comprar

Literatura fantástica latinoamericana

dos casas para cada habitante de la Tierra...

Mario me preguntó si ya me casé con Percus. Me pareció una pregunta absurda; le fui diciendo, con afectación, que yo era una *nueva hippie*. Hace mucho que el casamiento es considerado una institución más que decadente y en franca extinción en todo el mundo. Mario ironizó que yo estaba más en erudita que Percus. Me quedé pensando y descubrí que ni siquiera pienso en eso del casamiento, aun cuando personas como mi madre todavía hablen del asunto. El gobierno impide tener más de un hijo, bajo pena de pagar impuestos prohibitivos. China —ahora unida con Japón y Corea— tiene setecientos millones de habitantes, la mayor población de la Tierra, pero antes tuvo más de mil quinientos millones; no sé cómo producían comida para tanta gente. Percus y yo no hablamos de hijos. Si bien ya se inventaron procedimientos para tenerlos sin dolor ni traumas, para criarlos seríamos sus esclavos durante mucho tiempo. Carina tiene un robot pequeñito que anda tras ella como un idiota. Dicen que el gobierno prohibirá la fabricación de “hijos”–robots; en definitiva, sólo los neuróticos precisan de muñecos parlantes que no crecen nunca.

Percus:

He ido a la Biblioteca Central para hojear antiguas colecciones de diarios y revistas impresos en papel. La manía por el tiempo demarcado llegaba a la obsesión. Las personas mencionadas tenían

Literatura fantástica latinoamericana

a continuación de su nombre un número que indicaba su edad. Curiosamente, a veces, las mujeres eran exceptuadas. Había centenas de conmemoraciones: días de los países, de los enamorados, Navidad, fechas patrias, aniversarios, desfiles, etcétera. Los medios de comunicación, radio y televisión, destacaban el día y la hora. Fue en Oriente, y más luego en Europa, donde surgieron los “engullidores de tiempo”, como eran llamados los enemigos de la fijación matemática de los días y demás. Sólo recientemente se generalizaron sus teorías; incluso Joana —cuando de golpe le pregunté su edad— me respondió: “Tengo la edad de mi rostro y de mi voz, soy vieja como un vino perfecto y joven como un bebé reciente”. No cometí la indelicadeza de preguntarle si era una cita o si la frase le pertenecía. Joana es contradictoria, emocional e impulsiva. Ya no consigo catalogarla (ni a los otros) como cobayos impersonales sujetos a mi juicio. Ando como todos, en este tiempo marcado por las pulsaciones —lentas o aceleradas— de nuestros relojes de sangre, nervios y sinapsis.

Se acabaron los relojes públicos; supongo que fueron a los museos. Encuentros y tareas tienen otras referencias; muchos hacen como los ingleses, que llegan siempre atrasados porque su ética así lo exige. Como allá, hablar pausado es señal de nobleza. El gobierno del Mercado Común Americano decretó abolida la delimitación obligatoria de días, semanas, meses y años. La madre de Joana dice —riendo— que “en mi tiempo” viejos y jóvenes usaban ropas diferentes; así, los colores vivos eran considerados “inapropiados” para los mayores. Aquel “mi tiempo” significaba “cuando yo era joven”; no de espíritu, sino por la rigurosa suma de los años de trescientos sesenta y cinco días.

Literatura fantástica latinoamericana

Mi aplique me dio un aviso, casi doloroso, para que fuera al banco. Debe tratarse de una orden importante.

(Más tarde)

Voy al hipno–cine con Joana. La historia transcurre en el futuro, por eso se llama de “ficción”. Curiosamente llaman “real” a las historias que suceden hoy o antes, aunque también sean ficticias; como nuestras vidas interpretadas por nosotros mismos.

Joana:

Ya tengo un estante lleno de estos cuadernos. Mi letra es grande y clara y está más bonita con este ejercicio. Ayer salí con Joaquín. Lo conozco desde niña, tuvimos algunas relaciones pero eso no duró mucho. Fuimos a un restaurante caro pero gasté menos que él porque me gustan las comidas simples; él pidió “algas rojas del Mar de la China”. Dudo mucho que vengan de China, pero son caras por el nombre. Joaquín me hizo bastante preguntas sobre Percus. Preguntó si éramos “pareja virtual”, expresión que ya está quedando tan arcaica como “matrimonio”. Explicar a Percus no es fácil. Cuando Joaquín me dijo que conocía Madagascar, me interesaron sus opiniones. Él confesó, riendo, que pasó por allá en avión y sólo conocía el aeropuerto. Quiso fijar

Literatura fantástica latinoamericana

un nuevo encuentro para la luna nueva, supongo que pensando recomenzar nuestro antiguo juego sexual. Insistió en programar algo en mi pulsera: una invitación nocturna, naturalmente. Si en ese momento yo estuviese con Percus, sería muy gracioso. Tal vez le pida que lo acepte... o ir juntos. Soy bien normal en estos asuntos —“por demás”, como dice mi madre—; aun así, no consigo asimilar todas las novedades que Percus suele decir que aprendió “en su tierra, con los indios”. Antes se reía de mí, cuando yo los creía primitivos. Por lo que aprendió de ellos, deben de ser los autores de aquella biblia llamada *Cama-Sutra*.

Los diarios ya no traen fecha. Ahora mi licenciatura no será a fin de año (que ya no tiene fin) sino cuando yo sea capaz de pasar los exámenes. Carina lo hará pronto, pero yo todavía esperaré. Cuando estoy en clase me siento más niña, lo que está muy bien.

Percus:

Fui hasta el banco para examinar mi cofre particular. Quedé emocionado al tocar esos tesoros guardados. Debo hacer una cosa sorprendente. Accionar el punto que destruye o anula todo, el puente que me une a una vida invisible y futura. El acto no implica ninguna reflexión. Independiente, incluso, de mi gesto. Salí de allí con una envoltura de iridio ya inútil. El empleado de seguridad me acompañó gentilmente hasta la puerta.

Literatura fantástica latinoamericana

¿Lo digo por mí mismo, náufrago en esta isla sin comunicación? Estrené la sorpresa, lo improvisado, la independencia. Los caminos de la vida tienen muchos senderos; nunca estuve solo, ni lo estaré... Joana me encontró abatido y nervioso. Es increíble cómo es capaz de interpretarme tan agudamente. Me siento como un adolescente que no sabe si quiere ser astronauta o clérigo, vivir en las ciudades subterráneas o investigar ciudades enterradas... Tengo todo el tiempo, sin las arcaicas agujas del reloj...

Percus:

¿Será posible distinguir, en el futuro, la evolución natural de la inducida? La mayoría de las computadoras todavía cargan con el estigma de la tesis de la Iglesia, limitadas por la Turing-computabilidad. Ya se comienzan a fabricar máquinas de muy alta velocidad, dotadas de una interface basada en el lenguaje natural, síntesis de la voz humana.

Eso fue ayer —que significa antes, en el pasado—. Los “engullidores de tiempo” influyen hasta en la factura de los diccionarios. El día toma dimensiones sin límites. En un ahora que se alarga indefinidamente, no se planifica el futuro. Por eso, mi pregunta sólo tiene como respuesta que toda evolución inducida es natural... La omisión provocada por la suprememoria incluye el olvido del proceso. Sé que todavía daré muchas vueltas (además de las ya dadas) en torno de este sol de

Literatura fantástica latinoamericana

radiante grandeza.

Mis poemas sobresalieron en una gran reunión nacional. Joana sabe algunos de memoria, pero a mí no me interesa retener un solo verso. El tiempo comienza a escaparse de las palabras. Reajustar significados no es fácil. La demagogia —con sus segundas intenciones— pierde fuerza. Tal vez por eso tantos gobiernos renuncian en forma colectiva a lo largo del mundo.

Joana:

“¡Somos artistas!”, gritó Carina cuando conseguí hacer mis proyecciones en las nubes. Estaban muy altas y los colores se diluían; quedé con los dedos doloridos por mantener el ritmo, pero valió la pena. Los desconocidos espectadores vinieron a felicitarme. Percus intentó pintar alguna cosa, pero desistió; estimo que él se expresa mejor escribiendo.

Introduzco *mi* “diario” en *su* “diario” para transformarlo en cuento o novela. Paradojalmente, mis invenciones son más verosímiles, me parece. Percus tiene más espacio en su mente; siento algo religioso y antiguo en eso que el llama... tarea, realización... Sé que las palabras no son ésas. Olvidé...

Literatura fantástica latinoamericana

Escogemos una casa enorme. En la playa existen tantas para tan pocos interesados que lo mejor sería destruirlas para ampliar el paisaje.

Bajo protesta de Percus, tiré mi colección de “Primeras páginas”; las puedo tener en proyecciones.

Percus se olvida de que nació en Madagascar. Está grabado. Él sonríe; somos ingenuos, no sabemos distinguir ficción de realidad. Roberto —muy seguro— pregunta cuál es la diferencia. Percus responde en una lengua que no conocemos o, tal vez, inventada. Hay una sola lengua oficial en el planeta; no necesitamos complicar los códigos. Percus todavía sonríe. Lo hallo diferente a todos; él viene de Madagascar, planeta distante y misterioso, donde mi nombre es Rahantavolena, reina de Antanarivo.

Percus:

Basta con colocar el nombre de Percus al comienzo y todos imaginan su personalidad, su trayectoria.

Literatura fantástica latinoamericana

Pero yo soy Joana.

Saboreo fresas artificiales, perfectas. Lo de artificial es una palabra; no sabemos qué es natural, como con el eclipse de sol que no ocurrió porque los espejos orbitales iluminaron el cono de sombra. ¿Soy yo, Joana, quien escribe? ¿O soy Percus imitando a Joana?

Cuando entro en una escena virtual de percepción integral, ¿qué es real? También puedo usar un aparato más eficiente que la PI; algo que muestra mi imagen, pero sin que sea yo: Percus.

Mis ensueños se amplían; olvidar y recordar pierden sus límites. ¿En qué planeta existía ese sabio que soñó ser una mariposa? Descubrió que era una mariposa que soñaba que era un sabio. Es fascinante ser mariposa, hija de gusano, con luminosas alas azules. Existo aquí como Percus o Joana y también soy una mariposa que se transforma en Carina, Mario, Roberto o...

Percus ya no escribe en “malgache”. Tampoco comprenderá la “misión” quien no lea estos apuntes.

Todos los relojes del planeta fueron sepultados. No todos; algunos todavía baten al son de las venas, transportando la sangre de la vida. Omnipotente, esculpo el cuerpo maravilloso de Joana; coloco sonrisa, perfume, deseo, en este códice. Lo preservo en acero, cemento y cristal. Ella abre todas las puertas, invade otros ojos, explora sinapsis y permanece.

Literatura fantástica latinoamericana

Joana:

Fui poseído por Joana. Lo sé porque colocó mi máscara de letras en su delicado rostro. También soy ella: cuando la abrazo, mi carne de átomos y pensamientos penetra la suya; somos uno en dos, quizá tres, o más. Los números son esclavos del tiempo abolido —solidificado, inmóvil— entre trillones de galaxias en movimiento.

Percus–Joana:

Ya no me importa descubrir o describir el “ahora”. Estas cinco letras son partículas subatómicas; danzan músicas diferentes según los ojos de cada lector–creador. Puedo salir de la cama en este momento, beber café con leche y tostadas, generar peligrosas alas de Ícaro o saltar rodando a los nichos de amor; sin la repulsiva gravedad, no tengo aherrojados los caminos.

Soy Percus o Joana; hermafroditas, mutantes, incomprensibles para los que viven fuera de ahora. Inmortales e invisibles, hibernamos más allá del tiempo.

Literatura fantástica latinoamericana

Cierren la página. Saltaremos a su memoria; seremos íncubos o súcubos en sus sueños.

La *misión*, finalmente, está cumplida.

(Traducción de Daniel Croci)

LOS POBLADORES

Daniel Barbieri y Santiago Oviedo (Argentina)

Sabemos que eran tres oficiales de la flota terrestre —Elp, Pol y Vun— que desertaron tras cometer un tremendo crimen: destruyeron su crucero y luego escaparon en una nave de exploración. Para colmo, los prófugos eran los máximos responsables de la embarcación destruida: Pol había sido el capitán; Vun, el oficial técnico y Elp, el jefe de pilotos.

Sin embargo, no cometieron aquel crimen por maldad sino porque estaban hartos de arrasar planetas enteros en la cruenta guerra entre la Tierra Unida y las colonias rebeldes que propugnaron la Proclama de los Mundos Independientes. Después de todo, ¿qué era destruir una astronave de combate con cien tripulantes luego de haber exterminado a millones de personas?

Sabemos que llegaron al planeta —uno de esos mundos inexplorados señalados en las cartas estelares sólo por un código numérico— y se encontraron totalmente al margen de la zona de

Literatura fantástica latinoamericana

conflicto. Luego se volvieron dioses —al principio, sin saberlo— y descubrieron lo que eso significa cuando se es humano y no se puede escapar al destino.

Esos hechos fueron narrados en la famosa y redituable grabación de percepción integrada; lo que sigue es la historia verdadera.

I

En la nave de exploración, Elpidio aspiró el último “porro” hasta quemarse los labios. Ya no había más “yerba”. Mientras recitaba una vieja balada de *rock* del siglo veinte los restos quedaron desparramados en el cenicero.

Atrás —muy atrás— también se dispersaban los fragmentos de la T.U. 235 y de sus tripulantes. “Siempre parece ser de noche en el espacio después de una *limpieza*”, había dicho Paul —el capitán— luego de la incursión sobre Yrago (“limpieza”, en la jerga militar, significaba privar a un mundo de vida inteligente) y mucho más atrás ese planeta seguía orbitando, ya sin sus treinta millones de habitantes que alguna vez se habían plegado a los rebeldes.

Literatura fantástica latinoamericana

Aquello había sido demasiado. Elpidio, jefe de pilotos; Paul, el capitán, y Banister, el oficial técnico, ya lo habían decidido: no más muertes. Aunque tuvieran que realizar otro acto de violencia. El último. Activaron el sistema de autodestrucción del crucero y escaparon en la nave exploradora hacia el planeta que el técnico había seleccionado. “No más muertes”, se volvieron a prometer. Y desertaron.

Ahora estaban descorchando una botella de brandy español para emborracharse y celebrar el arribo a lo que habían elegido como refugio. La tecnología de sus armas les serviría para crear un hogar en el nuevo medio; el gabinete antropológico de la computadora maestra archivaba casi toda la cultura de la Tierra y el transmutador —que además era lo que les permitía efectuar los “saltos”— sería capaz de fabricarles un hábitat a partir de elementos orgánicos e inorgánicos primarios.

—Señor Christian —le dijo Elpidio a Banister—, esta vez no habrá inconvenientes: el capitán Bligh vino con nosotros.

Paul compartió una carcajada con sus compañeros y bebió un prolongado sorbo de licor. En aquel momento lo prioritario era embriagarse. Luego llegaría el instante de preocuparse por el asentamiento en el planeta. Era un mundo subtropical, con selvas espesas, montañas abruptas y cursos de aguas sulfurosas. La atmósfera era respirable y sin indicios de microorganismos patógenos peligrosos. Al menos, eso indicaban los sensores.

Literatura fantástica latinoamericana

También estaba habitado. Había una especie humanoide inteligente, de cultura agrícola tribal, agrupada en pequeñas comunidades junto a las costas del único continente. Los recién llegados tendrían que instalarse tierra adentro: no querían mezclarse con los problemas del planeta.

Sin embargo, se supo de ellos.

Elp, Pol y Vun vinieron de las estrellas y construyeron una morada en la montaña más alta de la selva. Pol y Elp se dedicaban a la agricultura. Elp roturaba la tierra y sembraba, Pol protegía los cultivos y provocaba las lluvias. Vun horadaba sin temor el monte Volcán para extraer sus riquezas; él era Volcán, el Señor del Volcán. Elp sembraba sin esfuerzo; era el Señor Sembrador. Pol manipulaba sus cencerros y hacía llover; era el Señor Pluvioso.

Algunos guerreros jóvenes se internaban en la selva en su osadía y podían escuchar sus potentes voces aunque no estuvieran cerca. Pero Sembrador, Pluvioso y Volcán eran dioses ajenos; sus cunas estaban en otro lado y no tenían nada que ver con los verdaderos padres: los Dioses Marinos. No ayudaban; tampoco interferían. Todo era como tenía que ser.

Hasta que un día Pol perdió sus cencerros y todo cambió.

Literatura fantástica latinoamericana

—¿No habrá forma de arreglar el transmutador? —preguntó Paul. Sin él dependían exclusivamente de los recursos naturales del planeta. Ya no habría más pollos trufados ni vinos Mosela sintetizados por el aparato. Tampoco podrían efectuar viajes profundos con la nave. Estaban varados.

—No —contestó Banister—; vamos a tener que matar animales, aunque juramos no volver a derramar sangre. Los vegetales y las frutas silvestres no son suficientes.

Elpidio seguía negándose a comer la carne de los animales que Banister atraía con el teledirigidor. Usar el arma psíquica no le preocupaba, pero le repugnaba la imagen de Paul carneando a las bestias mansas, aun cuando sabía que el capitán experimentaba tanto asco como él. Trató de mantenerse como lo había hecho en los últimos días —sólo con unos frutos amargos parecidos a los nísperos— pero enflaquecía a ojos vistas. Su cuerpo se tornó amarillento por la fiebre y se le hinchó la cara. El gabinete médico de la nave no resultó de gran utilidad; necesitaba alimentos.

—Los nativos cultivan gramíneas y leguminosas en cantidades abundantes —pensó Paul en voz alta, con los ojos fijos en la hoguera donde se doraban los trozos de carne—. Tenemos que

Literatura fantástica latinoamericana

entendernos con ellos y establecer un trueque. Pero, ¿cómo nos mantenemos hasta entonces?

II

Tzakol había salido antes del alba y se internó tierra adentro en lo más espeso de la selva; era muy joven, pero antes de que terminase el día sería un adulto pues su animal acudiría a él bajo los rayos del sol y lo signaría para toda la vida. Tzakol sabía que una bestia se cruzaría en su camino a la luz del sol y que ese animal sería su protector, su nombre verdadero y el moldeador de su carácter de hombre adulto. Tzakol esperaba un animal bravo y salvaje, buen protector de un guerrero valiente e invencible; por ejemplo un *Kameb* de afiladas uñas, colmillos agudos y lomo de puntas rugosas. O un *Rogub* de pico sangriento y garras tenaces.

Con la primera luz del alba Tzakol verificó sus atuendos de guerra y bautismo. Las pinturas que le había hecho el chamán estaban correctamente ejecutadas, las armas que el jefe le había dado eran las indicadas y estaban listas y eso estaba bien, pues luego de avistar al animal sagrado debía cazarlo y sacrificarlo para que su espíritu vivificador se fundiera con el alma de Tzakol y le diera sus atributos. Sin embargo vagó toda la mañana sin que ningún animal se cruzara con él a la

Literatura fantástica latinoamericana

luz del sol.

Ese mediodía Banister exclamó:

—¡La pucha! ¡Otro cerdito de los árboles! —Así llamaban a ese pequeño animal de carne tierna, parecido a un cochinitillo pero cuyas patas membranosas le permitían vivir en los árboles como un Koala o una Ardilla. Ajustó los controles del teledirigido e indujo al cerdito para que se dirigiese hacia una jaula excavada en la roca, donde lo esperaba Paul.

—Si tengo que seguir haciendo de carnicero de animales me vuelvo a la Tierra —rezongó el capitán.

—Y entonces volverías a ser carnicero de seres inteligentes —retrucó Banister, a riesgo de que el cerdito se perdiera.

—Más vale. —Paul era hombre de quedarse siempre con la última palabra.— Los seres inteligentes merecen morir porque consienten la guerra; siempre pueden rebelarse aunque sólo sea para morir negándola. Los animales, en cambio, son inocentes; viven porque están hechos para vivir...

Literatura fantástica latinoamericana

—¡Maldito filósofo de cuarta! ¡Casi se me escapa! —Banister escupió a un lado y se concentró en los controles para reubicar al animal.

El cerdito se detuvo un momento sobre el suelo del sendero, apenas distinguible del resto de la selva, sobre el cual caía un vago rayo de luz. Quizá alcanzó a preguntarse rudimentariamente qué hacía allí en el suelo cuando debiera de estar sobre los árboles, mascando hojas de *anahab*.

Tzakol avanzaba por un sendero de los que abren los animales cuando van a beber a un arroyo y se topó con un *Ranahab* inmóvil. Inmediatamente maldijo su destino: quedaría con la vida signada por el estúpido y manso comedor–de–hojas–de–anahab. Pero las reglas del rito eran inviolables y se dispuso a cazarlo.

El animal huyó bruscamente a través de la espesura y Tzakol lo siguió con destreza, obedeciendo las normas que indican las tradiciones para cazar un *Ranahab*. No sin temor advirtió que la bestia se acercaba al sitio donde —de acuerdo con las voces— tenían su morada los Señores Pluvioso, Sembrador y Volcán.

El recelo provenía de que quizá el animal estuviera consagrado a esos Señores pero, al mismo tiempo, pensó que su prestigio en la tribu aumentaría al cazarlo en tal circunstancia, aunque sólo

Literatura fantástica latinoamericana

se tratara de un torpe *Ranahab*.

El registro de la presa se interrumpió poco antes de que llegara a la trampa. Banister frunció las cejas. Paul lo comprendió enseguida. Caminaron unos doscientos metros y se encontraron con un nativo que estaba comiendo el hígado anaranjado de un pequeño cerdito arbóreo.

Tzakol sentía cómo el espíritu del *Ranahab* divino pasaba de su residencia corporal, el pequeño hígado color naranja, a su propio espíritu a medida que lo comía. Cuando hubo cumplido con el rito sagrado que desde tiempo inmemorial realizaban los miembros de la tribu, salió de su abstracción y vio a dos de los Dioses de la Montaña en su aspecto corpóreo. Eran pálidos y altos, pero jóvenes, fuertes y bellos, como deben ser los dioses. Inmediatamente su corazón se llenó de terror y su cuerpo se paralizó.

Literatura fantástica latinoamericana

Banister, por precaución, había enfocado el arma psíquica contra el nativo y lo tenía bajo control. Paul se quedó pensativo un momento.

—Banister, creo que podemos desintegrar tres naves de un solo tiro.

—¿Con este nativo?

—Exacto. Nosotros dos no queremos cazar ni matar animales; Elpidio necesita proteínas para sostener su sensible humanidad. Según dijimos, no podemos tratar directamente con los nativos por múltiples razones; entre ellas, que pueden agredirnos y tendríamos que matarlos o bien porque pueden adoptarnos como dioses y eso nos llevaría a desculturalizarlos. Por otra parte, tenemos en la nave tres androides mutables sin uso; imprimámoslos con las características de este nativo y tendremos tres sirvientes y tres intermediarios perfectamente adaptados al ambiente.

—Por ese medio también hay posibilidades de desculturalización.

—Si la programación de los androides es correcta, dicha posibilidad es mínima. Serán indígenas a todos los efectos y los nativos sólo verán en ellos tres brujos, magos o algo similar, conforme con su cultura.

Literatura fantástica latinoamericana

Banister se rascó la barba volcánica —era pelirrojo—, pues su mente técnica aún dudaba. —Los androides mutables así programados pueden llegar a ser completamente humanos y estúpidos. Eso puede ser riesgoso. Además, tendremos que adoptar definitivamente el papel de dioses de este mundo. No era lo que buscábamos, precisamente, pero no se me ocurre nada mejor para salir del paso.

Paul sonrió. —Es mejor ser dioses, pues lo dioses no pueden equivocarse.

—Eso me parece sacado de una programación escolar de literatura.

—Sí. Pero no soy literato ni lingüista como Elpidio, así que no recuerdo de qué programación lo aprendí ni quién fue su autor.

—De todos modos, es y no es adecuado. Somos dioses, pues podemos crear, pero, como los dioses griegos, podemos equivocarnos.

Tzakol sintió que caminaba sin haberlo deseado; los dioses lo habían cautivado con sus artes mágicas porque les había invadido la morada y cazado sus animales. Sintió cómo su cuerpo entraba en una construcción reluciente y se acomodaba en un nicho con forma de hombre.

Literatura fantástica latinoamericana

Pidió la muerte a los Dioses Marinos, pero le estaba destinado algo peor. Lenta y silenciosamente sintió cómo su alma le era robada por los Dioses de la Montaña.

Los tres androides mutables salieron de sus cilindros, pintados y vestidos como tres brujos nativos según los conceptos de Tzakol. Se detuvieron frente a sus creadores y dijeron:

—Yo soy Abé, Brujo del Envoltorio.

—Yo soy Acé, Brujo Nocturno.

—Yo soy Adé, Brujo Estelar.

Luego los tres enunciaron al mismo tiempo: —Estamos a vuestro servicio; nuestras vidas os pertenecen ¡oh, Divinos Generadores!

Paul rió con ganas, cosa que a Banister no le gustó nada pues tenía sentimientos de padre respecto de sus obras. Paul se calmó y comentó: —En vez de hablar como cualquier androide de buen vecino, lo hacen como personajes de dramas antiguos. Además, tienen nombres ridículos.

Literatura fantástica latinoamericana

Banister replicó muy serio: —Son bilingües. Lo que dijeron es la traducción exacta a nuestro idioma de lo que pensaron en la lengua local. Los nombres son los correspondientes al folclore nativo.

Incluso Elpidio se interesó por el proyecto. Se levantó y, aunque débil, fue de suma utilidad para Banister en el proceso de programación de los androides. Dada la gravedad del caso, Paul le había permitido consumir dos tabletas nutritivas de emergencia que guardaba celosamente por si se veían obligados a hacer un viaje espacial sin el transmutor. Elpidio hizo un buen trabajo y en pocos días tenía en las computadoras manuales el material necesario para el estudio estructural del idioma de los nativos. A continuación planeaba efectuar un relevamiento de sus leyendas y canciones, o sea, de la poesía local.

Cuando los brujos estuvieron solos con Tzakol, ya repuesto, le dijeron:

—Joven guerrero, si nos indicas dónde está tu pueblo y nos dices el nombre verdadero de tu jefe, te perdonaremos la vida.

Tzakol temblaba y esa exigencia lo hizo temblar aún más. Dar el nombre verdadero del jefe a los extraños significaba entregarles el alma y la carne. La tribu sería nada en manos de los brujos, como la niebla matinal frente a los rayos del sol. Pero su propia alma ya no le pertenecía, pues le

Literatura fantástica latinoamericana

había sido robada por los dioses vengativos. Tartamudeando, no siendo sino la sombra de un valeroso guerrero, dijo:

—La aldea está a media jornada de marcha hacia el este, junto a la costa, donde se alza el peñón solitario. El nombre verdadero de mi jefe es Vukub-Kamé. —Luego Tzakol se desmayó como quien cae en la negrura de la mansión tenebrosa.

Banister halló al indígena sumido en un tremendo colapso nervioso y, luego de consultarlo con sus compañeros, le borró la memoria de lo sucedido, pues no querían hacerle ningún daño a los humanoides del planeta y no deseaban que hubiese motivo alguno de enfrentamiento con ellos.

Dejaron a Tzakol en la selva una mañana soleada, con los atributos de iniciación. No se sabe qué fue de él. Quizá cazó un *Kameb* de agudos colmillos y se convirtió en un poderoso guerrero errante; quizá nunca logró superar la angustia de los días borrados y —luego de llorar su desgracia— se lanzó desde lo alto de un farallón hacia las rocas del mar.

Literatura fantástica latinoamericana

La tribu recibió respetuosamente a los mensajeros y los colmó de ofrendas. La noche de ese día hubo fiesta en la cabaña de sus amos. Sin embargo, la tribu no había jurado fidelidad a los extranjeros y no se consideraba vasalla de ellos; la siguiente vez que los hechiceros fueron a la aldea se los recibió con frialdad y no hallaron nada comestible a la vista. Vukub–Kamé se disculpó afirmando que las cosechas eran escasas y que los bancos de peces se habían alejado de la costa.

Los tres brujos no les dijeron nada a sus amos; volvieron durante la noche, saquearon y mataron. El servidor de un dios debía ser respetado como el mismo dios y la tribu había despreciado a los Dioses Generadores negándoles ofrendas. Lo mismo hicieron en los poblados vecinos cada vez que fue necesario, como consideraban que era su deber.

Las tribus nada podían hacer contra los brujos. Éstos tenían, como sus amos, el don de hacerse invisibles. Y luego de sus silenciosos ataques dejaban en la tierra huellas confusas de distintos animales. Los guerreros no podían perseguirlos; ni siquiera tenían la certeza de que fueran los verdaderos autores.

Desaparecieron muchos hombres y las gentes decían: “El *Kameb* se los ha comido”. No decían eso sino a causa de las apariencias de huellas de patas de *Kameb* que los brujos hacían sin mostrarse.

Literatura fantástica latinoamericana

El terror cubría toda la costa; las tribus no enunciaron la verdad sino tardíamente.

—¿Son Pluvioso, Sembrador, Volcán, quienes pasan entre nosotros, roban, matan? Sólo ellos sostienen a los brujos sacrificadores. ¿En dónde se esconden? Sigamos esas huellas de patas.

Las tribus celebraron consejo unas con otras y comenzaron a seguir las huellas dejadas por los brujos. Pero éstas eran confusas y no llevaban a lugar alguno; la verdadera pista no aparecía. De la búsqueda incesante no nació más que una nube, no nació más que una lluvia densa; no nació más que una noche sin estrellas.

V

Los exiliados llevaban una vida más tranquila y natural. Una vez terminado el trabajo lingüístico, Elpidio descubrió que algunos nativos habían escuchado cuando se llamaban entre ellos a través de los altavoces de la nave y que de alguna forma habían determinado sus nombres como Elp, Pol y Vun. Divertidos, adoptaron esas denominaciones y se olvidaron de las que habían usado antes. Era otra manera más de alejarse de los viejos horrores.

Literatura fantástica latinoamericana

Después, Elp se ocupó en traducir en verso unos poemas lugareños; además, se reveló como un excelente cocinero y poseedor de un apetito que no congeniaba con su espíritu refinado. Vun había encontrado borrosos vestigios de una cultura arcaica más avanzada que la que existía en aquel momento y se pasaba el día excavando y explorando; Pol, en cambio no tenía nada práctico para hacer, así que se dedicó —como medida de seguridad— a tender una cortina de telesugestión en torno del campamento para hacerlo invisible a eventuales ojos indiscretos. Además, como estaba aburrido filosofaba a más no poder.

Un día, él y sus compañeros discurrían mientras daban una caminata. De pronto advirtieron que estaban en un paraje desconocido y se dieron por perdidos. Hasta que súbitamente se toparon —bien de cerca— con la pared trasera de la cabaña, a la que no habían percibido a causa del espejismo generado por el propio Pol.

—Como soy un gran dios, me ha salido un divino chichón —acotó mientras se palpaba muy serio la frente. Y todos se rieron.

Por las tardes, cuando podían, se bañaban en un estanque natural que el río formaba a unos quinientos metros del campamento.

Al poco tiempo comenzaron a sentirse vigilados y —cuando llegaban a distinguir a los indígenas que los atisbaban— se hacían invisibles a sus ojos. Por las dudas. Aunque no sabían que tuvieran

Literatura fantástica latinoamericana

que temer por algo.

Finalmente las tribus localizaron el lugar y montaron guardia; el río fue llamado el Baño de Pluvioso. Ahora sabían cómo encontrar a sus enemigos. He aquí que las tribus celebraron consejo para la derrota de Pluvioso, Sembrador y Volcán; celebraron consejo para la muerte de Brujo Estelar, Brujo del Envoltorio y Brujo Nocturno.

“Que todos se reúnan, que se llamen; que no sean dejadas una fracción, dos fracciones”. Todas las tribus se congregaron; entonces celebraron el consejo.

La tribu Cavek planteó la pregunta que causaba la reunión de todas las tribus de la costa:

—¿Cómo vencer el proceder de los hombres mágicos, que acaba con nuestros hijos, con nuestros bienes?

Las tribus murmuraron. La pregunta estaba formulada prudentemente, de acuerdo con las reglas de los consejos: no anticipaba ninguna resolución, a pesar de que la tribu Cavek (cuyo jefe era Vukub) era la más cercana, la más perjudicada por los extraños; la más decidida a exterminarlos.

Literatura fantástica latinoamericana

Otros contestaron a la pregunta:

—No está clara la destrucción de nuestros hombres por los brujos. Si debemos acabar con la causa de los raptos y los robos, entonces sea. Pero si la potencia de Pluvioso, Sembrador y Volcán es tan grande, entonces que sean nuestros dioses. Cautivémoslos con ofrendas y sacrificios.

Los Cavek rugieron y patearon el suelo en señal de desaprobación. Replicaron: —¿No somos muchos en nuestra existencia? Esos mágicos son pocos en su existencia. Si los atacamos todos, venceremos a pesar de sus poderes.

Las tribus volvieron a murmurar; ambas posiciones estaban planteadas de acuerdo con las reglas de los debates. Ahora cabía tomar una resolución. Una parte grande habló proponiendo un camino, una senda por seguir:

—¿No se ha visto a Pluvioso, Sembrador, Volcán, bañarse en el río? Ellos son los protectores, los amos, de los brujos asesinos, de los brujos ladrones. Si los vencemos primero, comenzará la derrota de sus protegidos. Pero, como no conocemos el alcance de sus poderes, no los enfrentaremos con nuestras armas sino con astucia.

—¿Cómo los venceremos? —se les preguntó.

Literatura fantástica latinoamericana

—He aquí nuestra victoria sobre ellos: puesto que parecen mancebos cuando se los ve en el río, que dos doncellas (una por el cuerpo y otra por el ánimo) vayan allá; que sean adolescentes, verdaderamente bellas, muy amables, para que les venga el deseo. Si se unen a ellas, si las aceptan, nos deberán enviar una prenda de amistad; entonces tendremos poder sobre ellos.

La mayoría de las tribus no quería guerrear contra los dioses desconocidos; hasta a la tribu Cavek le pareció una solución inteligente.

Todos dijeron: —¡Excelente! Vamos a buscar dos adolescentes perfectas. —Y cada fracción buscó sus jóvenes más bellas; luego los jefes eligieron a las más bellas entre las bellas. Éstas se llamaban Moab (Deseable) y Roab (Agradable). Los jefes las aleccionaron:

—Id al río de Pluvioso con el pretexto de lavar nuestras ropas. Si veis a los dioses, desnudaos. Si ellos os quieren tomar, daos; pero pedidles una prenda de esa unión. Luego venid a nosotros y traed la prenda. Si así no lo hicieréis, os mataremos.

Enseguida fueron las muchachas; se adornaron: bellas, brillantes.

Cuando fueron, los corazones de los jefes se regocijaron a causa de la belleza de sus hijas que iban.

VI

Pol paseaba aburrido. El problema de los abastecimientos había sido grave pero, hasta que se lo solucionó, lo mantuvo ocupado. Ahora tenían alimento en exceso, que los androides seguían trayendo; incluso habían conseguido unas burdas túnicas tejidas por los nativos, que los exiliados usaban como ropa diaria. Pol había descubierto una hierba que los indígenas utilizaban con fines ceremoniales, que fumada producía efectos parecidos a los de la mariguana, pero ni él ni sus compañeros necesitaban de la droga como antes. Todo estaba bien, y él se aburría soberanamente como un dios en el Olimpo.

¡Si al menos tuviera algunos libros para leer! Pero, sin el transmutador, era imposible pasar los datos de la computadora a los prácticos volúmenes de lectura integral, en los que uno podía sumergirse en sueños con sólo acariciar las suaves tapas de cuero sintético. Y la lectura manual del computador antropológico era fatigosa y lenta.

¡Mierda!, pensó de repente en voz alta.

Literatura fantástica latinoamericana

En un recodo del camino, Pol se topó inesperadamente —no sin horror— con la cabeza de un indígena sucia de sangre y polvo. El cuerpo no estaba por los alrededores. “Sin embargo,” especuló, “Elp y Vun aseguran que los nativos no son caníbales... Esto puede ser el resultado de un sacrificio ritual o de una sanción penal”. Y trató de serenarse.

Había sido un sacrificio, en efecto. No de los nativos sino del androide llamado Brujo del Envoltorio, en honor del gran dios generador Pluvioso. Pero Pol no tenía forma de saberlo.

Esa tarde comentó el asunto con Elp, camino al río, y cuando llegaron allí se encontraron con otra sorpresa: dos muchachas nativas lavaban ropa en las rocas de la orilla y cuando los vieron, antes de que ellos pudieran hacer nada, las jóvenes se desnudaron y los miraron insinuantemente, como si fuera por accidente.

Elp y Pol las vieron feas y deformes. Aunque hubieran querido sentir deseos sexuales hacia ellas, no hubiesen podido; las drogas sexo-inhibidoras que les eran aplicadas rutinariamente a los navegantes del espacio aún surtían efectos sobre ellos.

Pol se obligó a sonreír afectuosamente. Dirigió su anillo traductor hacia ellas y les preguntó: —¿Por qué habéis venido al borde de nuestro río?

Literatura fantástica latinoamericana

—Fuimos enviadas por los jefes, que nos dijeron: “Id a ver los rostros de esos Señores; hablad con ellos”, nos dijeron. —Ambas muchachas estaban rojas de vergüenza y no dijeron el verdadero motivo por el que las enviaron los jefes.

Pol y Elp se miraron. Éste era, pues, el tan esperado intento de contacto de los nativos. Enviaron mujeres desnudas, en vez de guerreros armados, como signo de su deseo de paz y unión, pensó Elp. Pol compartía esa idea pero aún no se explicaba el motivo de la actitud de los nativos.

—¡Bien! —les contestó a las enviadas—. La prenda de nuestra conversación irá con vosotras. La llevaréis a los jefes. Esperad.

Pol llamó al androide A-B, llamado Brujo del Envoltorio, y le encargó unos vestidos estampados como regalo. Brujo del Envoltorio no podía desobedecer a su Dios-Amo, pero tampoco podía ir contra sus intereses. Había visto cómo las tribus habían intentado torpemente tentar a Pluvioso y Sembrador para vencerlos, y los dioses las habían repudiado hábilmente. Luego, dedujo que los vestidos encargados deberían de contener alguna trampa para castigar a las tribus por su atrevimiento.

Vun estaba de viaje, haciendo investigaciones antropológicas, así que Brujo del Envoltorio se puso manos a la obra por su cuenta, manipulando los instrumentos de su Dios Generador.

Literatura fantástica latinoamericana

En el primer vestido pintó la imagen del feroz *Kameb*; cuando terminó, parecía tan real que daba la sensación de que en cualquier momento iba a saltar sobre quien lo miraba.

En el segundo pintó un *Rogub* de afilado pico, el cual parecía caer desde el cielo sobre el observador. En el último pintó centenares de venenosas *Buzzud* que parecían recién salidas de su nido en expedición de caza. Hecho esto, el brujo se reunió con sus compañeros y los tres les llevaron a las jóvenes los regalos prometidos.

—He aquí la prenda de vuestra conversación con los Dioses. Id, pues, ante los jefes. Les diréis: “He aquí la prenda de nuestra conversación; la traemos para que se cubran con estos vestidos divinos”.

Las doncellas fueron ante los jefes, quienes —no pudiendo contener su alegría al verlas regresar con éxito— saltaron de contento.

Las muchachas obraron como se les indicó y los jefes se maravillaron ante los vestidos divinos y convinieron que sólo los dioses podían realizar vestiduras así ilustradas. El jefe Vukub, cacique de la aldea más cercana, les arrebató los trajes a las jóvenes y, arrogantemente, se desnudó frente a la tribu y se los probó.

Literatura fantástica latinoamericana

Se puso el vestido del *Kameb* y lo exhibió muy satisfecho ante los suyos. Luego se colocó el vestido del *Rogub*; el jefe pensó para sí que estaba bien e iba y venía a la faz de los suyos, ufanándose por su elegancia y buen aspecto. Volvió a desnudarse ante la vista de todos y se puso el vestido de las *Buzzud*. Pero esta vez no pudo enorgullecerse pues las *Buzzud* estaban vivas en la tela, aunque dormidas, y en contacto con la carne despertaron.

La carne de Vukub fue mordida por centenares de pequeñas *Buzzud* guerreras; el jefe se retorció de dolor gritando a más no poder y no sólo perdió su arrogancia sino también su honor.

(En algún lugar, el androide A-B, llamado Brujo del Envoltorio, se doblaba de risa mientras controlaba a los insectos mediante el teledirigidor.)

Las jóvenes doncellas fueron ritualmente decapitadas por engañosas e inmediatamente se celebró nuevo consejo de tribus para ir a la guerra. Las tribus no se acobardaban ante ningún ofensor, por poderoso que fuera. ¿Acaso no habían luchado sus antepasados contra los mismos demonios de la Mansión de las Tinieblas?

—Verdaderamente, tal como es, su ser es grande —dijeron las voces en el consejo—. Pues bien, los atacaremos. Los mataremos. Nos adornaremos con flechas, con escudos. Somos muchos en nuestro ser; todos lucharemos en esta guerra.

Literatura fantástica latinoamericana

Y en verdad eran numerosos los matadores cuando para la matanza estuvieron reunidas todas las tribus.

VII

Brujo Estelar, androide A-D, era el sirviente de Elp y el más pacífico de los hechiceros. Cuando podía, se disfrazaba de peregrino y recorría las aldeas a la luz del día para recoger tradiciones y cantos, que luego transmitía a su amo. En ese momento estaban traduciendo un poema ritual de sacrificio; Pol llegaba al campamento creyendo haber solucionado el problema de las jóvenes enviadas.

—Escucha esto, Pol; vale la pena, aunque todavía no lo pasé en verso...

“¡Zas!”, pensó Pol, resignado a escuchar una larga parrafada.

Elp recitó:

Literatura fantástica latinoamericana

*Y cuando el fuego de las fogatas decrece
Y la luz del cielo aún no ha regresado
Bueno es acordarse de los Dioses protectores
Y cortar en su honor la cabeza de un cautivo joven
Pues a los propios Dioses nunca les disgusta
La ofrenda pura de sus adoradores.*

—¿No es cierto que tiene un aire de las Odas de Horacio? —agregó Elp.

Pol escuchó. Había visto muchas cabezas en los senderos últimamente y eso no tenía nada de poético. Claro que Elp, como buen poeta, tenía la vista fija en el cielo.

—Dime, Elp, ¿quiénes son los encargados de hacer los sacrificios? —le preguntó en medio de un pálpito que no le agradaba.

—Los brujos, por supuesto.

Literatura fantástica latinoamericana

Pol sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Elp, ¿no programaron tú y Vun a los androides con la mentalidad de un brujo indígena?

—Sí; con muy pocas modificaciones, para que nos aceptaran como sus amos.

—¿Y no somos los dioses propios de los androides?

—Sí, pero... ¿a dónde quieres llegar?

—Espera... ¿Acaso los cautivos no son enemigos capturados?

—Así es. ¿Y qué?

—Que tenemos que prepararnos para una guerra.

Pol detuvo con un ademán el gesto de asombro de Elp y llamó a los androides. Les preguntó:

—Androides, escuchad atentamente mi pregunta y contestad sin error: ¿habéis sacrificado en honor de vuestros Dioses últimamente?

Literatura fantástica latinoamericana

—Oh, divino Pluvioso —contestaron a coro—, cada mañana, antes de la luz del día, hemos recordado a los propios Dioses, ofrendando a vosotros la cabeza de un cautivo joven.

Poco después, Vun regresó de su excursión excitado, mas no por el llamado urgente de sus compañeros.

—¡A que no se imaginan lo que descubrí...! —Generalmente, cuando Vun decía eso era un preámbulo para mostrarles un trozo enmohecido de una vasija de barro o algo por el estilo. Sencillamente lo ignoraron. Pol le explicó lo que ellos habían descubierto.

—Ahora los nativos están danzando con todos sus atributos de guerra; son cerca de veinte mil. Será difícil controlarlos con las armas psíquicas —concluyó.

—Podemos dormirlos durante un tiempo para pensar algo mejor. No demasiado, es cierto, pues morirían de inanición. Y debemos obrar con la hipótesis de que volverán a la carga ni bien recobren la consciencia.

—Me resisto a destruirlos —intervino Elp—; eso sería ir contra nuestra propia razón de ser en este planeta. Sin embargo, de los tres soy el que más conoce las creencias de los nativos. He

Literatura fantástica latinoamericana

observado que cuando alguno pierde sus atributos de guerra a manos de otro queda deshonrado y se considera derrotado. Si puede, huye; si es capturado, acepta la esclavitud como consecuencia lógica de la pérdida de su condición de guerrero. Ergo, bastaría con inmovilizarlos y quitarles los atributos para acobardarlos.

—Eso se podría lograr con una onda psíquica de sueño emitida en amplio espectro —acotó Vun.

—¿Cuáles son los atributos de un guerrero?

—Las armas, los adornos de metal, la barba prominente —respondió Elp haciendo memoria.

Dispusieron lo necesario para ejecutar el plan; aún así, no podían estar tranquilos: en vez de sentirse derrotados, los indígenas podían llegar a enfurecerse todavía más. Vun, a cargo de los androides, fortificó una parte del monte para tener un refugio más fácil de defender, a salvo de las flechas y de las lanzas. Cuando todo estuvo listo, descansaron. A la espera.

Vun se lamentaba.

—Es una lástima no tener las armas de la nave principal.

Literatura fantástica latinoamericana

—Más triste es que lo lamentemos, Vun —dijo Pol—. Las destruimos porque no queríamos seguir usándolas, porque estábamos en contra de una guerra que no nos interesaba y que nos repugnaba. Matamos a toda la tripulación porque no queríamos matar más; matamos para vivir en paz. Huimos porque odiábamos la violencia. ¿Y con qué nos encontramos aquí?

—Con la violencia. En medio del paraíso —concluyó Vun—; y causada por nuestra propia creación. Primero tuvimos que matar animalitos inocentes para comer. Luego evitamos hacerlo creando sirvientes, sirvientes que para servirnos mataron a seres inteligentes. Debí haberlo supuesto cuando los programé; es mi culpa.

—Ahora es inútil atribuirse responsabilidades —dijo el ex capitán Pol—. Erramos porque los hombres siempre somos libres para errar.

Elp meditó: —Ningún dios en las mitologías terrestres fue incapaz de errar, pues todos crearon criaturas imperfectas. Nosotros somos dioses; creamos criaturas capaces de crear, o sea, inteligentes. Y, usando honestamente la inteligencia que les dimos, nos han puesto frente a una guerra que no queríamos. La violencia persigue a la paz en contra de su voluntad en todas partes...

—Ni los dioses pueden cambiar el destino; así pensaban los antiguos griegos —concluyó Pol—. Por lo tanto, lucharemos; todavía no quiero transformarme en un puercoespín de flechas con las puntas hacia adentro.

VIII

Un ejército de veinte mil guerreros furiosos salió esa tarde desde la costa con la idea de atacar por la noche. A despecho de sus belicosos pensamientos, se durmieron a pierna suelta. En medio de la selva —mientras los tres brujos los depilaban y les quitaban todos sus atributos de guerra— Elp, Pol y Vun ayudaban sin poder seguir el ritmo acelerado de los androides. Elp tensó un arco nativo mientras recitaba un himno de caza al que había traducido en versos endecasílabos, pero el arma se rompió no muy lucidamente y el improvisado guerrero se pinchó el dedo meñique de la mano izquierda. Fue la única baja del episodio conocido como “La Batalla de las Barbas Caídas”.

He aquí que los guerreros despertaron luego de un día de dulce y pesado sueño y lo primero que notaron fue la despoblación de sus mentones. Lo segundo fue la pérdida de sus preciosos adornos. No echaron de menos las armas sino por el oro de sus astas. Un guerrero de la costa sin atributos no es tal, pero el tramposo escamoteo de los mismos no era derrota. ¿Acaso sus antepasados no habían luchado con las manos desnudas contra los mismos señores de la Mansión de las

Literatura fantástica latinoamericana

Tinieblas?

Un jefe exclamó: —¡Que las serpientes sagradas devoren a esos engañadores nocturnos nacidos del mal viento trasero de una vieja desdentada! —Lo que constituía el peor insulto conocido por los hombres de la costa y que en idioma nativo sonaba más o menos así: ¡Krac–Puf–Prrr! (el “Prrr” final se pronunciaba bien sostenido).

Pronto se escucharon voces en el ejército desarmado que decían:

—¡Ataquemos la ciudadela de los engañadores! ¡Busquemos nuevas armas y ataquemos! ¡Así volveremos a ver nuestros metales preciosos!

—¡Esto es lo que haremos! —dijeron todas las tribus y salieron por la selva en busca de otras armas.

—¡Sonamos! —exclamó Vun, concentrado en el visor—. Ahora se nos vienen con todo.

Por lo entendió enseguida. El plan de intimidación había fracasado. Ordenó mejorar las fortificaciones en torno al campamento, que quedó rodeado por troncos, matorrales de espinas y un

Literatura fantástica latinoamericana

foso.

Vun aportó una idea:

—Antes de usar los barredores podemos intentar una treta menos sangrienta: simularemos pelear con sus técnicas para que se lancen con un ataque frontal ante la vista de una presa fácil; luego usaremos el truco que sirvió para desencadenar la guerra y que puede ayudar para acabarla.

—¿Los insectos...? ¿Será efectivo?

—Sí. Porque con los barredores podemos pararlos en el primer asalto, pero después no volverán a atacar de frente. Pueden sitiarnos y desorientarnos con triquiñuelas de guerra aunque los matemos a casi todos; basta con que algunos guerreros nos tomen desprevenidos y ¡adiós, mundo cruel!

—¿Qué haremos con las avispas y cómo haremos para que ataquen de frente? —preguntó Elp.

—Ya van a ver —contestó Vun con una sonrisa enigmática, mientras ponía manos a la obra.

Literatura fantástica latinoamericana

La ciudadela de los Dioses de la Montaña fue espiada y rodeada de emboscadas. En las fortificaciones se veían varias veces cien guerreros que montaban guardia.

—Son numerosos —dijeron las tribus. Luego vieron que sólo eran muñecos móviles de paja contruidos por los Dioses, muñecos que parecían guerreros —verdaderos matadores— pero con cabezas de calabazas agujereadas. Las tribus se regocijaron, porque los Dioses eran pocos y ellos eran innumerables como los árboles de la selva. El ataque sería placentero y la victoria fácil. Los guerreros se olvidaron de las grandes calabazas.

Los valientes se reunieron y rodearon el reducto por tres lados, ya que por el otro se alzaba el alto monte Volcán. Los guerreros vociferaban, adornados con flechas, con escudos; golpeaban los escudos, silbaban, aullaban. Lentamente se acercaron haciendo gestos y ademanes.

Sobre la batahola se escuchaba el consabido “¡Krac–Puf–Prrr!”.

—La verdad es que no son nada agradables —observó Pol.

Literatura fantástica latinoamericana

—Tampoco es agradable ver venir encima una bomba nuclear —retrucó Elp.

Pol se guardó —por esa vez— cualquier contrarréplica porque los nativos ya habían lanzado el asalto.

—¡Ahora!

Los furiosos atacantes sólo vieron que de las grandes calabazas, distribuidas a lo largo de toda la fortificación, brotaban nubes y más nubes de venenosas *Buzzud* que se lanzaban sobre sus rostros. Pronto los valientes guerreros huían desorientados y aullando de dolor. Muchos quedaron ciegos; otros no volvieron a hablar, ni a olfatear. Muchos murieron sin explicarse de dónde había salido tan extraordinaria cantidad de insectos. Los guerreros caían por tierra, envenenados; no podían sino arrojar indefensos al pie de la montaña.

Brujo del Envoltorio y Brujo Nocturno, obedeciendo a un atavismo incontenible, saltaron la muralla y cortaron cabezas a hachazos como se corta la cabeza de un débil *Ranahab*.

Las tribus huyeron a la carrera y aquellos a quienes primero alcanzó la furia de los dos brujos fueron acabados, fueron matados; sólo una parte regresó. Todas las tribus se humillaron.

Literatura fantástica latinoamericana

—Tened piedad de nuestros rostros. No nos matéis —dijeron unos jefes a los brujos que los perseguían.

—Sea —contestaron los sabios brujos—. Pero ya están muertas vuestras cabezas. Os volveréis, pues, tributarios. Mientras haya días, mientras haya albas, nos deberéis siempre obediencia y respeto.

Pol vio la llanura al pie del monte cubierta de cuerpos muertos y mutilados. Elp le comentó a Vun mientras se enjugaba el sudor de la frente con el antebrazo:

—Fuimos el origen de una gran injusticia cuando creamos los androides que mataron y robaron. Los nativos tenían el derecho de matarnos para castigar esa violencia; por el contrario, tuvimos que cometer una injusticia mayor exterminándolos en masa. ¿Es que siempre triunfa la violencia irracional?

—Sí —intervino Pol—. Y estamos condenados a ser sus agentes. No hay fuga posible. Exterminamos a toda la tripulación para poder llegar aquí y para quedarnos matamos a miles de hombres. Pero el mayor de los males es que ni matando a millones podremos irnos, aun cuando nuestra razón de ser en este lugar ha desaparecido.

Literatura fantástica latinoamericana

—Yo no diría que no podemos irnos —terció Vun—. ¿Se acuerdan de que antes de este problema les pregunté si no se imaginaban qué había encontrado?

—Acaso otro cacharro viejo.

—No, una ciudad sumergida.

X

Mientras en solemne ceremonia los tres androides eran proclamados reyes y señores de todos los pueblos de la costa, los exiliados escuchaban las explicaciones de Vun montados en el mini-explorador de la nave. Debajo de ellos se deslizaba la alfombra verde de la selva hasta que ante sus ojos —en pocos minutos y sin interrupción— se transformó en mar.

—Llegué al descubrimiento paulatinamente, paso por paso, pero decidí no decirles nada hasta estar bien seguro. Distintos utensilios domésticos que encontré en estratos más antiguos revelaban restos de una tecnología superior a la de los nativos de hoy; además, mostraban ecos de una

Literatura fantástica latinoamericana

cultura insular. Exploré y no encontré ninguna isla en miles de kilómetros. Busqué rastros y, cerca de la costa, a cinco metros de profundidad, hallé un monolito. Era algo así como la señal que erigían los marinos antiguos cuando tocaban una playa desconocida. Ahí estaban todos los datos necesarios; ese mismo día determiné la ubicación de la ciudad. Y me sumergí...

—Todavía no sabemos si se trata de unas ruinas sepultadas por el mar o de un complejo subacuático. Cuando te pones a hablar eres tan pedante como un profesor de la universidad.

Vun sonrió, secretamente halagado por el reproche. De no haber sido por la guerra, ése sería el puesto que tendría que estar ocupando.

—Ni lo uno ni lo otro; con los datos que les di pueden suponer la respuesta. Me encontré con una ciudad derruida, con todas las características de una población de tierra firme hundida por causas geológicas. Pero en medio de las ruinas y de la oscuridad había una lucecita (y no hay peces luminosos a esa profundidad). La luz marcaba la entrada a una cámara descompresora muy amplia, apropiada para un vehículo como éste o hasta un poco más grande. Me acerqué ¡y la puerta se abrió! Algún dispositivo automático, supuse, graduado de acuerdo con la masa y la estructura metálica del explorador. Pero no era eso. Entré con la nave y a continuación de la cámara intermedia me encontré en un amplio salón, que enseguida se iluminó *a giorno*. Allí conocí a Job.

Literatura fantástica latinoamericana

—¿Job?

—Sí, la proyección de la computadora de mantenimiento del complejo submarino. Ese búnker subacuático es un depósito de memoria tan antiguo que hasta la computadora se sorprendió al ver entrar a un ser humano. Cuando ustedes me llamaron de urgencia yo estaba tratando de entender lo me decía el holograma en un idioma parecido al de los indígenas de la costa. Elp tendrá un menudo trabajo para hacer.

El vehículo explorador se sumergió verticalmente en el mar; estaban encima de la ciudad sumergida.

—No olviden los protectores biológicos; esta raza pudo tener microbios hoy no existentes en la superficie.

Job los recibió con cortesía; tenía el aspecto de un nativo —sólo que más alto y delgado que los de la costa—, no usaba barba y llevaba el cabello largo y entretejido sobre su cabeza en un extraño peinado. Una y otra vez repitió una letanía incomprensible, cuyas cadencia y sintaxis recordaban las características del idioma indígena. Elp reconoció algunas palabras. Se pusieron a trabajar en la traducción, lo que no resultó difícil ya que emitía ininterrumpidamente el mismo mensaje.

Literatura fantástica latinoamericana

El resultado de la traducción provisional fue el siguiente:

“Salud, hijos del futuro. Quien os habla es el guardián del recuerdo, el guardián de la fuerza envuelta del conocimiento, de la cultura de la antigua civilización Huonac.

”Dominamos el planeta por milenios, pero nunca comprendimos que lo importante no es la fuerza, el dominio. Sometimos a hombres y también a la naturaleza (aquí una palabra resultó intraductible, pero en el contexto se supuso que correspondía a ‘naturaleza’, aunque con un significado más abarcativo). Experimentamos con los procesos atómicos del núcleo del planeta y sobrevino un cataclismo inesperado e incontrolable. Toda nuestra civilización quedó en ruinas o desapareció. Entre los sobrevivientes se produjo un retorno al salvajismo. Esta ciudad fue tragada por las aguas, pero el laboratorio autosuficiente quedó indemne y pudimos adaptar los equipos necesarios para sobrevivir. Entre nosotros se hallaban los hombres sabios responsables del gran desastre. Ellos pensaron que de nada valía reconstruir una cultura basada sobre la dominación injusta, sobre el despotismo, como la que los había obligado a llevar adelante aquel proyecto en contra de sus opiniones. Ellos pensaron que más valía un retorno a la naturaleza, a la vida simple, para que así la raza tuviera otra oportunidad en el camino de la evolución. Todos estuvieron de acuerdo y construyeron este Banco de Memoria para que quede registro de la civilización Huonac, y dejaron rastros en tierra firme para que cuando los hombres volvieran a tener espíritu científico encontrasen esta fuerza envuelta del conocimiento. Luego se marcharon hacia el oeste, a la costa más cercana, para vivir su vida. Antes de eso me dejaron a mí, Job, a cargo de la custodia y uno de mis deberes

Literatura fantástica latinoamericana

es recitar esta oración ante los hijos del futuro. Sólo si soy comprendido debo entregarles los secretos. Hijos del futuro, quienquiera que seáis, si contestáis correctamente a este preámbulo, los secretos de Huonac son vuestros.”

El robot finalizó una vez más y volvió a comenzar, casi sin pausa.

Pol ensayó el clásico saludo indígena:

—¿Cómo es tu día, Job?

Job siguió recitando imperturbable.

—¡No funciona! —exclamó Pol.

Elp razonó en voz alta.

—Si no malentendiendo el discurso de Job, sus autores pasaron por una situación similar a la nuestra. Sufrieron la experiencia de vivir en una civilización que sin duda mataba para mantener el dominio; quizá los sacrificios humanos de los indígenas no son sino un resabio de prácticas crueles

Literatura fantástica latinoamericana

anteriores. Los sobrevivientes estaban desilusionados y pensaban que la civilización había tenido su justo merecido...

—Menos filosofía —requirió Vun—; necesitamos la ayuda de este depósito de memoria si alguna vez queremos irnos de aquí.

—A eso voy, Vun; no te impacientes. La conclusión es que debemos contestarle al robot con una fórmula que exprese nuestro repudio moral hacia los males que sus creadores detestaban. Ensayaré una fórmula.

—Ensayá.

—Job —dijo Elp en voz alta y lengua indígena, para llamar la atención del robot—: Salud, guardián del conocimiento; queremos tu fuerza envuelta para que no triunfen el poder y el dominio, para que haya justicia y respeto entre los hombres.

Job vaciló. Todo el complejo se puso a “pensar”, se encendieron luces aquí y allá; luego se abrieron puertas en los lugares menos esperados del salón de recepción. El robot dijo:

—Oh, hijos del futuro, descendientes de mis creadores. Durante cuatrocientos mil giros del planeta en torno al sol os he esperado y custodié fielmente la fuerza envuelta. Ahora es vuestra; yo, Job,

Literatura fantástica latinoamericana

luego de guiaros puedo al fin morir.

Luego les entregó un objeto evanescente: las llaves holográficas del sistema.

XI

Un mes después Vun seguía maravillado ante los dispositivos del complejo; ya había logrado comprender los esquemas y funcionamiento de algunos de ellos y, ¡oh, sorpresa!, logró adaptar un receptor de ondas pluslumínicas, del que carecían en su nave. Dedicó días enteros a calibrar el receptor, hasta que captó con cierta dificultad las bandas usadas por la Tierra. Esperaba oír rutinarios mensajes técnicos para las naves y lo que escuchó lo dejó pasmado: era una proclama. Una proclama del nuevo gobierno de la Tierra, con el lenguaje rebuscado y retórico que emplean los políticos. De su contexto dedujo que se había perdido la guerra y, como consecuencia, el duro y conservador gobierno mundial presidido por el comandante Bela Kun había caído sin pena ni gloria. En su reemplazo los mandos militares le habían ofrecido el gobierno a Rad Valdez, un político opositor moderado, caracterizado por su ambigüedad, para que formase un gobierno civil provisional. Pero lo más notable —y esto no lo supo por la proclama sino por las comunicaciones

Literatura fantástica latinoamericana

internas de las naves militares— era que un fuerte movimiento de jóvenes oficiales antibelicistas había tomado el control de los restos del ejército terrestre y en ellos radicaba el poder real. Los enemigos de la Tierra —sus ex colonias— no habían podido destruirla y la juventud rebelde halló las condiciones ideales para un armisticio.

Cuando Pol se enteró, comentó amargamente:

—Mientras nos refugiábamos en nuestra fantasía anarquista no violenta y nos dedicábamos a jugar a indios y colonos, nuestros camaradas no perdían el tiempo. Queríamos huir de una parte de la historia que no nos gustaba y nos perdimos la oportunidad de participar en un tramo de la misma que nos hubiera apasionado.

Los años pasaron. Los tres exiliados trabajaban en un proyecto de transmutador de repuesto basado en los mecanismos huonacanos, acercándose lentamente hacia su concreción.

Mientras tanto, los tres brujos reinaban con equidad y justicia; se casaron con hijas de nobles y engendraron niños, pues tenían la facultad de procrear. Siempre reverenciaban a sus amos, pero éstos les prohibieron los sacrificios humanos.

Literatura fantástica latinoamericana

Por fin llegó el día en que Vun dijo:

—¡Listo! Nos podemos ir.

—¡Preparemos la partida! —decidió Pol.

Elp negó con la cabeza.

—Yo me quedo. Aquí tengo todo lo que necesito para vivir y no creo que sea simplemente una fantasía anarquista. Y, aun si lo fuera, no me importa: soy feliz. Supongo que me encariñé con este planeta y quiero pasar en él el resto de mi vida.

Pol y Vun respetaron su decisión sin compartirla; ellos querían volver a la Tierra, casarse, formar un hogar terrestre y ver de cerca las reformas que estaba imponiendo el Movimiento de las Fuerzas Armadas, como se había autobautizado la antigua logia pacifista ahora en el poder. Un día partieron y nadie lo supo en el planeta salvo, por supuesto, Elp. Los tres brujos—jefes simplemente dejaron de verlos y supusieron que estaban invisibles en algún lado o que se habían ido a la morada de los Dioses. Elp vivió recorriendo el mundo y escribiendo cantos a su patria adoptiva; de tanto en tanto se acercaba a los reinos de los brujos y conversaba con ellos. Pero lo que prefería —por sobre todo— era rondar los consejos de las aldeas, al anochecer, cuando los maestros de historias narraban los antiguos mitos y tradiciones a las tribus reunidas en torno a los fuegos. Una

Literatura fantástica latinoamericana

noche no pudo dejar de sonreír cuando escuchó a un anciano contar la leyenda de Pluvioso, Sembrador y Volcán. Se vio a sí mismo transfigurado en mito y —lleno de gozo— se dio cuenta de que eso era lo máximo que podía pedir por una vida.

Cuando Elp —muy anciano— murió, Brujo Estelar le construyó una gigantesca tumba en forma de pirámide truncada, en cuyo profundo interior, dentro de un sarcófago de plata, descansaba su señor. Sobre el féretro grabó al estilo local el lejano recuerdo que tenía de la nave de los Dioses, donde había sido engendrado. Y pintó la imagen de Elp dentro de la misma, estudiando los controles. Siglos después, los arqueólogos no supieron explicar (dentro de la lógica y el sentido común) la razón de que esa tumba contuviera huesos más largos que los de ningún nativo de la época.

Llegó el día en el que los tres brujos supieron que sus vidas estaban cerca del fin y reunieron a todos sus engendrados. No padecieron enfermedad; no gimieron, no tuvieron angustia cuando dijeron las últimas palabras a sus familiares.

—¡Oh, hijos nuestros, nos vamos, nos regresamos! Ya está manifiesto el signo de hacerlo. Hemos cumplido nuestras tareas, nuestros días están acabados; nosotros no hacemos más que regresar. Recordadnos; no nos borréis de vuestras memorias. Prosperad. Que así sea.

Literatura fantástica latinoamericana

Entonces, el Brujo del Envoltorio dejó el signo de la existencia de los Pobladores. “He aquí el recuerdo que os dejamos; he aquí la fuerza envuelta, así llamada, que dejaron bajo nuestra custodia los Dioses antes de volver al cielo”. Y depositó en manos del primogénito lo que parecía un atado de tela inmaterial, una envoltura no manifestada. Las llaves de las puertas del saber.

—En este paquete está la Fuerza Oculta del conocimiento: los secretos de los Dioses y su regalo para los hijos del futuro. De aquí en adelante, vosotros (y los hijos de vuestros hijos) seréis los custodios.

Todo esto repitieron los tres brujos a sus descendientes cuando desaparecieron en la cima del monte Volcán, a cuyo pie habían nacido. No murieron, no fueron inhumados; sólo saludaron y desaparecieron de la vista de los suyos.

Esto es lo que sabemos de los Pobladores de acuerdo con las antiguas leyendas y los archivos terrestres recientemente descubiertos. Muchas aventuras vivieron los brujos—reyes y Elp, el exiliado, antes de morir, pero no corresponde narrarlas aquí.

Preferimos terminar esta relación con la frase que empleaban los antiguos Maestros de Historias, luego de bailar la danza del *Ranahab*, la danza del *Kameb*, la danza del *Rogub*, la danza de las

Literatura fantástica latinoamericana

Buzzud. Esto decían:

“Ésta fue la historia de nuestra estirpe, de los fundadores de nuestra raza, los que vinieron del cielo y se juntaron con los que vinieron del mar. La historia de los padres de una larga estirpe de reyes que gobernaron sabiamente en paz y con justicia.”

Basado en una leyenda maya del “Popol Vuh”.

Sobre los autores

Daniel Barbieri: Buenos Aires, 1951. Comenzó a publicar en 1983 encuadrado en el movimiento argentino de esa década. Obtuvo premios internacionales; sus cuentos han sido incluidos en antologías locales e internacionales además de ser traducido a otros idiomas. En libro o separata publicó dos novelas cortas: *Domún* (Ed. Setiembre, Bs. As. 1990 y dos reimpresiones) y *Un paseo con Gerónimo* (Ed. Milenio, Bs. As. 1993); la primera versión de esta última (1985) sirvió de base o idea para una película estadounidense.

André Carneiro: Atibaia, Brasil, 1927. Es maestro latinoamericano de la FH y además un creador al estilo renacentista, ya que descolló en diversas artes. Su éxito como escritor llegó incluso a los EUA, donde lo incluyeron en antologías internacionales y usaron su novela corta *La oscuridad* como base de un filme. En libro, ha publicado varias colecciones de relatos y dos novelas —*Piscina livre* (1980, Ed. Moderna, San Pablo, Brasil) y *Amoarquia* (1991, Ed. Aleph, San Pablo, Brasil)—, además del señero ensayo sobre la SF citado en la Bibliografía.

Héctor Chavarría: Coyoacán, México, 1950. Escritor, periodista y... montañista. Sus cuentos suelen aparecer en diarios y revistas comerciales de México y otros países. Obtuvo diversos lauros; entre ellos, el prestigiado premio Puebla.

Literatura fantástica latinoamericana

Como escritor, es autor de una iniciativa para crear una federación latinoamericana de escritores del género, similar a la SFWA norteamericana.

Carlos María Federici: Montevideo, Uruguay, 1941. Ya es un autor clásico de la FH latinoamericana, aunque su labor sea más extensa como dibujante y autor de novelas policiales que ha vendido internacionalmente. Su producción de FH has sido publicada de manera muy dispersa y esperamos que pronto sea reunida en un libro.

Santiago Oviedo: Buenos Aires, Argentina, 1960. Periodista. Si bien fue merecedor de varios premios, sus cuentos han aparecido en forma dispersa y sólo *Marina del silencio* fue reeditado en distintos medios, obteniendo una justificada difusión. Sin embargo, es más conocido por los artículos que publicara en la revista **Fierro**. Actualmente se dedica primordialmente al estudio de la literatura céltica medieval.

Carlos Raúl Sepúlveda: Chile, 1943. Es otro autor surgido con el movimiento de los años ochenta. Publicó una novela premiada, *El dios de los hielos* (1987) y varios cuentos. Organizó y presidió un club chileno del género, la SOCHIF.

Literatura fantástica latinoamericana

Nota sobre el compilador: Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1951. Desde 1982 trabajó como estudioso y crítico especializado en SF y FH, publicando decenas de ensayos y trabajos de investigación sobre el tema, principalmente en la revista comercial **Fierro** (1985–1992) y en su “fanzine” **Nuevomundo** (1983–1991), la mayoría premiados y reproducidos en otros países e idiomas. En 1983 organizó el club local (CACyF) y lanzó la iniciativa de instituir el premio hispanoamericano “Más Allá”; también promovió la realización de dos convenciones, la argentina de 1988 y la latinoamericana de 1991, ambas organizadas en Buenos Aires por el CACyF.

Nota sobre el ilustrador de la portada: Alberto Greenberg nació en 1962 en la Argentina y se crió en el Brasil. Sus dibujos han merecido elogios por lo original y esmerado del trabajo. La tapa de este libro reproduce la de **Nuevomundo** 2.

Literatura fantástica latinoamericana

Ediciones Turas Mór

es un emprendimiento que se propone crear libros electrónicos de distribución gratuita.

Los derechos de la obra pertenecen exclusivamente al autor.

Está prohibida su reproducción total o parcial
sin la cita explícita de su fuente.

Quienes quieran apoyar este proyecto editorial
pueden comunicarse a través de la dirección de correo electrónico abajo indicada
para incluir vínculos a sus sitios en futuras ediciones
o para figurar en esta página como
Benefactor Adherente.

Ediciones Turas Mór

es miembro fundador de
e-ditores.

Ediciones Turas Mór: turas@oviedo.iwarp.com

e-ditores: e_ditores@yahoo.com.ar